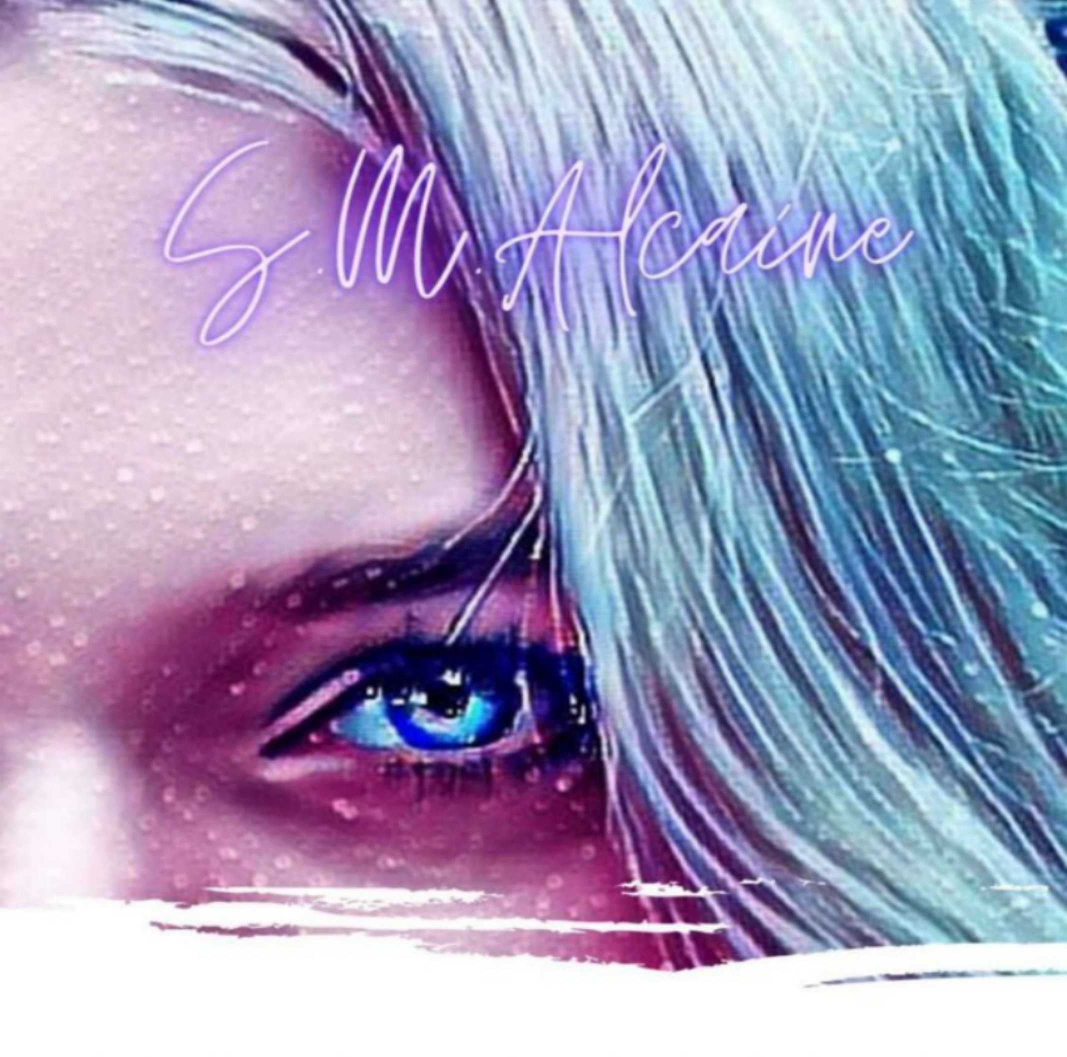


NO RESPIRES

No respires - Sònia Meseguer Alcaine.

https://soniamsgr.wixsite.com/smalcaine
Kindle Direct Publishing
Paperback edition 2020

S. M. ALCAINE

NO RESPIRES

A los que me dieron aliento.

Capítulo 1

Prólogo - KATYA

Katya se acurrucó en las sábanas de algodón que la cubrían en el interior de su cápsula y se reajustó el respirador. Ese era su momento favorito del día. Padre ya dormía, y Quentin, su cuidador, venía a contarle como cada noche la historia de siempre: cómo era la Tierra antes de Los Contaminadores.

—¿Otra vez la misma? ¿No quieres que te cuente otra historia? —preguntó Quentin por enésima vez—. No entiendo cómo a una niña tan pequeña le pueden interesar esos temas tan desagradables...

—¡No soy pequeña! Estos meses he crecido casi un palmo —respondió Katya con el ceño fruncido.

—No me refiero a la altura —aclaró con una sonrisa—, al fin y al cabo, solo tienes siete años.

—¿Y qué más da? ¡Me encanta esa historia! Un cielo azul, mares de agua trasparente, prados verdes, nubes blancas... —Sus ojos brillaban mientras se imaginaba como sería vivir en un mundo como ese. Katya suspiró: Padre siempre la reñía por ser demasiado fantasiosa.

—Está bien —aceptó Quentin con un suspiro—. Hace muchos, muchos años, en la Tierra habitaban millones y millones de personas. Vivían separados por continentes y países, y cientos de razas los diferenciaban a unos de otros. Había multitud de culturas, idiomas e incluso pieles.

—Ahora también —interrumpió Katya, que no entendía a qué se refería el hombre con lo de "multitud de pieles".

—Yo tengo la piel oscura, y tú la tienes muy, muy pálida —aclaró Quentin con paciencia, pues había explicado lo mismo cientos de veces—. Tu pelo es muy rubio y tus ojos azules, como el cielo de hace 300 años. ¿Recuerdas por qué? ¿Por qué la mayoría de la gente hoy en día, si bien no toda, suele ser pálida y rubia como tú? ¿Recuerdas por qué hay tan poca gente con piel negra como la mía?

—Porque... porque cuando hubo La Contaminación sobrevivieron principalmente los que vivían en países fríos,

¿verdad?

—Así es —sonrió afablemente—. Después de la sobrepoblación y la muerte de millones y millones, la podredumbre y la crisis medioambiental afectaron menos a los países del norte, por sus bajas temperaturas. La desertización del sud, la subida del nivel del mar y la salinización de gran parte del terreno cultivable solo hicieron que empeorar las cosas para la gente que vivía en países cálidos.

—Pero Tino, si veían que estaban ensuciando la Tierra... ¿por qué no dejaban de hacerlo?

—Eran unos inconscientes, pequeña. Y, además, todo era una rueda. En el momento de la sobrepoblación hubo una oleada de gente que moría. Al principio, se dejaban los cadáveres en las calles, lo cual solo hacía que empeorar la contaminación biológica que ya se estaba desarrollando.

Después, decidieron quemar los cuerpos, porque no había espacio suficiente para cementerios tan grandes, pero eso tampoco fue buena solución: con todo, la época de La Contaminación les fue inevitable. Finalmente, ante el desastre se prohibió quemar los cuerpos y se cavaron fosas comunes. Cuanto más contaminaban, más gente moría, y tanto es así que, generaciones después, solo quedan 2 millones de personas en la Tierra, viviendo juntos en una sola ciudad, y nos vemos obligados a llevar los respiradores que filtran el aire para no enfermar.

—Es un rollo —se quejó Katya, mientras se volvía ajustar la tira del respirador que le molestaba.

—Es nuestra realidad. Necesitamos todas estas protecciones y prevenciones para sobrevivir. Es necesario.

—Aun así, no entiendo por qué las niñas no pueden salir de casa y los niños sí —insistió ella con el ceño fruncido y mala cara—. Es muy injusto. Yo también quiero ir al colegio y aprender.

—En eso tengo que darte la razón, niña. Yo tampoco lo veo justo. Pero no olvides que aún eres demasiado pequeña para entender algunas cosas; todo es por alguna razón y cuando seas mayor te la contaré.

—¡Te he dicho que no soy pequeña! —gritó ella enfadada—. Además, ya sé el porqué: es porque las mujeres no pueden tener bebés si se contaminan ni que sea un poco, ¿verdad?

—Pues sí —respondió el hombre sorprendido—, te veo más informada de lo que pensaba.

—Y si ya has tenido bebés… ¿entonces, puedes salir?

Quentin suspiró profundamente con gesto avergonzado.

—En un principio, cundo esa norma se impuso por primera vez, las mujeres que no podían tener hijos o las que ya tenían hijos

mayores podían salir, pero con el tiempo…

Quentin se quedó en silencio.

—¿Qué? —insistió ella—. ¿Ahora no es así?

—No lo es —confirmó Tino haciendo una mueca—. Con el tiempo empezó a verse como algo… malo. Y se convirtió en una regla no escrita, que el exterior no era lugar para una mujer. Supongo que, en algunas casas, la gente no sigue ya esa norma. Yo mismo pienso que es muy injusto, pero ya sabes que, por desgracia, en esta casa no mando yo.

Katya puso los ojos en blanco y soltó todo el aire con amargura.

Padre no permitiría que ella saliera de casa ni en un millón de años, ni aunque tuviera cincuenta hijos…

—Tal vez si te casas con alguien amable en un futuro, no le importará que salgas de casa —insinuó Quentin.

—¿Casarme? ¡Puaj! —exclamó Katya—. No pienso casarme con nadie para que empiece a decirme lo que tengo que hacer.

Eso a Katya no le gustaba nada. Quentin rio, y aunque no sabía si la pequeña tendría mucha opción, no le dijo nada.

—¿Y cómo sabes tú todo esto? —preguntó en un intento de cambiar de tema.

—Magnus me lo contó. Siempre nos restriega a mí y a Eva que él sí que puede salir de casa.

—Ese Magnus... — preguntó Quentin en tono cariñoso—. ¿Qué haremos con tu hermano?

—Es un buen hermano, es solo que algunas veces desearía... Desearía poder salir Fuera. Pero salir y ver el mundo tal y como era: con su cielo azul, las puestas de sol, las aguas limpias, los prados... ¡Incluso flores! ¡Sería genial ver una flor!

—Tenemos que conformarnos con lo que nos queda, pequeña. No hay más que te pueda decir —suspiró él—. Y ahora, mi flor, toca irse a dormir —dijo dando unos golpecitos a la cápsula de la niña.

—¡Ni hablar! Es pronto y aún no tengo sueño —se quejó Katya —. ¿No hay manera de devolverle a la Tierra su cielo azul?

Quentin se quedó callado. Se debatía interiormente sobre si mostrarle o no a la niña lo que tenía en su taller. Solo tenía 7 años, y, dijera lo que dijera, era demasiado pequeña para entender ese tipo de cosas.

Era incluso cruel, darle esperanzas de algo tan imposible como aquello y meterle ideas en la cabeza que nunca podrían ser reales.

Por no contar con que estaba prohibido que cualquier niña o mujer supiera sobre cualquier tema que no fuera el tener y criar hijos. Sin embargo... Katya era muy lista. Quizás fuera porque Quentin la había criado, pero siempre había tenido la sensación de que estaba destinada a grandes cosas. De que cambiaría el futuro

para mucha gente y de que él sería clave en el proceso.

Sin pensarlo más, cogió a la niña de la mano y le dijo:

—Ven, Katya. Te quiero enseñar una cosa.

Katya siguió a Quentin hasta un lugar de la casa al que nunca había ido: una habitación dónde Quentin pasaba muchas horas al día, cuando no estaba cuidándola a ella o a alguno de sus hermanos.

—Este es mi taller, Katya. Nunca te lo había dicho, pero cuando era joven como tu hermano Magnus fui a la universidad, aquí, en Vazdujgrad, y estudié Mecánica —explicó con una sonrisa nostálgica—. La mecánica es el arte y la técnica de inventar, construir, arreglar o manejar máquinas.

—¡Vaya! ¿Padre sabe que tienes todo esto aquí? —preguntó la niña en tono escéptico.

—Tu padre no me presta la suficiente atención como para que le importe.

Katya bajó la mirada hacia sus manos. También estaba muy familiarizada con eso.

—Fíjate. Es lo que quería enseñarte —dijo señalando una máquina de metal enorme—. Es un proyecto muy ambicioso que llevo construyendo sin éxito desde mi juventud.

—¿Qué quiere decir "ambicioso"?

—Significa que es muy difícil o casi imposible que funcione y que en cualquier caso yo no tengo los medios suficientes para ello, está fuera de mi alcance. Llevo años haciendo planos y cambios y aun así no encuentro la manera de que haga lo que yo quiero.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Katya con curiosidad, ante tanto secretismo.

—Purificar el aire.

—¿Purificar? Te refieres a... ¿limpiarlo? —Los ojos de Katya se iluminaron ante tal posibilidad. ¿Era eso posible? ¿Y si Tino creaba una máquina que podía salvar el mundo? ¿Y si Tino conseguía limpiar el aire y acabar con la contaminación? ¿Podríamos vivir sin los respiradores? ¿Dormir en camas como se hacía antiguamente?

¿Volverían a existir los paisajes que cada noche soñaba con ver? ¿El cielo azul? ¿Los mares limpios? ¿Los prados con flores? Katya notó que empezaba a marearse, pues de la emoción llevaba unos segundos casi sin respirar.

—Quiero ayudarte —dijo con voz temblorosa—. Quiero aprender. Quiero ser una... *mecánico* como tú. —Le costaba incluso pronunciar la palabra—. Quiero ayudarte con la máquina y quiero ver flores.

Quentin sonrió amablemente. Sabía que esto podía ocurrir. Ya iba bien: era el momento para el cambio. Era el momento de

romper las normas y tal vez, solo tal vez, crear un mundo nuevo.

—De acuerdo, flor. Te enseñaré todo lo que sé. Estoy seguro de que se te dará bien —sonrió Quentin, pero enseguida volvió a ponerse serio—. Escúchame, Katya, escúchame. Vivimos en un mundo loco: la sociedad ya no es libre de escoger, nos movemos por impulsos que vienen de la necesidad de sobrevivir. Las mujeres nacen en casa y mueren en casa, sin salir Fuera, no pueden estudiar ni formarse, no pueden aprender o trabajar, solo pueden tener niños y criarlos. Los hombres ya no hacen nada más que estudiar, trabajar y proveer.

> > No podemos tener una familia porque estamos demasiado ocupados manteniéndola. El mundo tiene que cambiar. Solo sobrevivieron los que tenían capacidad y medios para adaptarse a la situación, y ahora quedamos pocos, pero aun así los recursos que tenemos son limitados y tenemos que pensar en otras soluciones.

> > Repoblar el mundo tampoco es la solución más adecuada: sería lo mismo que volver a tener sobrepoblación. El problema no es que seamos pocos humanos, el problema es que el aire está contaminado y que el peligro de morir es constante. Tenemos que arreglar el problema, no hacerlo más grande. Tenemos que cambiar el mundo.

—Yo lo haré, Tino— dijo Katya con seguridad—. Yo cambiaré el mundo.

—Estoy seguro de que sí, pequeña —respondió el hombre con una sonrisa dulce. Se había dedicado en cuerpo y alma a cuidar a Katya y a sus hermanos, y, aunque los quería a todos por igual, siempre había tenido un vínculo especial con la pequeña de la familia—. Katya... quiero que me prometas una cosa: prométeme que no te vas a dejar doblegar por la sociedad. Que no vas a dejar que te digan lo que puedes hacer y lo que no. Que vas a luchar siempre por el futuro sin importar las consecuencias. Seguir tus sueños sin hacer caso de lo que digan los demás. Sobre todo, tu padre. No hagas caso de lo que te diga, él no quiere lo mejor para ti. No quiere que la sociedad cambie: ahora mismo tiene el poder y la influencia, y eso le gusta.

—¿Porque está en el Consejo?

—Sí, pequeña.

—Entiendo —dijo ella—. No te preocupes. Yo nunca hago lo que se me dice.

Quentin soltó una carcajada y miró a Katya con cariño mientras ella sonreía de manera traviesa.

—¡Vaya si lo sé, renacuaja! Siempre me has traído de cabeza —rio él.

—De todas maneras... ¿Para qué sirve el Consejo?

—El Consejo está formado por doce miembros que se encargan de tomar medidas de seguridad para evitar la extinción de la raza humana. Al menos era lo que hacían al principio. Ahora solo se llevan dinero por las ideas que tuvieron los miembros de generaciones anteriores.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, las cápsulas —dijo Quentin—. Las cápsulas donde dormimos están pensadas a modo preventivo, porque, aunque nuestras casas ya tienen un sistema de climatización que evita el aire contaminado, así nos aseguramos de que si hay cualquier fallo en el sistema durante la noche, cuando somos más vulnerables por estar dormidos, nosotros estamos dentro de las cápsulas que se cierran a presión para que no entre la más mínima contaminación y enfermemos sin saberlo. Hoy en día ya no hay nada nuevo que tengamos que crear para evitar contaminarnos. En lugar de calentar la silla, lo que deberían hacer los que están en el Consejo es intentar encontrar maneras para acabar con la contaminación ambiental.

—Como tú —dijo Katya con orgullo.

Quentin sonrió y acarició los cabellos platinados de la niña, como había hecho tantas veces desde que tenía tres años y empezó a ser su cuidador.

—¿Por qué no les hablas al Consejo de la máquina que has construido? —preguntó Katya.

—Porque no está lista: no funciona y nunca he conseguido que limpie el aire. Supongo que no estoy usando el procedimiento adecuado, pero no soy capaz de hacerlo. No con lo que sé ahora o con lo que sabré nunca.

Katya se quedó mirando el cacharro. A ella le parecía lo suficientemente completo, pero podía entender que ella era solo una niña y que no tenía ni idea de… ese tema. *Mecánica.*

Qué cosa tan extraña. Sin embargo, no podía evitar mirar las herramientas y ese trozo de metal y sentirse como si acabara de descubrir un mundo nuevo. Cogió una de ellas y sintió que estaba dónde debía estar.

Quentin y Katya se quedaron despiertos toda la noche hablando. Katya preguntó mil y una cosas sobre mecánica y él sació con gusto la curiosidad de esa niña, que, para él, era como una hija. Le enseñó cada una de sus herramientas y cómo se llamaban y, al final de la noche, la niña estaba tan familiarizada con ellas como con cualquiera de sus juguetes.

Capítulo 2
KATYA

"Ya está listo", pensó Katya con una sonrisa. La fuerte música retumbaba en sus oídos mientras miraba con orgullo lo que había creado y construido. Después de miles de intentos había conseguido crear el robot que hacía años que había diseñado. Ahora sí. Ahora estaba lista. Tenía los conocimientos necesarios e incluso el instinto para ello.

Desde aquella noche, hacía ya once años, en la que Quentin le había hablado de lo que era la mecánica, Katya había trabajado duro para dominar la materia. Se había dedicado en cuerpo y alma a aprender todo lo que pudiera sobre el tema. Con la ayuda de Tino había conseguido llegar a ser tan buena como cualquier estudiante de universidad sin llegar a pisarla.

Antes, Katya nunca había estado satisfecha con su vida: nunca le había convencido mucho la idea de que ella existía solo para tener hijos y criarlos. No. Ella quería mucho más. Creía de verdad que estaba destinada a mucho más que eso. Había dado tumbos hasta que descubrió lo que realmente le apasionaba y llenaba su cabeza las veinticuatro horas del día.

Solo podía pensar en una cosa: el proyecto de Quentin. Nada le obsesionaba tanto como la idea de ser capaz de crear una máquina que pudiera hacer sus sueños y los de todo el mundo realidad. Crear una máquina que fuera capaz de acabar con la crisis medioambiental y la contaminación que amenazaban a la raza humana. "*La contaminación que acabó con la vida de mamá*", pensó con una sonrisa triste.

Katya se levantó y cogió el trapo sucio y usado que había encima de la mesa para limpiar los restos de gasolina que tenía en las manos y los antebrazos. Subió las escaleras del taller y llegó al cuarto donde estaba el retrato de su madre, Anya. Al haber muerto por culpa de La contaminación se habían deshecho de su cuerpo dejándolo en una fosa común, como si fuera una vulgar delincuente. Padre ni se había molestado en protestar. Le daba igual. Hizo un funeral simbólico Fuera con lo que, por supuesto, solo pudieron asistir hombres. Katya no pudo ir, aunque Padre tampoco lo hubiera

permitido. Estaba empeñado en prohibirle todas y cada una de las cosas que pudieran ser importantes para ella. Pero suena más cruel de lo que realmente fue: al fin y al cabo, Katya solo tenía 3 años por aquel entonces. Tampoco se habría enterado de mucho.

Era solo que en momentos como ese... En momentos en los que conseguía algo extraordinario o de lo que estaba orgullosa, notaba un vacío. La echaba de menos. Estaba segura de que ella la habría apoyado en todo.

Padre nunca hablaba de mamá y, en realidad, Katya nunca llegó a conocerla bien, pero por lo que decían los que la habían conocido era un alma rebelde, como su hija. A alguien debía de haber salido Katya, y Padre no tenía ni un solo pelo de rebeldía.

Katya rio para sus adentros mientras se arrodillaba delante del cuadro con la fotografía de su madre que Quentin había puesto para que los niños pudieran honrar su memoria. Suspiró al mirar ese rostro que había contemplado miles de veces: qué belleza. Katya era tan igual a su madre... los mismos ojos azules, la misma melena rubia platinada que le caía espalda abajo, un rostro con facciones delicadas y una tez pálida y blanca como la nieve de hacía cientos de años.

No lo podía evitar. Cada vez que miraba esa fotografía el corazón le dolía y el estómago le daba un vuelco. Y creía recordar algo muy, muy lejano en su memoria: una luz que la cegaba. Por mucho que intentaba recordar más, nunca lo conseguía, pero sabía que era algo que estaba relacionado con su madre. Puede que Padre tuviera razón, y fuera la luz que vio cuando... bueno, él no hacía más que recordarle ese momento doloroso, aunque ella no podía recordarlo por sí misma. Katya notó que se le entelaban los ojos y parpadeó rápido.

"*Dime que es lo que debo hacer, mamá*" pensó mientras cerraba los ojos con fuerza, esperando que desapareciera todo lo que iba mal a su alrededor. Katya llevaba tiempo dándole vueltas a una idea que se le había ocurrido y que podría cambiar su vida para siempre.

No había nada que le hiciera tanta ilusión, pero, por desgracia, estaba absolutamente prohibido. No es que eso le hubiera preocupado mucho antes; sin embargo, esta vez era diferente: no se trataba solo de desobedecer a Padre. No se trataba de pasarse horas en un taller construyendo robots, arreglando artefactos rotos o inventando cosas. Se trataba de algo mucho más serio. Se trataba de desobedecer al Consejo, de desobedecer a la sociedad y de romper las reglas impuestas por un mundo de supervivencia.

Katya miró la fotografía de mamá y, como siempre que la miraba, le parecía que quería decirle algo con los ojos, que sufría, que estaba inquieta. Su sonrisa tranquila no le llegaba a los ojos,

que brillaban con algún tipo de preocupación. Katya se decidió. Ya era hora de cambiar las cosas.

Tendría que ser muy cuidadosa con lo que quería hacer para que Padre no se enterara. Algunas veces Katya tenía la sensación de que Padre buscaba expresamente cosas que reprocharle para poder culparla de algo. Katya meneó la cabeza y suspiró, Quentin tenía que saberlo. Seguramente le diría que era una locura, que era muy peligroso, pero aun así no pensaba rendirse. Estaba dispuesta a enfrentarse a lo que fuera con tal de conseguir lo que quería, con tal de conseguir lo que se había prometido a ella y a otros tantas veces: cambiar el mundo.

Katya se levantó de un salto y fue corriendo por toda la casa para encontrar a Quentin.

Con las prisas dobló demasiado rápido la esquina, chocó con alguien y cayó al suelo mientras se oía un gran estruendo.

—¡Me lo has tirado todo al suelo, torpe! —se quejó Eva, indignada, mientras miraba la pila de libros que le habían caído al suelo por su culpa. Katya miró hacia arriba hasta encontrarse con los molestos ojos de su hermana. Aunque Eva era mayor, mirarla era como verse en el espejo, por lo mucho que se parecían. Aun así, era imposible confundirlas: mientras que Katya iba despeinada y manchada de combustible y aceite, Eva iba siempre impoluta e inmaculada. Esa era Eva: su hermana la perfecta. Tan perfecta que incluso aunque quisieras guardarle rencor, no podías evitar quererla. Algunos días más que otros:

—¿Por qué no miras por dónde vas?

Katya empezó a recoger ignorando su pregunta y se levantó con rapidez. Se inclinó hacia delante mientras le venía un ataque de tos. Intentaba recuperar el aliento que había perdido al correr arriba y abajo buscando a Quentin mientras su hermana la miraba con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados—. ¿Estás bien? ¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó desconfiada al ver como actuaba Katya — ¿Qué te traes entre manos?

—¿Qué? ¡Nada! No estoy haciendo nada, no me traigo nada entre manos. Mira, ¿ves? —Le enseñó las palmas vacías—. Nada.

—Conozco esa mirada. Estás tramando una de las tuyas.

—¡Que no! De verdad que no... —respondió Katya, que cada vez estaba más nerviosa.

—¡Vaya! Y veo que es una de las gordas. Cuéntamelo, venga. Te voy a ayudar. Te lo prometo —suplicó haciendo morritos—. Ya sabes que me aburro mucho aquí en casa, yo también quiero tener cosas que hacer.

Katya se miró a su hermana unos segundos y finalmente suspiró.

—Ven conmigo. Busquemos a Tino y os lo contaré todo.

Eva asintió con la cabeza enérgicamente y la siguió hacia el taller de Quentin. Allí, Quentin miraba alucinado el robot que Katya había creado hacía escasas horas. Levantó la mirada al ver a las niñas llegar y sonrió:

—Y una vez más el alumno supera al maestro.

—No digas tonterías —respondió Katya sonrojada. Eva se puso a mirar el robot alucinada.

—Vaya hermanita, sabía que se te daban bien estas cosas, pero... ¡no sabía que tanto! —dijo mientras empezaba a tocar botones y el robot se volvía loco intentando cumplir tantas órdenes a la vez.

—No lo toques, lo vas a estropear —se quejó Katya mientras le quitaba el mando de las manos—. Para y escúchame, eras tú la que querías saber de qué iba esto.

—Está bien, está bien, ya paro...

—¿Esto? —preguntó Quentin con curiosidad—. ¿Qué está pasando aquí?

—Katerina tiene un secreto que contarnos —dijo Eva riendo en tono burleta.

—Cállate, pesada. Ya te he dicho mil veces que no me llames Katerina, solo Padre me llama así... es desquiciante —se quejó Katya.

—De acuerdo, no hace falta que te enfades —Eva hizo una sonrisa torcida. Como a todas las hermanas mayores, le encantaba molestar a su hermana pequeña y ponerla nerviosa. En casa, para dos niñas, era difícil encontrar un pasatiempo que gustara lo suficiente como para no volverse loca. Katya había encontrado el suyo, y Eva lo encontró cuando nació su hermana pequeña: chincharla.

—Ya vale, chicas —ordenó Quentin—. ¿Qué pasa, Katya? ¿Qué querías contarnos?

—Bien... yo... —susurró Katya mirándose los pies. Katya cogió aire y levantó la cabeza—. Quiero ir a la universidad.

Se hizo un silencio profundo hasta que Eva lo cortó a carcajadas.

—¿¡A la universidad?! —gritó sin aire entre risa y risa.

—¿¡Quieres callarte!? ¡Padre va a oírte! —Katya cogió a su hermana y le tapó la boca con las manos. Ella palideció de repente al ver que la pequeña Katya no estaba bromeando. Quentin, que se había mantenido muy callado intervino:

—Es muy peligroso, Katya. No puedo dejar que lo hagas.

—Tino... te quiero. Sabes que sí, pero no te estoy pidiendo permiso. Voy a ir, os guste o no.

Quentin se quedó mirando a la niña. Su niña. Ahora ya era grande, y aunque todo su ser luchaba contra ello y le gritaba que era un error, suspiró de aceptación, pues Katya ya tenía suficiente

con un padre prohibitivo, no necesitaba dos. Ese no era su trabajo. Además, la conocía y sabía que lo iba a hacer igualmente, así que su papel no era evitarlo: era ayudarla para protegerla y que tuviera éxito. Por primera vez, empezó a ver para qué le había enseñado todo lo que sabía sobre mecánica. Para qué servirían todas aquellas horas con la niña que ahora sabía ya mucho más que él. Era un talento nato. Por mucho que la sociedad dijera lo contrario, Katya había nacido para esto.

—De acuerdo —dijo Quentin en tono resignado.

—¿¡De acuerdo?! —gritó Eva alterada—. ¡Las mujeres no podemos salir de casa! ¿Y si tiene algún accidente y se le cae el respirador? Ya está lo bastante mal... ¡Se podría quedar estéril! ¡O peor, morir como mamá!

Katya bajó la mirada con culpabilidad.

—Aun así, es un riesgo que tendré que correr —dijo ella sin dejar de mirarse las manos.

—¿No quieres tener hijos?

—¡Por supuesto! ¡No me pasará nada! Yo solo quiero aprender más. Yo solo quiero crear máquinas, quiero crear... —Se calló de golpe. Pero fue demasiado tarde.

—Jamás debería haberte mostrado eso —dijo Quentin en tono arrepentido—. No te habría metido esas ideas en la cabeza y ahora tal vez no harías tantas locuras. Oye, si quieres ir estaré contigo, pero no te obsesiones con lo que te dije: es imposible. Entiéndelo de una vez, pequeña, por favor.

Katya cerró la mandíbula con fuerza. Eva se quedó mirando a su hermana y tomó aire.

—¿Sabes qué? Te ayudaré. Claro que sí, ¿por qué no? ¿Qué podría salir mal? —preguntó Eva cada vez más entusiasmada.

Katya sonrió. Por fin las cosas tomaban el rumbo que ella quería. No es que no tuviera miedo, por supuesto que lo tenía, pero la idea de quedarse encerrada en casa toda la vida le resultaba agonizante. Siempre había sentido una fuerte llamada hacia el exterior. Algo Fuera le decía que era su lugar. Que tenía que salir y encontrar una solución al problema, ya que nadie más pensaba hacerlo.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Eva de repente, y los castillos que Katya se había construido en el aire se derrumbaron sin más.

—La verdad es que... no había llegado a tanto —confesó con las mejillas sonrojadas.

—O sea, que no tienes ni idea —aclaró Eva desganada—. Bueno, lo que está claro es lo primero que hay que hacer.

—¿Ah sí? —preguntó Katya sorprendida—. ¿Lo está?

—¡Pues claro! Tenemos que llamar a Magnus.

Magnus. El hermano mayor de Katya. Se llevaba diez años con él y hacía siete años que se había ido de casa y se había casado. Como todos los hombres, había estudiado y había ido a la Universidad de Vazdujgrad, la ciudad del aire, que era como llamábamos al lugar donde habitaban los 2 millones y medio de personas que quedaron en el mundo después de La Contaminación. La ciudad se encontraba en lo que hacía siglos había sido Rusia, o eso ponía en los libros de historia. Ahora, ese país solo era una basta y deshabitada extensión de tierra, excepto por Vazdujgrad. Como era el idioma predominante en la mayoría de supervivientes, allí se hablaba ruso, y la mayoría tenían nombres eslavos, pero también de otros países nórdicos. Katya no podía imaginarse un mundo en el que hubiera tantos idiomas… ¿Cómo se comunicaba la gente?

—Katya, ¿me oyes? —le preguntó Eva, chasqueando los dedos delante de su cara y sacándolo de sus pensamientos. ¿De qué estaban hablando? ¡Ah, sí! Magnus…

¿Por qué iba Eva a mencionar a Magnus? Era muy buen hermano, y ella lo quería, pero en algunos aspectos era demasiado parecido a Padre: nunca se pasaba ni un pelo de la raya. Por ello estaba a punto de ser nombrado el nuevo miembro del Consejo.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó extrañada.

—¡Pues claro! ¡Él tiene contactos, te encontrará una plaza sin que nadie se entere! Además, alguien tendrá que pagar la matrícula, y no creo que Padre se vaya a presentar voluntario —explicó Eva.

—Eso tiene sentido, Katya —intervino Quentin—. Piensa que necesitas a alguien que te pueda enseñar cómo funciona la universidad para que no destaques demasiado. Yo fui hace demasiados años, las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—Bien, llamaré a Magnus... —dijo Katya. Aun así, contárselo a su hermano era un poco arriesgado—. ¿Estás segura de que no se lo dirá a Padre?

—Normalmente te diría que sí, ya sabemos cómo es con lo de saltarse las normas. —Puso los ojos en blanco—. Pero precisamente me contó que quería entrar en el Consejo para hacer cambiar de opinión al resto sobre el tema de dejar a las mujeres encerradas en casa. Dijo que lo que deberíamos hacer es mejorar las medidas de seguridad de los respiradores o algo así, en lugar de cortar el problema de raíz encerrándonos a todas.

Katya se quedó boquiabierta.

—¿Eso te dijo? —Le parecía increíble pensar que Magnus, el más conservador de los tres hermanos, tenía una manera tan liberal de ver las cosas—. Bien, pues una vez aclarado esto vayamos al siguiente punto: ¿cómo lo hago para parecer un chico?

—Lo que está claro es que no tendrás ningún problema para

ocultar tu cuerpo —dijo Eva muy segura. Katya se miró a sí misma:

—Muchas gracias, hermana —respondió sarcásticamente con el ceño fruncido.

—¡No me refería a eso! Quería decir que, en la universidad, todos llevarán el mono aislador necesario y obligatorio para salir de casa, junto con el respirador, claro está. Así que el mono ocultará tu cuerpo, y el respirador te tapará media cara —terminó Eva como si hablara con una niña de cinco años. Solía hacer este tipo de cosas. Explicaba las cosas sin paciencia, como si todo el mundo tuviera que ser tan listo como ella.

—Yo te puedo dejar uno de mis monos aisladores, uno que me vaya un poco justo —intervino Quentin, que se olía pelea. Con los años se había hecho un experto en evitar el desastre en esa casa.

—Tendremos que hacer algo con tu pelo —añadió Eva mirando la larga cabellera de su hermana y rápidamente fue buscar unas tijeras que había encima de la mesa del taller. Katya se cogió las puntas del cabello con el corazón encogido; aunque fuera una tontería, le tenía mucho apego a su pelo. Siempre lo había llevado largo como lo llevaba su madre en la única fotografía de ella que tenían.

—¿Por qué tengo que cortarme el pelo? —se quejó Katya—. Hay chicos que llevan el pelo largo...

—Porque la mayoría lo llevan corto y no se trata de ser un chico, se trata de ser un chico y no destacar —le explicó su hermana.

—Pero Padre...

—Padre ni se va a enterar. A duras penas está en casa y, cuando está, no nos presta ni pizca de atención. Además, siempre le puedes decir que a ti te gusta más así...

Katya suspiró y aceptó a regañadientes, porque sabía que Eva tenía razón. Se sentó en una silla y dejó que ella se encargara de todo. Eva le cogió el pelo en una cola baja y tijeras en mano dijo:

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? No tienes por qué. Te puedes quedar en casa conmigo hasta que padre nos presente a nuestro futuro marido —dijo Eva con el ceño fruncido. Katya puso mala cara al oír eso, no sabía cuál de todas las partes de la frase que había dicho su hermana le gustaba menos. Cortarse el pelo no era para tanto. Las cosas tenían que cambiar. *"El cambio es bueno",* se convenció Katya.

—Estoy segura. Hazlo.

Oyó las tijeras cerrarse y sus cabellos color rubio platino cayeron con la lentitud con la que habían pasado los años que tardaron en crecer. Cerró los ojos con fuerza y suplicó estar haciendo lo correcto. No era un capricho, ¿verdad? Ella tenía tanto derecho

como su hermano a poder ir a la universidad... Y aunque Quentin no creyera que esa máquina pudiera construirse, ella sí.

—Vaya. Te queda bien —dijo Eva cuando ya le había acabado de cortar el pelo—. Ahora sí que pareces una auténtica rebelde.

Katya se levantó y se miró en el reflejo de una placa de metal que había encima de la mesa. "*Ahora me parezco a Padre. Fría e inalcanzable*" pensó Katya con tristeza. Los ojos azules y turbados de Katya brillaron con insubordinación e indomabilidad mientras pensaba en lo que iba a hacer.

"*Ya no hay vuelta atrás*" pensó Katya, "*es la hora*".

Capítulo 3
KATYA

Katya se despertó con el sonido de un nuevo mensaje. Dio un par de vueltas por la cápsula y miró el teléfono que tenía encima de la mesilla de noche. Se desperezó y accionó el botón que abría la cubierta. Se levantó de un salto para cogerlo, pues tenía la mala costumbre de volver a dormirse si no se levantaba al momento. Katya sonrió al ver el mensaje de su hermano Magnus:

Hoy es el gran día, hermanita. ¿Lista? –Magnus.

Sí. Muchas gracias por todo, Magnus. –Yo.

De nada, enana. Estoy orgulloso de ti. –Magnus.

Te quiero. –Yo.

Magnus no volvió a responder, pero Katya no se sorprendió. En algunos aspectos, su hermano era parecido a Padre. Le costaba expresar sus sentimientos y ser cariñoso.

Katya suponía que por timidez o tal vez porque el cariño no era algo que abundara en aquella casa.

Se fue a lavar la cara y, con la cara aún goteando, se miró en el espejo: por un momento no se reconoció ni a ella misma. El pelo corto le chocó, al igual que le chocaba cada vez que se veía reflejada en cualquier superficie, pero lo que más le impactaba al verse a sí misma eran sus ojos. Por primera vez tenían algo que no habían tenido nunca: vida.

Volvió a abrir el grifo para enjuagarse la boca y después se mojó el pelo y se lo repeinó hacia atrás con un cepillo de madera. Como cada día, Katya cogió el reloj del estante del lavabo y se sentó en la taza del retrete con un suspiro. Inspiró profundamente e inició el cronómetro del reloj. Cada mañana Katya hacía unos ejercicios que la ayudaban a mejorar su capacidad pulmonar, y ahora ya intentaba batir su propio récord: 6 minutos y 22 segundos. Cuando ya no podía aguantar dejo ir el aire de golpe con los pulmones ardiendo, pero al momento empezó a toser. "*Maldita tos, no consigo quitármela de encima",* pensó Katya con un suspiro. Se levantó con la cabeza

aún dándole vueltas y se dirigió al armario, donde cogió ropa negra y ajustada para no ponerse el mono aislador directamente sobre la piel: toda precaución era poca.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos:

—¿Lista para lo que se te viene encima? —preguntó Quentin mientras observaba como Katya se ataba los cordones de las deportivas—. ¿Has hecho ya tus ejercicios de respiración?

—Por supuesto que lo estoy, ¿y cuándo me olvido yo de hacer mis ejercicios? —respondió ella mientras se ponía de pie.

Quentin sonrió y le alargó un perchero que sujetaba un plástico grande.

—Te he traído el mono aislador. —Quitó el mono de dentro de la funda—. Póntelo. Vamos a ver cómo te queda.

Katya se lo puso encima de la ropa y se lo ató para que no le diera la más mínima brisa de aire. Después, se puso el respirador y se giró para mirarse en el espejo. Quentin se acercó sin hacer ruido y se puso detrás de ella:

—Bien. Con el mono aislador y el respirador no se nota que eres una chica —dijo con una media sonrisa—. Aunque seguirás pareciendo pequeña. La más bajita de la clase.

—¡Que no soy pequeña! —gritó Katya indignada. Quentin rio mientras recordaba cómo había repetido esa frase una y otra vez cuando era una niña. La abrazó por detrás mientras miraba el reflejo de ambos en el espejo. Sus ojos brillaron sospechosamente antes de parpadear un par de veces—. Mi pequeña irá a la universidad...

Su sonrisa irradiaba orgullo por todos lados.

—Dejaros de ñoñerías, vosotros dos —dijo Eva que los miraba desde el marco de la puerta.

Al igual que todos en la familia —excepto Katya, que siempre había tenido una conexión especial con Quentin— no se sentía cómoda presenciando ese tipo de manifestaciones sentimentales.

—Está bien, pesada —respondió Katya mientras se acercaba a su hermana y la llenaba de besos y abrazos para molestarla—. No hace falta que te pongas celosa, tengo para todos.

—¡Déjame! —exclamó Eva entre risas—. ¿No tenías una clase a la que asistir?

Katya sonrió al oír eso: ¡estaba tan nerviosa! Suponía que todo el mundo se ponía nervioso en una situación así —etapa nueva, lugar nuevo, gente nueva— pero ir aun sabiendo que estaba prohibido y que en cualquier momento la podían pillar... No era precisamente una situación idílica para ayudar a calmar los nervios de un primer día de clase.

—Bueno —dijo Eva interrumpiendo de golpe sus pensamientos

—. Repasemos la historia otra vez… ¿Tú eres?

—Aleksei Dimitrovich Novikov.

—¿Vives?

—Pues en Vazdujgrad, como todos —dijo Katya mientras ponía los ojos en blanco. Eva ignoró a su hermana y continuó con el tan ensayado interrogatorio:

—¿Tienes hermanos?

—Hijo único.

—¿Padres?

—Dimitri y Elvira. Felizmente casados —Katya sonrió por la ironía. Padre no había estado en su vida "felizmente" nada.

—Vaya —exclamó Eva con fingida sorpresa—. ¿Dimitri Novikov? ¿El presidente del Consejo?

—Se llama igual, pero no es él. —Katya se encogió de hombros —. Casualidad.

—Bien —dijo Eva con una sonrisa—. Aprobada.

Katya lo tenía todo estudiado al milímetro: cuál era su nombre masculino, su historia, la historia de su familia, dónde vivía… No había dejado ni un solo detalle al azar. Era imposible que se equivocara en algo, llevaba semanas preparándose. Su tapadera era vital para que nadie sospechara y la descubrieran.

—Katya, tengo algo para ti —dijo Quentin mientras le entregaba algo parecido a un collar de gargantilla con un pequeño altavoz en medio—. Es un transformador de voz: convierte en grave la frecuencia de tu voz para que suene a voz de hombre. Si te lo atas en el cuello y te lo pones debajo del mono no lo verá nadie. Vamos. Pruébatelo.

Katya lo cogió con cuidado aún anonadada; ni si quiera se le había ocurrido pensar en un detalle tan importante como ese. ¡Qué desastre! Menos mal que había decidido confiar en Quentin y Eva y, por lo menos, había alguien con cabeza que la podía ayudar.

—Hola, hola, hola… —Katya dio un respingo al oír una voz grave y profunda del todo diferente a la suya.

—¡Qué pasada! —exclamó Eva alucinada—. ¡Parece que el que esté hablando sea Padre!

"*Vaya*" pensó Katya haciendo una mueca. Si ya se parecía a Padre por el corte de pelo, solo le faltaba eso para tener un recordatorio constante de lo que estaba haciendo. Era como tener la voz de Padre susurrándole al oído constantemente lo mal que estaba lo que hacía.

"*Katerina, ¿cómo te atreves? Las normas están para algo. ¿Por qué demonios no puedes ser como tu hermana mayor? ¿Por qué no puedes ser una buena niña y conformarte con la vida que se te ha dado? ¿Es que siempre tienes que llevarle la contraria a todo el mundo?*". Padre

no había parado de repetir ese tipo de comentarios desde que Katya tenía uso de razón. Por algún motivo parecía especialmente dedicado a hacerla sentir mal por todo. Todo era "*Katerina qué mal esto*" y "*Katerina qué mal lo otro":* con Padre no había un momento de descanso. Y eso que no tenía ni idea de la mayoría de cosas que pasaban por la mente de su hija, ni cuántas veces realmente hacía lo que no debía, ni mucho menos lo que pensaba hacer ahora. Se pondría lívido. Furioso. También era cierto que nunca estaba lo suficiente en casa como prestarle mucha atención, pero siempre conseguía encontrar algo que reprocharle al verla.

—Bien, pues —dijo Quentin con un suspiro—. Ya lo tienes todo. Estás lista para ir a la universidad. ¿Recuerdas el camino a la estación? Si te pierdes manda un mensaje e iré a buscarte. Salir Fuera puede resultar un poco abrumador para alguien que nunca ha puesto un pie en la calle.

A Katya se le aceleraba el corazón cada vez que pensaba que en breves saldría por la puerta. Siempre se había sentido llamada por el exterior, como si una fuerza le dijera que era su sitio. Todos parecían muy contentos con su lugar en el mundo, pero Katya no: Katya quería encontrar el suyo.

—Todo irá bien —dijo Katya, para tranquilizar a Quentin que parecía más nervioso que ella misma.

—¡Cuando vuelvas nos lo cuentas todo! —dijo Eva emocionada mientras la acompañaban a la puerta de la entrada—. Activa el mono aislador y asegúrate de ser siempre precavida. Tu seguridad va por encima de todo. Si te descubren ya nos las apañaremos, pero tú cuídate.

Katya sabía que su hermana estaba preocupada, y sobre todo eran ese tipo de intervenciones, no muy comunes, lo que le hacía ver lo mucho que Eva quería a Katya. Había momentos en los que realmente sentía que siempre la tendría allí para lo que fuera. Katya le dio un abrazo que, aunque al principio la sorprendió un poco, rápidamente devolvió.

Levantó la mano y presionó el botón que activaba la capacidad aisladora del traje y se volvió a colocar el respirador, que llevaba colgando del cuello, encima de la boca y la nariz.

Eva y Quentin se pusieron los respiradores a la vez y dieron un paso detrás del vidrio protector de la entrada. Katya se giró hacia la puerta y dio un gran suspiro antes de abrirla con manos temblorosas.

Durante un momento la cegó la luz del exterior, ya que los ojos de Katya no estaban acostumbrados a esa intensidad de luz solar, aunque atenuada por la suciedad del aire que mitigaba los pocos rayos de sol que quedaban. Katya no podía ni imaginarse cómo

debía de ser el sol hacía 300 años... ¿No se quemaba la gente la piel al ir por la calle? Parpadeó varias veces y finalmente sus ojos se acostumbraron al exterior. El paisaje Fuera era tan terrible como Katya lo había imaginado: todo construido e industrializado, suciedad y polvo por todas partes. Lo que debería ser de colores variados era de un marrón intenso: los troncos de los árboles sin hojas, el suelo de tierra sin hierba, el cielo polvoriento sin nubes, los charcos de agua sucios sin reflejos.

Era genial. La cosa más desagradable que había tenido el placer de presenciar y aun así era lo más bonito que había visto en su vida. Estaba tan impresionada con lo que estaba viendo que el aire se le había quedado trabado en la garganta y estaba a punto de ahogarse. Los ojos se le humedecieron y Katya no sabía si era de la emoción o de la suciedad que se los irritaba, pero no podía parar de pestañear mientras soltaba una carcajada, y después otra, y después soltó un grito de euforia pura que quedó mitigado por el respirador. Por fin. Por fin Katya era libre.

Katya decidió ponerse en marcha tras aquel primer impacto, ya que tenía un largo trayecto por delante y muchas cosas por descubrir. Tampoco quería llegar tarde a clase o que apareciera Padre de repente, aunque fuera por un casual, así que se puso a caminar siguiendo el mapa mental que se había hecho ella misma con ayuda de su hermano.

Al empezar a pasar una calle tras otra se dio cuenta de que todas le parecían iguales, e intentó encontrar pequeñas diferencias para acordarse del camino para la vuelta: la pequeña tienda con un rótulo rojo, el lago enfangado de delante del edificio en construcción o lo que más le había llamado la atención, el almacén de herramientas de mecánica.

No paraba de mirar a todos lados, intentando memorizar cuanto captaban sus retinas. Pero, aun así, no podía evitar bajar la cabeza cada vez que se cruzaba con alguien, inconscientemente pensando que la reconocerían o se darían cuenta de que en realidad era una chica.

Sin embargo, no fue así. Katya llegó pronto a la estación: el lugar de donde salían los subterráneos que iban de punta a punta de Vazdujgrad. Sabía de sobras que tenía que coger el subterráneo que iba hacia el centro, ya que allí se encontraba la Universidad, y, por lo tanto, la Facultad de Ingeniería Mecánica. No tenía ni idea de lo que encontraría una vez llegara allí, pero Katya no podía esperar un segundo más para descubrirlo.

Pidió un billete al revisor —casi asustándose al oír esa voz grave que emitía el transformador de voz— y sin pensarlo mucho más se subió al subterráneo que iba hacia el centro. Miró a su alrededor y

de lo distraída que estaba le faltó poco para caer encima de uno de los pasajeros del subterráneo. Se cogió fuerte y soltó lentamente aire por la boca para intentar calmar su corazón, que le iba a mil por hora. Bajó la mirada y cerró fuerte los ojos: le empezaba a entrar el pánico. El pánico de todo lo que estaba haciendo, el pánico de estar en lo que podría bien tranquilamente ser un mundo nuevo para ella, el pánico de pensar que en cualquier momento alguien vería lo que realmente estaba ocurriendo y se acabaría esa corta pero maravillosa historia. El pánico de darse cuenta de que todo aquello era una locura y de que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo con su vida.

"*¡Basta, Katya!*" se dijo a si misma con firmeza, "*Ya está hecho. Recuerda a lo que viniste. Es importante. Saldrá bien.*" Con todo, Katya no se había dado cuenta de que el subterráneo ya frenaba. Las puertas se abrieron y todo el mundo salió rápidamente empujándola por todas partes y obligándola a caminar con la multitud.

Cuando por fin pudo detenerse, levantó la mirada de los pies y vio un edificio enorme lleno de chicos de su edad que entraban y salían charlando animadamente. La Facultad de Mecánica. Ya había llegado.

Capítulo 4
KATYA

Katya miraba a su alrededor boquiabierta. La entrada de la Universidad era enorme: tras subir unas enormes escaleras de mármol había una recepción con butacas, y el techo era arquitectónicamente precioso. Era la habitación más grande en la que Katya había estado nunca. Claro que tampoco era un récord demasiado difícil de superar, pues la habitación más grande en la que había estado hasta entonces era su salón.

Delante de ella vio que había una fila de estudiantes que pasaban la tarjeta de identificación por un lector de tarjetas, que se aseguraba que todos los que entraran estuvieran matriculados allí. Katya se acercó al lector y puso la tarjeta falsa que Magnus le había conseguido, con mano temblorosa; sin embargo, se relajó rápidamente al ver que se activaba una luz verde y que las puertecillas se abrían sin problema.

Katya siguió a la multitud sin saber muy bien que es lo que tenía que hacer.

Estaba claro que ir a clase, pero como no había podido asistir a las sesiones introductorias del curso como el resto de sus compañeros, no tenía el horario ni sabía hacia dónde tenía que ir. Además, ni siquiera podía seguir al resto de los estudiantes, porque allí había muchos que no estudiaban lo mismo que ella.

—¿Necesitas algo, chico? —preguntó el recepcionista a Katya.

Katya tragó saliva y miró al hombre que no sabía muy bien que hacía allí parada. “*Genial*” pensó Katya sarcásticamente, “*No llevas ni dos minutos dentro y ya estás llamando la atención*”.

—Verá… me puse enfermo el día de la sesión introductoria de la universidad y no tengo mi horario —explicó Katya intentando que sonara lo más natural posible. El recepcionista —A. Borodin ponía en su etiqueta de presentación— la miró sin entender mucho pero enseguida se recompuso.

—Ahora mismo te imprimo uno.

Katya suspiró con alivio al ver que no tendría que deambular por la universidad dando la nota el resto del día. Cogió el horario que le entregó el recepcionista y se fue lo más rápido que sus

piernas le permitían.

Miró el horario con curiosidad y sonrió al ver todas las asignaturas que tenía repartidas a lo largo de la semana: Matemáticas, Química, Física, Tecnología de Materiales, Tecnología de Combustibles, Tecnología Electrónica, Programación, Dibujo Técnico y una fantástica gran cantidad de Mecánica.

[illegible]es
[illegible] Combustibles
[illegible]cas
[illegible]ación
[illegible]ía de Materiales
[illegible] Combustibles

Siempre se le había dado mucho mejor construir con las manos que pensar con la cabeza, y asistir a todas esas clases en las que la comprensión era indispensable sería todo un reto. Un reto que Katya estaba más que dispuesta a superar. Aun así, Quentin le había enseñado todo lo básico y mucho más que eso, por lo que creía estar preparada para todo.

A primera hora le tocaba Física, en el edificio B. Katya aceleró el paso, porque tenía clase en solo diez minutos, y al llegar se quedó parada en la puerta. El aula era moderna y muy bien equipada, con filas y filas de sillas y mesas elevadas para tener una visión completa de la pizarra y el profesor. Se fijó en que todo el mundo ya estaba sentado, y se apresuró, con la mirada fija en el suelo, a sentarse en una de las primeras filas, que eran las que estaban más vacías. Tal vez eso debería haber sido un indicio de lo que se les venía encima.

La hora transcurrió de forma rápida para Katya, pues la materia le perecía sumamente interesante y le encantaba aprender cosas nuevas. Sin embargo, no pudo evitar sentir desagrado hacia el profesor de la asignatura, Yuri Popov, cuya persona era la definición de vanidad. Se había pasado casi toda la hora hablando de sus proezas como profesor. No parecía muy interesado en que los alumnos aprendieran en su clase y más bien le gustaba explicar las cosas de la manera más compleja que podía y disfrutaba viendo la cara de desesperación e incomprensión en los alumnos.

—Bien —continuó el profesor Yuri Popov—. Tenemos un sistema con una cantidad de energía inicial determinada. Ahora apretamos un botón de *fast forward* y hacemos que transcurra el tiempo en nuestro sistema, que, a su vez, lleva a cabo su función: movimiento giratorio, desplazamiento en el espacio, o lo que sea.

¿Qué pasa con la energía? ¿Alguien me lo puede responder?

Se oye un suave murmullo en la clase y todos bajan la cabeza por miedo a que les pregunten. Katya frunció el ceño ante la pregunta: no llevaban ni dos días de clase y lo que estaba pidiendo ni si quera formaba parte del temario. Parecía que Popov disfrutara haciendo sufrir al alumnado y conocía muy bien ese tipo de abuso de poder.

—Usted, por ejemplo —añade Popov señalando a un alumno de la quinta fila que puso cara de cordero degollado.

Todo el mundo se giró a mirar al pobre chico que no parecía tener mucha idea de lo que se le pedía y miraba nervioso a sus alrededores esperando que alguien lo salvara.

Katya no quería intervenir, pues se había dicho que pasaría más desapercibida, aun así, decidió hacer caso omiso a sus propias normas por una buena causa. Pero antes de que pudiera abrir la boca, alguien ya estaba respondiendo al profesor.

—Si lo consideramos un sistema cerrado, la energía total del sistema no varía. Eso viene marcado por la segunda ley de la Termodinámica, la ley de conservación de la energía.

Katya se volteó para ver quién había respondido, ya que le había parecido una respuesta de lo más inteligente. Se quedó parada mirando al chico: aunque tenía el pelo corto, moreno y con un amago de rizos, lo cual no era nada común en un mundo predominantemente nórdico, Katya no podía dejar de mirar aquellos pequeños hoyuelos que tenía en las mejillas y que se le veían entre las tiras del respirador, y aquella sonrisa de satisfacción que lucía por haber respondido una respuesta para la cual el profesor no esperaba más que silencio. "*Qué humillación, ¿verdad, Popov?*", pensó Katya, que no pudo evitar sonreír con él.

El profesor se puso rojo y carraspeó intentando volver a conseguir el control de la situación:

—No le hablaba a usted, no obstante, si cree saber tanto como dice me sabrá responder que le pasa a la masa en dicho sistema cerrado —dijo Popov en tono pomposo.

—La masa no es una constante —respondió el mismo chico de antes sin dudarlo ni un segundo. El profesor sonrió triunfalmente y con malicia.

—¡Que equivocado que está! Por su puesto que la masa es una constante. La masa no varía bajo ningún concepto, ocurra lo que ocurra ningún proceso afecta la masa total —respondió él en tono arrogante—. Eso le pasa por querer hacerse el héroe y por su constante obsesión por mostrar su intelecto.

Irónicamente, ese hombre no parecía tener ni idea de lo que era una constante y Katya pensó por un momento que se refería a él

mismo, y no al pobre chico que solo había intentado ayudar a un compañero respondiendo a una simple pregunta. No le parecía para nada que quisiera alardear de intelecto ni hacerse el héroe, pero, en cualquier caso —y aunque en un principio no tenía intención de hacerlo— Katya decidió intervenir en su favor.

—Perdone profesor, pero lo que usted dice no es correcto. —Se oyó un grito ahogado colectivo y todos se giraron para mirar quién había osado decirle tal cosa a ese hombre. Katya siguió como si nada—. Para aplicaciones en ingeniería se podría considerar que sí, que la tiene, pero a grandes velocidades, cercanas a la velocidad de la luz, la masa se ve afectada por la misma; por lo tanto, la masa, como decía mi compañero, no es una constante. Quizás podemos apreciar la diferencia a velocidades subfotónicas, pero eso no significa que la velocidad no afecte a la masa. Ergo...

Popov se había puesto morado. Katya miró al chico que había hablado y sus miradas se encontraron: tenía los ojos color marrón chocolate. Qué bonitos.

A su lado y al del primer chico al que habían preguntado, otro bastante grandullón soltó una risa por lo bajo.

—Bien —dijo el profesor aclarándose la garganta—. No perdamos de vista el tema de esta clase. Estábamos hablando de la energía.

A partir de allí, la clase siguió sin ninguna otra interrupción hasta que sonó la campana que anunciaba el final de la lección. Katya corrió hasta su siguiente clase sin dejar de pensar en lo que había pasado.

¿Por qué habría intervenido? Se había prometido a sí misma que no lo haría, sin embargo, al ver a ese chico defender a su compañero no había podido evitar ayudarle también. Le dio vueltas al tema sin poder encontrar más respuesta que un “sentí que era la correcto en ese momento”.

Cuando sonó el timbre de la última clase de la mañana, y por tanto del día, Katya siguió a la multitud que se dirigía a la cafetería para comer antes de ir a casa. Ella se quedó en la puerta sin saber muy bien qué hacer, si quedarse o ir a casa, aunque corriera el riesgo de morirse de hambre. Finalmente pensó que no quedarse sería incluso más sospechoso que hacerlo y su barriga se quejó como dándole la razón.

Se fue a la cola dónde repartían la comida y cogió una bandeja, pero cuando ya tenía la comida servida se dio cuenta de que no tenía con quién sentarse.

Se fijó en una mesa vacía que había al final de todo de la sala y decidió ir allí sin molestar a nadie ni entablar conversación, pues cuanto menos llamara la atención mejor.

Katya se sentó con su bandeja y empezó a comer, pero mientras estaba concentrada con la mirada en su plato vio que se acercaba alguien:

—¿Podemos sentarnos? —eran los dos chicos de la clase de física.

Katya se quedó durante unos segundos embobada mirando los ojos marrones del chico que había hablado hasta que se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta:

—¡Claro! ¡Por supuesto!

—Si no te parece bien, también puedes decirlo… —bromeó él y Katya sonrió.

—No, no, quedaos, por favor —dijo ella con las mejillas ardiendo por la vergüenza. Seguro que había parecido una idiota.

—Hola, soy Patrik Belov. —Era un chico bajito y de pinta poco atlética, pero se le veía en la cara que era una persona agradable. Una de aquellas personas con las que te llevabas bien desde un principio—. Oye, eres el que ha hablado en clase de física, ¿verdad? —preguntó Patrik con admiración.

—Bueno, el que ha hablado primero ha sido él —respondió Katya tímidamente mirando a su compañero—. Me ha parecido una respuesta brillante, por cierto.

—Y a mí la tuya —le respondió él con una sonrisa—. Gracias por ayudarme ahí dentro; no soporto a los profesores que se creen que lo saben todo y quieren amargar a sus alumnos en lugar de ayudarlos… —explicó frunciendo el ceño—. Vaya. Soy un maleducado: me llamo Aloyoshenka Scherbakov, pero llamadme Aloy, por favor. No sé en que estarían pensando mis padres cuando me pusieron este nombre tan horroroso.

Katya se rio.

—Te entiendo perfectamente, a mí, Padre siempre me llama Ka… —Katya se calló de golpe. ¡Maldita sea!—. ¡Karl! Porque es como me llamo: Karl Novikov —terminó ella nerviosa. ¿Pero qué demonios le pasaba? ¡Se había pasado meses preparando su historia! Y ahora se equivocaba en algo tan básico como el nombre. “*¡Céntrate Katya!*” se riñó a sí misma.

—¿Estás seguro? Porque no pareces muy seguro— dijo Aloy medio sorprendido medio riendo.

—Sí, lo estoy— insistió Katya.

—Vaya. ¿Novikov como el presidente del Consejo? —preguntó Patrik—. ¿Sois familiares?

—No. Pura casualidad.

Patrik soltó una risa nerviosa.

—Ya me lo parecía. ¿Te imaginas ser hijo de ese hombre? A mí sinceramente siempre me ha intimidado un poco… —bromeó él.

“*¿Te imaginas?*” pensó Katya irónicamente. A la mesa se acercaron dos chicos más: uno era el chico atlético que se había reído del comentario que habían hecho tanto Aloy como Katya al profesor Popov, y el otro estaba sentado a su lado en esa clase.

—¿Está ocupado? —preguntó uno de ellos—. Me llamo Viktor Pavlovsky y este es mi compañero Markus Shukurov —dijo señalando al chico atlético, que no parecía muy contento de estar allí.

—Sentaros, por favor —respondió Patrik—. Encantado de conoceros. Patrik Belov.

—Lo mismo digo— añadimos Aloy y yo a la vez. Nos miramos y sonreí bajando la mirada.

—Karl Novikov.

—Aloy Scherbakov.

—Encantados— respondió Viktor—. Bueno. ¿De qué hablabais?

—Pues estábamos comentando la intervención de Karl y Aloy en la clase de física de Popov —explicó Patrik—. No he acabado de entender nada de lo que habéis dicho, pero, sinceramente, me habéis salvado la vida respondiendo esa pregunta —dijo él agradecido.

—No ha sido nada—respondió Aloy restándole importancia. Se notaba que no era una persona que se sintiera cómoda hablando de sus proezas o alardeando. Por lo visto, todo lo contrario que su profesor de física preferido...

—¡Claro que sí! ¡Ha sido una pasada! —exclamó Viktor—. Yo no habría tenido lo que hay que tener para decirle a ese profesor que no tiene razón en algo...

—Seguro que lo que ha pasado hoy dará que hablar durante unas semanas como mínimo —siguió Patrik entre risas mientras Markus asentía con la cabeza.

—Yo por lo menos me pienso quedar bien cerca vuestro, porque así seguro que la diversión estará asegurada— bromeó Viktor dándole un codazo a Katya.

—Vaya, vaya— dijo una voz desconocida a espaldas de Katya. Se giró y vio un chico con el que no había hablado nunca. Era alto y muy delgado, y como la mayoría tenía la tez blanca y el pelo muy rubio. Sin embargo, lo que más le impactó a Katya fueron sus facciones elegantes y refinadas, y el brillo de sus ojos que le recordaron a la manera que tenía Padre de mirarla cuando había hecho algo que no debía—. Qué bien que os lo pasáis, ¿no?

Katya se miró con el resto del grupo que parecía igual de sorprendido que ella al ver las confianzas que se tomaba aquel chico. Todos menos uno:

—¿Quieres algo, Örn? —preguntó Aloy con voz cansada—.

Llevas toda la mañana persiguiéndome y dándome la lata con lo de Popov... Supéralo ya.

El chico, que al parecer se llamaba Örn, frunció el ceño y clavó su mirada fría en mí:

—Eres muy valiente desafiando al profesor tan abiertamente... o tal vez más estúpido de lo que te crees.

—¿Perdona? —dijo Katya alucinando, pero… ¿quién se pensaba que era ese tío?

—Faltarle al respeto a un profesor el primer día... os estáis buscando un problema, me parece.

Katya, que ya se estaba hartando de sus tonterías se giró en el banco para encararse a él y ponerse recta:

—Si ese hombre tiene la autoestima tan baja que se siente amenazado por dos alumnos de primer año en su primer día de universidad, creo que el problema no lo tenemos nosotros —empezó Katya con expresión seria—. No obstante, lo tengo claro: le tendré respeto a quien se lo merezca.

Örn dejó de sonreír y cogió a Katya por el mono aislador con fuerza:

—Soy el mejor alumno que hay en este curso y en esta maldita universidad. También soy muy ambicioso, y no voy a dejar que destroces mis planes con tus tonterías. Este año hay una competición en Mecánica, y no permitiré que tú y tus amiguitos me paséis por delante.

El efecto que tuvieron estas palabras y lo que hizo fue tal que sorprendió incluso a Katya. Los chicos se levantaron de golpe con actitud amenazadora preparados para defenderla a capa y espada:

—Quítale las manos de encima —dijo Aloy con voz furiosa. El contraste entre el Aloy divertido y el Aloy enfadado era radical, y Katya se sonrojó sin poder evitarlo. Markus que era el más corpulento y musculado de todos se cruzó de brazos amenazadoramente. Örn, que en una pelea contra ellos no tenía nada que hacer, soltó a Katya a regañadientes y dio un paso hacia atrás.

Katya no podía creerse el morro de este tío, que había venido a interrumpirles la comida y sin ningún remordimiento se había puesto a insultarlos y amenazarlos, e incluso se había pasado de la raya físicamente. Ahora era la única que quedaba sentada así que se levantó lentamente del banco y le dijo a Örn con voz cortante:

—¿Sabes qué? Más te vale centrarte bien en esos planes de los que tanto hablas porque los vas a necesitar. Ni ellos ni yo te vamos a dejar pasar ni una, y no te creas que te va a ser tan fácil ganarnos.

Örn temblaba de rabia, pero no se atrevió a decir nada más y se fue por dónde había venido. Viktor no podía dejar de reír.

—Eso es, lárgate ya —dijo entre risas— Menudo imbécil.

Katya soltó una carcajada y miró a los cuatro chicos que la acompañaban. Aloy la miró y sonrió con ella. Katya sintió, justo en ese momento, que se había formado un vínculo entre los cinco.

Se quedó hablando con ese grupo de chicos durante horas.

Parecía que ya había hecho amigos en la universidad, aunque no tenía intención de hacerlos en un principio. No se podía creer en lo que se había convertido su vida: mañanas de aprendizaje y una comida entre compañeros hablando de todo tipo de temas, pero sobre todo de lo que más les gustaba: la mecánica. Tenía ganas de ir a casa y contárselo todo a Quentin y Eva, pero tenía aún más ganas de volver aquí cada día para conseguir lo que todos creían imposible.

Capítulo 5
KATYA

Eva reía sin parar tumbada en la cama de su hermana mientras ella le contaba las peripecias de aquella mañana:

—Y entonces le dije: "Mejora esos planes porque los vas a necesitar" —continuó Katya entre risas—. ¡Se quedó con una cara...! Se fue corriendo con el rabo entre las piernas al ver a Markus y Aloy tan enfadados.

Ambas rieron a carcajadas.

—La respuesta de Aloy ha sido buena, ¿eh? —dijo Eva con sonrisa pícara—. Parece listo.

—Sí, es muy listo —respondió ella sin dudarlo y sonrojándose ligeramente sin poder evitarlo—. Tengo ganas de seguir trabajando con él, creo que puedo aprender mucho.

Se hizo un silencio roto por el grito ahogado de Eva:

—¡Te gusta! —exclamó tapándose la boca con las manos en un gesto de sorpresa y emoción.

—¡¿Qué dices?! —se quejó Katya con las mejillas encendidas—. Solo es un amigo. No me gusta. Y, además, aunque me gustara, se piensa que soy un tío. No iría a ninguna parte.

—Bueno, podría funcionar, si se lo contaras —propuso Eva mordiéndose el labio inferior.

—¿Estás loca? —dijo Katya con el ceño fruncido—. Sería confiar mucho en alguien: mi libertad depende de esto.

"*Y no solo mi libertad*", pensó Katya para sus adentros, pues había algo mucho más importante que dependía de ella. Katya se quedó pensando en lo triste que era su situación en ese sentido: podía hacer amigos, pero no podía tener ninguna relación *real* con nadie. Ellos ni si quiera conocían a la verdadera Katya, pensaban que era otra persona. Esa no era forma de empezar una relación sentimental. O de ningún tipo.

—¡Te gusta de verdad! Katya está enamorada, Katya está enamorada... —canturreó ella contenta.

—No seas ridícula. Solo hace un día que lo conozco y con eso no hay tiempo material para enamorarse de alguien.

"*Pero un curso entero sí*", pensó sin querer. "*Basta, Katya*", se riñó

al momento. Tenía que dejar de pensar ese tipo de cosas y centrarse en lo que era realmente importante, o lo acabaría pasando muy mal. Katya tenía claro para qué estaba haciendo todo aquello y, sin duda, no era para hacer amigos o encontrar pareja.

—¡Mierda! —exclamó Eva de repente saltando de la cama—. Con todo esto no me he acordado de hacer la cena. Padre estará al caer... ¡Se va a enfadar tanto!

—Tranquila, yo te ayudo —se ofreció Katya que no quería que Padre se enfadara. No era algo que le gustara experimentar e intentaba hacer lo posible para que no tuviera nada de lo que quejarse (mecánica aparte). Hacer enfadar a Padre le causaba siempre una intranquilidad que no podía controlar.

—¡Gracias, te debo una!

—Estás de broma, ¿verdad? —respondió Katya abrazándola por detrás—. Con todo lo que estás haciendo por mí... Hacer la cena no es nada en comparación.

Las dos hermanas se pusieron a ello y acabaron justo antes de que se oyeran las llaves de Padre en la cerradura de la puerta y el vidrio protector de la entrada. Ambas corrieron rápidamente hacia la entrada para recibirle.

—¿Crees que se dará cuenta? —le preguntó Katya a Eva al verse el pelo corto reflejado en el vidrio protector.

—¿Si me daré cuenta de qué? —preguntó Dimitri Novikov a sus hijas. Acababa de dejar atrás el vidrio y se las miraba con indiferencia.

—¡Buenas noches, Padre! La cena ya está lista —dijeron ellas a la vez, ignorando la pregunta y casi aguantando la respiración.

Dimitri se quedó mirándolas unos segundos, pero luego puso los ojos en blanco con exasperación y se dirigió a la cocina sin decir nada más. Las hermanas se miraron y lo siguieron: Katya suspiró cansada. *"¡Que empiece la función!",* pensó para sus adentros.

Fueron a la mesa y se sentaron enfrente de su padre; él ya comía sin ninguna preocupación.

Dimitri paró de comer de golpe y miró a Katya:

—¿Y tú qué haces aquí?

Katya se quedó unos segundos sin saber qué decir.

—Vivo aquí —dijo finalmente. "*Por mucho que te pese",* pensó.

—¿De verdad? ¡Ah, que eres mi hija! —bromeó en tono burleta, mientras se reía solo— No te había reconocido. ¿Se puede saber que te has hecho en el pelo? —preguntó ya en tono serio.

Katya cerró la mandíbula con fuerza. *"No me reconocerías ni con el pelo como siempre…"*

—Me lo he cortado. Me gusta más así.

—A mí me da igual lo que te guste. Te lo dejarás crecer otra vez

—ordenó Dimitri en tono intransigente—. Mi hija no puede llevar estas pintas tan ridículas. Me harás pasar vergüenza.

—¿Quién me va a ver? Si no me dejas salir de casa... —murmulló Katya bajito.

—Te he oído —respondió con voz amenazadora.

—¿Más salsa, Padre? —preguntó Eva intentando evitar más conflictos.

—No. Está asquerosa —respondió él con una mueca—. Si no aprendes a cocinar de una vez, nadie se querrá casar contigo.

Eva bajó la mirada y Katya cogió aire profundamente para no decirle cuatro cosas a su padre. No tenía escrúpulos, ni si quiera un mínimo de educación. Por mucho que las reñía sobre hacer lo correcto, él siempre hablaba como le daba la gana. Qué injusto.

—Pues yo pienso que está muy buena —intervino Katya cogiendo la mano de su hermana por debajo de la mesa. Ella le sonrió, pero la alegría no llegó a sus ojos.

—Maldita sea, Katerina —se quejó Padre— ¿Por qué tienes que llevarme siempre la contraria?

Su tono de voz era molesto y ligeramente irritado. A Katya se le aceleró el corazón como siempre le pasaba cuando Padre empezaba a estar enfadado. Tragó saliva e intentó relajar su respiración que estaba acelerada, lo que a ella no le iba nada bien.

—Hablando de casarse... —empezó Dimitri con una sonrisa. Katya tardó unos segundos en reaccionar a lo que había dicho, pues la imagen de verlo sonreír la había descolocado enormemente.

—¿Casarse? —preguntó con pánico. No. No podían quitarle a Eva. No quería vivir sola con él.

—Te he encontrado el partido perfecto, Katerina —dijo Dimitri orgulloso—. Es político, como yo. Un poco mayor, pero eso no importa. Tiene dinero y pronto podría incluso trabajar para el Consejo...

A Katya le pareció que el mundo daba vueltas, seguramente porque se había quedado sin respiración. Oyó que su hermana daba un grito ahogado.

—¡¿Katya?! Pero Padre... ¡Yo soy mayor que ella! —exclamó Eva. Las dos cruzaron una mirada de pánico. Estaba claro lo que ambas pensaban: lo iban a descubrir todo. Si Katya se iba a otra casa ya no podría ir a la Universidad y si dejaba de ir de golpe lo investigarían. Se descubriría todo—. ¿Qué dirá la gente, Padre? ¡Parecerá que nadie quiere casarse conmigo!

Dimitri hizo gesto de preocupación. Si pensaran que su hija mayor tenía algún defecto, eso también reflectaría una mala imagen de él. "*Rata asquerosa, solo piensas en ti*", pensó Katya con rabia.

—Bien —dijo Dimitri después de reflexionar durante unos

segundos—. Esperaremos hasta que encontremos un buen partido para Eva y después te casaré con ese hombre.

Katya hizo un suspiro de alivio, aunque la forma en la que dijo “hombre” y no “chico” la preocupó. Para Padre, todos los que fueran más pequeños que él eran unos mocosos inexpertos.

—No pienso casarme —dijo Katya bajito.

—¿Perdona? —preguntó Dimitri amenazadoramente— Me ha parecido oír algo.

Katya se enfrascó en un duelo de miradas desafiantes con su padre:

—He dicho que no pienso casarme.

Dimitri cogió aire para relajarse:

—Te casarás. Y te casarás con quién yo te diga, y cuando yo te diga.

—No. ¡No te pertenezco! Yo tomo mis decisiones, ¡no tú! —dijo Katya decidida—. No me pienso casar con nadie y mucho menos con la persona que me elijas.

Eva miraba a su hermana como si se hubiera vuelto loca. Tal vez se había vuelto loca, pero no pensaba ceder. Muy pocas veces se había atrevido Katya a desafiar a Padre, por no decir nunca, pero esta vez valía la pena. Por su libertad, valía la pena.

—Katerina, eres una mujer. Tú no decides nada —escupió con desprecio—. Y ya va siendo hora de que empieces a comportarte como tal.

A Katerina se le nublaba la vista por las lágrimas de rabia, pero se contuvo de llorar. No pensaba hacerlo delante de él.

—No puedes obligarme a casarme con alguien que no conozco y con quien no quiero estar —insistió ella. Sabía que sí. Era como se hacían las cosas allí en Vazdujgrad.

En realidad, mucha gente estaba empezando a cambiar su mentalidad con respecto al tema de las mujeres. Ya no era tan importante como antes que las mujeres se quedaran en casa, pues había nuevas medidas de seguridad que las protegían de la esterilidad y se empezaba a ver como una práctica arcaica. Sin embargo, el Consejo seguía teniendo el poder y no había manera de evitar eso sin saltarse las normas.

Katya tragó saliva mientras Eva miraba aterrada la escena.

—Puedo obligarte a hacer lo que quiera —respondió él amenazadoramente—. ¿Quién me lo iba a impedir? ¿Tú? Entérate de una vez: no eras nada y no eres nadie, y no sirves más que para hacer lo que yo te diga: casarte y tener hijos. Es para lo que estáis aquí, y es lo que vais a hacer. Os guste o no.

Eva lloraba en silencio ante la crueldad y crudeza de sus palabras.

Katya temblaba de rabia e impotencia. Se levantó y tiró de un manotazo el plato al suelo. El ruido hizo estremecer a su hermana.

—¡Te odio! ¿Me oyes? ¡¡TE ODIO!!

Dimitri, furioso, pegó un puñetazo a la mesa que hizo saltar el resto de lo que había en ella por los aires. Katya se sobresaltó, pero se mantuvo firme. Eva corrió a esconderse detrás de su hermana. El corazón le iba a mil y las manos le temblaban: por un momento vio otra vez ese *flash* de luz blanca.

—¡Algunas veces no me creo que seas mi hija! ¿Cómo osas hablarme de esta manera? ¡Eres una desagradecida! ¡Suerte tienes que aún te tenga aquí en casa después de lo que le hiciste a tu madre! ¿Es que siempre tienes que hacerle daño a todo el mundo?

Se hizo el silencio y Katya se quedó sin respiración. "*Golpe bajo, Padre. Golpe muy bajo",* pensó ella con un nudo en la garganta. ¿Que ella hacía daño a todo el mundo?

—¿De quién lo habré aprendido? —preguntó ella sarcástica.

Dimitri se levantó de la silla de golpe con los puños apretados y Katya dio un paso hacia atrás. Quentin apreció al oír el ruido de la mesa y de los platos rompiéndose:

—Ya basta —dijo con lentitud—. Ya basta, Dimitri.

—Tu a mí no me das órdenes, criado —escupió.

—Basta —repitió Quentin.

—Id a dormir, vosotras dos —ordenó Dimitri —No quiero veros más.

Quentin se acercó a ellas y les puso una mano en el hombro para tranquilizarlas mientras las acompañaba a sus habitaciones. Al llegar a la habitación de Katya abrazó a Eva y le acarició el pelo hasta que las dos se tranquilizaron:

—Sabía que Padre tenía carácter, pero esto se le ha ido de las manos —dijo Eva con voz temblorosa—. Daba miedo.

Katya miró a su hermana con intranquilidad y asintió con la cabeza.

—Quédate a dormir conmigo —le ofreció Katya y Eva sonrió aliviada. Katya miró a su hermana preocupada. Aunque fuera la mayor, ella era dulce y no estaba acostumbrada a las peleas. Katya estaba más curtida.

—Chicas id a dormir, mañana será otro día —dijo Quentin dándoles un abrazo a cada una—. Si me necesitáis ya sabes dónde tienes el comunicador. Vendré en un abrir y cerrar de ojos.

Quentin cerró la puerta y ambas se metieron en la cápsula de Katya sin demora. Katya abrazó a su hermana toda la noche. La cosa cada vez se ponía más negra para ellas y tenía claro que había que hacer algo: esa no era forma de vivir.

Capítulo 6
KATYA

Un flash de luz blanca. Un grito desgarrador. Un llanto de bebé. Luces rojas y la alarma de infección. Los gases automáticos de depuración de la entrada. La voz de Padre gritándole al oído...

Katya se acarició la frente para mitigar el golpe que se había dado y los dedos se le mojaron del sudor que la empapaba. Solo había sido una pesadilla. La misma de siempre. Su respiración estaba agitada y la frente le seguía doliendo por haberse incorporado de repente al despertar sin tener en cuenta que, como siempre, estaba durmiendo dentro de una cápsula cerrada. Quería salir. Necesitaba salir de allí.

Abrió los ojos y respiró hondo, intentando calmar su respiración, y después de comprobar el indicador de oxígeno de la pared abrió la cápsula para poder levantarse.

Las piernas aún le temblaban un poco así que se sentó en el borde de la cápsula un instante hasta estar un poco más calmada.

Se levantó sin prisas y miró la hora: solo eran las cuatro y veinticinco. Aún era de noche, ni si quiera estaba amaneciendo. Aún no era momento de despertarse, pero no podía dormir. No podía dejar de darle vueltas al sueño que acababa de tener. A la pesadilla que había tenido desde aquel fatídico día hacía ya quince años. Cerró los ojos con fuerza; no quería pensar en ello.

Se puso de pie y fue al lavabo a lavarse la cara. Fue con cuidado de no verse reflejada en el espejo: en momentos como ese no podía ni mirarse a sí misma a los ojos. No con ese sueño tan reciente, tan a flor de piel. Katya salió de su habitación sin saber muy bien adónde ir. Pasó por delante de la habitación de Eva y metió la cabeza; su hermana dormía plácidamente.

Habían pasado ya unas semanas desde la discusión con Padre, y en casa se mascaba la tensión. En casa, todos fingían que no había pasado nada, aunque Katya y su hermana estaban más unidas que nunca y, en la universidad, sobre todo los primeros días, a Katya le fue imposible ocultar su disgusto. Sus amigos se habían mostrado muy preocupados por ella, y se habían ofrecido a ayudarla sin dudarlo si tenía cualquier problema. Markus parecía estar

convencido de que el imbécil de Örn la había estado molestando, lo cual no era del todo mentira, y estaba a nada de saltarle encima. Pero sin duda, el que más se había preocupado por el tema había sido Aloy. Katya sonrió al pensar en él. Ya no había forma de negarlo: le gustaba. Le gustaba que se preocupara tanto por ella, que quisiera protegerla y ayudarla. Estaba claro que él no lo hacía por nada en especial, así era él: servicial con todo el mundo.

Katya suspiró. Sin darse cuenta sus pies la habían llevado al último lugar que quería visitar ahora mismo: el altar de su madre. El nudo que tenía en el estómago se le apretó con fuerzas al ver la fotografía que ya se sabía de memoria. Cuanto más la miraba, más preciosa la veía. Era un ángel.

"*Y yo un demonio*", pensó Katya. Sin poderlo evitar, al ver la foto de su madre, Katya rompió a llorar. Intentó no hacer ruido, porque no quería despertar a Padre y que la viera así. Solo le faltaba que empezara con el discurso acusatorio de siempre con su voz de desaprobación. Aun así, no hizo amago de parar de llorar. No podía. Tenía que sacarlo todo: era la única manera de poder vivir en paz consigo misma sin estallar de culpabilidad. Tenía que decírselo una y otra vez: "*No fue culpa tuya, Katya. Eras muy pequeña. No sabías lo que hacías. No fue tu culpa",* pero el monólogo interno no parecía estar funcionando esta vez. El sueño había sido demasiado real, lo cual también tenía sentido, pues todo lo que siempre soñaba eran recuerdos.

Esos flashes puntuales eran lo único que Katya recordaba del incidente, pero ella sabía lo que había pasado perfectamente. No había ni un solo detalle que no tuviera claro: de eso ya se había encargado Padre. Se había asegurado de que Katya supiera la historia desde pequeña, lo que había hecho y lo que eso les había costado a todos. Padre se había asegurado de que Katya supiera que todo había sido culpa suya y que, aunque solo tenía tres años, tenía que ser responsable de sus actos. Él siempre la había odiado por lo que sucedió, pues tenía claro que Katya había matado a su propia madre.

Psicológicamente hablando, no hay nada que destroce tanto como saber que tu madre murió por tu culpa, y que tu padre, la otra persona que está biológicamente programada para quererte, no puede verte ni en pintura.

Por supuesto, al principio Katya lo intentaba igualmente, pues por instinto intentaba complacer a Dimitri y buscaba su aprobación. No entendía por qué a su padre no le interesaba nada de lo que ella hacía y cada vez iba más y más lejos para llamar su atención. El día que le contó lo que había hecho Katya tenía 8 años, y aquel día lo entendió todo.

Katya se quedó mirando la fotografía de su madre con una sonrisa triste mientras recordaba lo que Dimitri le dijo:

—*Ya es hora de que sepas lo que hiciste, Katya* —empezó él con semblante serio—. *Tu madre murió por tu culpa.*

A la pequeña Katya se le hizo un nudo en la garganta y preguntó con un hilo de voz a su padre que por qué le decía eso.

—*Cuando tenías tres años, Katya. Eras tan rebelde y tan desobediente como lo eres ahora. Desde que naciste no has hecho más que molestar y causar problemas, pero ese día tu desobediencia fue demasiado lejos* —continuó él imperturbable—. *Decidiste que querías salir fuera. Que querías salir de casa, y sin la más mínima preocupación por el resto de habitantes de esta casa abriste la puerta de la entrada de par en par. Yo estaba en el trabajo, Magnus en el colegio y tu hermana Eva dormía en la cápsula porque era la hora de la siesta.*

> > Pero tu madre, que estaba contigo, sacrificó su vida por la tuya y corrió a salvarte. Te puso el único respirador que había en la entrada y te salvó a ti, en lugar de ponerse a salvo y dejar que murieras. Por su alta exposición al exterior murió en pocos meses, mientras que a ti solo te quedaron algunas secuelas de tos y problemas respiratorios leves. Ese fue tu castigo. Y un castigo muy leve, si me preguntas. No merecías salirte con la tuya mientras que Anya moría de putrefacción. Deberías haber muerto tú y no ella.

Katya miró a su madre una última vez con lágrimas en los ojos. Padre querría que Katya estuviera muerta, y algunas veces ella misma también pensaba que era lo más justo. "*¡Basta, Katya!*", se riñó a sí misma. "*No digas tonterías. Tu vida vale la pena. Y mucho más ahora que sabes lo que tienes que hacer con ella. La muerte de mamá no será en vano. Tienes que compensarla por lo que hiciste. Tienes que hacerlo, Katya*".

Se levantó y miró el reloj de la pared. Ya eran las siete y media, las horas le habían pasado volando. Vio que padre bajaba las escaleras con su maletín para irse a trabajar, así que se escondió detrás de la esquina. No era un buen momento para una agradable charla sobre precaución y desobediencia. Cuando ya se había ido, Katya se dirigió a su habitación y se vistió para ir a la universidad. La verdad es que no sabía ni si quiera si le apetecía ir, pero la perspectiva de quedarse en casa tampoco era muy agradable. Además, tenía que cumplir su objetivo. Se lo debía a ella.

Katya se pasó todo el camino pensando en el sueño que había tenido, en la conversación con su padre cuando solo tenía ocho años y en su madre, Anya. Se le hizo el viaje más rápido de todos. Antes de entrar por la puerta y llegar al lugar donde siempre quedaba con los chicos, se frotó los ojos y suspiró. "*Vamos, Katya. Deja de pensar en ello o lo van a notar*" se dijo. Miró el reloj y vio que llegaba unos

minutos tarde y que el resto ya la debía estar esperando así que arrancó a correr para llegar dónde ellos estaban.

—¡Ei! —exclamó Viktor al verla— ¿Qué tal, Karl?

—Bien, bien —respondió Katya poco convencida y sonriendo un poco forzada. Saludó a todos y enseguida bajó la mirada. Los pulmones le quemaban por culpa de la carrera y no pudo evitar empezar a toser como siempre que hacía el más mínimo ejercicio. Los chicos la miraron preocupados, pero no dijeron nada y rápidamente empezaron su propio tema de conversación. Aloy se acercó a Katya mientras Markus, Patrik y Viktor conversaban animadamente de camino al aula de Tecnologías de Combustibles:

—¿Seguro que estás bien? —preguntó mientras ponía una mano en su hombro a modo reconfortante. El calor de ese gesto quemaba a Katya incluso a través del mono aislador y las mejillas se le enrojecieron sin remedio. Aloy apartó la mano al instante.

—No es nada. Un poco de tos.

—Bueno, eso me preocupa, pero no era a lo que me refería. Pareces triste —Katya no entendía cómo conseguía hacerlo, pero siempre la leía como si fuese un libro abierto. Como si se conociesen de toda la vida.

—He tenido una pesadilla… no es nada —respondió Katya sin querer. No podía evitar decir la verdad cuando hablaba con Aloy… ¡Se sentía tan cómoda a su lado!

—¿Quieres hablar del tema?

"*¡NO! Buenos días, me gustas, soy una chica y, por cierto, con tres años cometí matricidio",* Katya no sabía cuál de todas esas cosas deseaba con más fervor que siguiera siendo un secreto.

—Una tontería, de verdad —respondió ella restándole importancia.

—No puede serlo tanto si te tiene tan absorto —añadió él—. Pero está bien, no quiero presionar. Si necesitas algo ya sabes dónde estoy.

Katya asintió con la cabeza y sonrió. En momentos como ese se sentía culpable y tentada a contarle todo, pero era una locura. Imposible. No podía ser.

La primera hora transcurrió sin problemas, la clase de Tecnologías de Combustibles era tan aburrida como útil. Aun así, Katya estaba contenta. El martes era su día favorito, porque tenían tres horas seguidas de Mecánica, una asignatura genial, eminentemente práctica y donde Katya podía destacar gracias a todos los conocimientos que había adquirido de su querido Tino.

Por supuesto, también ayudaba que en esta asignatura tuvieran a Damian, el mejor profesor del mundo.

Damian Petrov era divertido y amable con sus alumnos, hacía

sus clases muy dinámicas y entretenidas, y era sin duda el preferido de todos. Bueno, de todos menos de Örn Záitsev. Se dice que las primeras impresiones suelen ser erróneas, pero en el caso de Örn no parecían ser muy equivocadas. En las pocas semanas que llevaba Katya en la universidad, no le había cogido el más mínimo cariño, ni si quera como compañero: era desagradable, maleducado, arrogante y no hacía más que entorpecer las clases en su afán de superar al resto.

—Bien, chicos —empezó Damian con una sonrisa emocionada—. Tengo una noticia que daros y creo que os va a encantar.

—¿Te vas de la *uni*? —preguntó Örn sarcásticamente para hacer reír al resto, pero acabó riendo solo. Katya lo miró con desagrado y se mordió el labio para no ponerlo en su sitio. Aloy le puso la mano en el antebrazo para calmarla:

—¿Pero a ese qué le pasa? ¿Por qué tiene que hacer siempre comentarios tan fuera de lugar?

—Déjalo. No vale la pena. Además, el pobre ya tiene suficiente con lo suyo. No debe de ser fácil tener una inteligencia subdesarrollada.

Katya soltó una carcajada involuntaria, pero intentó controlarse para que no le llamaran la atención.

Respiró profundamente y se dio la vuelta para mirar al profesor, que seguía con su actitud positiva de siempre:

—Haremos... ¡Una competición! —exclamó mientras hacía un redoble de tambores con las manos sobre la mesa.

Se oyó un murmuro de excitación roto por el comentario cortante y fuera de lugar de Örn:

—Eso ya lo sabíamos. Lo puso en el plan de estudios.

—Lo que tal vez no sabíais es que será un proyecto en grupos de cinco y que durará todo el curso, se hace cada año —continuó él como si nada. Katya se giró para mirar a los chicos, que asintieron sin dudarlo. Genial, ya tenía grupo para el proyecto—. Tendréis que crear algo de cosecha propia. Dispondréis de todas las horas de clase y todas las que queráis añadir de vuestro tiempo libre. Cuánto más difícil sea lo que os proponéis, más emocionante será y, por lo tanto, más nota tendréis. Para que no os copiéis los unos a los otros, la universidad ha reservado varias aulas, y trabajaréis por separado. Supongo que sois lo suficientemente adultos como para no necesitar supervisión, ¿verdad? Al fin y al cabo, si a final de trimestre no entregáis el trabajo hecho, no habrá ninguna oportunidad de aprobar la asignatura y se os expulsará de la carrera. Porque, como ya sabéis, en esta universidad tenemos tolerancia cero hacia la gente que no respeta al gremio. Örn soltó una risa burleta:

—Estará chupado —se giró para mirar a Katya y al resto

amenazadoramente.

—Hay algo más —continuó Damian—. El que tenga el mejor proyecto ganará una audiencia con el Consejo y la oportunidad de financiamiento a largo plazo para la construcción de su invento a gran escala. Además, los ganadores también recibirán un diploma de la universidad que validará el prestigio de vuestros conocimientos y os servirá para poder trabajar donde queráis de todo Vazdujgrad.

Los murmullos volvieron a resonar por la clase:

—¿Os lo podéis creer? —empezó Patrik, emocionado.

—Tenemos que ganar y hacernos famosos —exclamó Markus.

Aloy puso los ojos en blanco:

—Por favor, Markus —rio él—. Tú no sabrías hacerte famoso ni creando una máquina que salvara el mundo.

Katya dejó de oír nada más a partir de eso. No podía. Lo único que oía era el ruido de su propio corazón que parecía que quería salírsele del pecho. ¡Eso era! Su gran oportunidad, su gran momento. No podía ser más perfecto: crearían la máquina que Quentin llevaba años intentando crear, y el Consejo les financiaría el proyecto. Ahora solo tenía que convencer al resto del equipo.

—Bien, chicos —dijo Damian—. Sé que tenéis mucho de lo que hablar, así que os dejaré las dos horas que quedan para encontrar grupo y empezar una lluvia de ideas sobre qué tipo de proyecto queréis hacer.

Katya se dio la vuelta para mirar a los chicos, que se quedaron callados al ver su semblante tan serio:

—Lo que os voy a decir... os va a sonar a locura. Es una locura, lo sé —empezó ella.

—¡Me apunto! —dijo Viktor—. No me hace falta oír nada más.

—Escúchame, esto va enserio —dijo Katya y Viktor dejó de sonreír.

—Está bien, lo siento. Sigue.

—Quiero crear una máquina que purifique el aire de Vazdujgrad.

Patrik rio, pero paró en seco al ver que Katya no hacía ningún ademán de retractarse.

—¿Lo dices enserio?

—Es imposible, Karl —dijo Markus.

—No, no lo es. Aún no tengo claro del todo como quiero hacerlo, pero tengo alguna idea y creo que podría funcionar —siguió ella rápidamente. Tenía que convencerlos como fuera—. Con vuestra ayuda es posible —siguió ella y miró a Aloy suplicante. Si conseguía convencerlo a él, el resto caerían.

—Bueno, está claro que es un proyecto ambicioso e interesante

que podría darnos mucha nota, aunque no saliera bien. Y si funcionara… digamos que Markus no estaría tan lejos de conseguir su sueño de saltar al estrellato.

—¡Exacto! —exclamó Katya—. Incluso podríamos conseguir un mundo distinto. Un mundo sin respiradores. Sin miedo. Un mundo nuevo. Pensadlo bien, chicos. Seríamos leyendas. Y no tenemos nada que perder.

—No sé, Katya… Es un poco… —siguió Patrik preocupado.

—Solo digo que os lo penséis. Que tengáis la mente abierta a la posibilidad, y que os miréis mis planos. Nada más. Por favor —suplicó Katya con voz desesperada—. Si no os gusta, podemos escoger otra cosa. Tenemos tiempo incluso de estudiarlo y ver si es factible.

La respiración de Katya iba a mil por hora y esperaba con el corazón en un puño a que los chicos dijeran que sí. Era la oportunidad perfecta.

—Está bien —dijo Aloy, y el resto asintieron con la cabeza—. Lo intentaremos.

Katya soltó un suspiro de alivio y sonrió de oreja a oreja. “*Ahora sí, mamá”,* pensó Katya, y giró ligeramente el rostro para que los chicos no vieran que los ojos se le habían llenado de lágrimas. “*Ahora sí que es posible. Tu sacrificio valdrá la pena, te lo prometo.*”

Capítulo 7
KATYA

Katya se despertó temprano la mañana siguiente para coger todo lo necesario para el proyecto de Damian. Era de vital importancia que consiguiera convencer a su equipo para construir la máquina de Quentin. Si no… No. No iba a pensar en ello. Verían que la idea era buena y su madre estaría orgullosa.

Abrió la cápsula e hizo sus ejercicios matutinos de respiración. Katya miró el tiempo que había aguantado sin respirar y sonrió satisfecha: cada día aguantaba un poco más que el anterior. En poco tiempo aguantaría lo mismo que alguien completamente sano que entrenara apnea. Fue pensar aquello y sus pulmones se rebelaron, haciéndola toser con fuerza, como para demostrarle que estaba equivocada.

"Maldita sea", pensó Katya, que estaba un poco mareada por la falta de oxígeno. Se quedó sentada un rato hasta que la cabeza dejó de darle vueltas, y entonces se preparó la mochila con las cosas que necesitaba para ir a la Universidad.

Siempre tenía la mochila escondida en una clavija suelta que había en el suelo, por si a Padre le daba por entrar en su habitación y revolverle las cosas. Tampoco sería la primera vez que invadía su privacidad en un burdo intento de encontrar algo que reprocharle.

Con la mochila preparada, Katya fue directa al sótano, donde guardaba todas sus cosas de mecánica. Y, sobre todo, donde Quentin guardaba las suyas, lo que significaba que tendría allí los planos de la máquina que había intentado crear durante años sin éxito alguno. Katya se sintió mal durante un momento por estar revolviendo sus cosas, pero sabía que a Quentin no le importaba que le cogiera esos planos, y no quería despertarle. Últimamente se le veía muy cansado y con ojeras, como si no descansara bien. Katya quería pensar que no era por la preocupación que le causaba que ella saliera de casa, porque eso la haría sentir culpable, lo que a su vez la haría sentir aún más culpable, porque no pensaba parar. Aun así, y siendo egoísta, a parte de ella le gustaba saber que había alguien que se preocupaba y la quería tanto como para padecer insomnio por ella.

Cogió las cosas y corrió hasta su habitación, donde escondió

rápidamente los planos en la mochila. Miró a ambos lados del pasillo antes de salir, con miedo de encontrarse con Padre, y se puso el respirador en la boca.

Al llegar a la universidad, como siempre, se encontró con los chicos en la entrada.

Los saludó y juntos fueron hacia la clase de Dibujo Técnico. *"Agh",* pensó Katya *"Dibujo Técnico no, por favor".*

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Patrik.

—Se me da fatal dibujar —confesó Katya, haciendo una mueca.

—Pues estás de suerte, chico —dijo Patrik dándole unos golpes cariñosos en la espalda—. Soy el mejor dibujante que hay en toda la ciudad —alardeó con expresión satisfecha. O al menos eso parecía, por lo que se podía deducir de su expresión a través del respirador. Katya esbozó una sonrisa forzada y entró a clase sin esperar al resto. Aún le costaba digerir que sus amigos se refirieran a ella como si fuera un chico: se sentía un fraude completo y una decepción. Lo último que necesitaba era preocuparse por lo que pensarían sus amigos si supieran que les estaba mintiendo y quién era en realidad y, sin embargo, no podía pensar en nada más.

La clase de Dibujo Técnico resultó ser muy útil para dibujar planos de máquinas, lo que, en un principio, parecía obvio, pero Katya no se esperaba que les dejaran tiempo para pensarse los planos del concurso. Katya supuso que todos los profesores estaban al corriente del proyecto que tenían que hacer en Mecánica y querían ayudar con su asignatura para que les fuera lo más fácil posible. Por supuesto había un profesor que no quería hacer las cosas más fáciles, sino todo lo contrario: Popov les puso más deberes de los que les habían puesto el resto de los profesores juntos. Deberes cuya hoja de soluciones, por algún misterioso motivo, Örn no tardó en tener.

Katya se pasó el resto del día y todo el almuerzo más callada de lo normal. Tenía ganas de que fueran las once para que tocara clase con Damian: Mecánica. Hoy empezarían el proyecto y ella tenía la misión de convencer, no solo a sus compañeros, sino también a su profesor, de que el proyecto no era una utopía, sino algo que podían conseguir.

Levantó la mirada del bocadillo que se estaba comiendo justo para ver como Aloy la observaba con aire preocupado. Parecía mentira que hiciera tan poco que se conocían, porque Aloy sabía leer sus emociones como si se conocieran de toda la vida. Katya no sabía muy bien que decirle: siempre que la miraba así le entraban ganas de hablar con él de todo y contarle todo lo que iba mal en su vida, pero entonces se daba cuenta de que no podía decirle nada sin contarle la verdad sobre quién era. Quería decirle tantas cosas, que

acababa por no decir nada.

Katya soltó un suspiro de alivio cuando sonó el timbre para ir a clase y se levantó de un salto. No se podía creer que una simple asignatura le estuviera haciendo sentir como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros, pero nada más lejos de la realidad.

Llegaron al aula que les habían asignado a ella y a su grupo y se sentaron en la mesa redonda del centro. Habían dividido los grupos en distintas aulas de la universidad que estaban equipadas para el trabajo, con la esperanza de que así no hubiera problemas de plagio.

Damian iría pasando por las aulas y comprobando el trabajo de los grupos mientras resolvía dudas puntuales y daba algunos consejos.

Hoy era el día en el que el grupo decidiría qué quería crear y el profesor daría el visto bueno al proyecto. Katya sabía que estaba muy rara y que el resto lo notaba: no paraba de moverse, estaba nerviosa y temblando como un flan. *"Mamá… si no lo consigo… quiero que sepas que lo siento. Y que te quiero. Que lo he intentado",* pensó Katya con los ojos hacia el techo agrietado.

El resto de sus compañeros estaban sentados con gesto preocupado y mirándola como si estuviera loca.

—Bien —empezó ella con voz temblorosa—. Os dije que le dierais vueltas a la propuesta que os hice. Sé que nadie se ha planteado jamás la posibilidad de arreglar lo que fue estropeado hace 300 años, pero intentadlo. ¿Y si pudiéramos volver a respirar el aire? ¿Y si pudiéramos eliminar la podredumbre y tener un cielo azul, hierba verde, prados de colores y mares con agua trasparente?

—Si fuera posible, ya lo habría hecho alguien, ¿no? —preguntó Markus, con el ceño fruncido.

—¿De verdad? Porque como yo lo veo los únicos que tienen poder para cambiar la situación son los que más se benefician de ella. ¿Por qué querría un hombre solucionar nada? Ya les parece bien como están las cosas —explicó exaltada—. No ha cambiado nada para ellos.

—Para nosotros —corrigió al final al ver la cara que había puesto Viktor, que seguramente pensaba que estaba tan loca que ya hablada de sí misma en tercera persona.

—Bien… Es evidente que tienes razón. Pero eso no quita que sea un proyecto muy, muy ambicioso. No sabría ni por dónde empezar —le dijo Aloy, hablando con voz suave y apaciguadora.

Katya suspiró para tranquilizarse. Si conseguía que Aloy dijera que sí, los demás caerían como moscas.

—Lo sé, lo sé. Pero creo que vale la pena intentarlo. Es… la gente no debería tener miedo de respirar —dijo Katya

impacientemente—. O al menos no deberían morir por ello —dijo finalmente con los ojos un poco llorosos. *“Katya, por Dios, contrólate”*.

El resto del grupo la miró sin entender nada, pero le pareció ver una chispa de entendimiento en los ojos de Aloy.

—Esto es importante para ti, ¿no? —preguntó Aloy, cogiéndole la mano. Katya se sonrojó, pero asintió con la cabeza—. Pues cuenta conmigo —respondió, cogiéndola de la mano.

—¡Eso! Yo también me apunto —exclamó Patrik.

—Sí, salvemos el puñetero mundo —dijo Viktor con su buen humor de siempre— ¿Qué podría salir mal?

Todos se giraron hacia Markus que miraba la escena con indecisión.

—Vale, va, me apunto. ¡Vamos a hacernos famosos!

Katya sonrió de oreja a oreja y abrazó a Aloy con alegría antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Lo soltó rápidamente y corrió a buscar los planos que estaban en las taquillas del pasillo.

—Voy a buscar los planos —dijo con voz entrecortada.

—Te acompaño —respondió Aloy rápidamente—. Por si necesitas ayuda para llevarlos y eso —se apresuró a decir—. Quedaos aquí el resto y buscad papel y lápiz para rehacer el plano con nuevas modificaciones.

Katya y Aloy fueron hacia las taquillas sin decirse ni una palabra más, y Katya se sonrojó al recordar el abrazo que le había dado, durante unos segundos habría jurado estar en el paraíso. Los brazos de Aloy eran cálidos y tanto músculo hizo que Katya pensara que estaba rodeada de cojines.

Por fin llegaron a la taquilla de Katya y sacó la carpeta de las cosas de Quentin donde sabía que estaban los planos y, efectivamente, solo abrir la carpeta Katya los vio. Se los pasó a Aloy para que les echara un vistazo y él los observó con detenimiento.

—¿Esto lo has hecho tú? —preguntó él impresionado.

—Me gustaría decir que sí, pero no los he hecho yo —respondió Katya—. Los hizo mi… padre —Katya sabía que la mayoría de familias no tenían a alguien como Quentin que trabajara para ellos y cuidara de la familia.

Además, nunca había sabido como explicar esta situación y al fin y al cabo Quentin era más un padre para ella que Dimitri Novikov.

—¿Tu padre también es mecánico? Estoy impresionado. Son muy buenos —dijo Aloy, mirando los planos—. Creo que hay que hacer algunos cambios, pero ahora que veo esto, no me parece una idea tan descabellada.

Katya sonrió e intentó reprimir las ganas de abrazarlo de nuevo.

—Muchas gracias por tu apoyo, Aloy, de verdad— dijo Katya con una sonrisa—. No lo olvidaré nunca —Katya fue a cerrar la carpeta de Quentin, pero le resbaló y las hojas cayeron por el suelo —. ¡Mierda!

Aloy se apresuró a ayudarla a recoger hasta que vio que Katya se había puesto pálida de golpe y se había quedado congelada al ver algo. Katya no podía dejar de mirar la fotografía que tenía delante: era su madre, Anya. El corazón de Katya iba tan de prisa que parecía que se le iba a salir del pecho. ¿Qué hacía Quentin con una fotografía de su madre? No podía ser que la hubiera cogido de casa, porque Katya nunca había visto esa fotografía en su vida, y Padre había prohibido tener cuadros de ella colgados. Y aunque fueran de casa… ¿Por qué lo iba a tener escondido entre los papeles de su antiguo trabajo? Él siempre había dicho que la mecánica le encantaba, pero que le gustaba más cuidar de ellas. Katya nunca se lo había cuestionado realmente, pero ahora ya no sabía que creer.

—¿Quién es? —preguntó Aloy con curiosidad.

—Mi madre.

—Vaya, es una mujer muy guapa —dijo Aloy a modo de cumplido, sin acabar de entender por qué era tan sorprendente para Katya, para Karl, tener una foto de su madre.

—*Era* preciosa —susurró Katya con la voz entrecortada y conteniendo las lágrimas a duras penas. Aloy abrió los ojos sorprendido, pero enseguida entendió todo.

—Por eso tienes tantas ganas de crear esta máquina, ¿no? —preguntó con voz suave—. ¿Ella murió de exposición?

Una lágrima resbaló por la mejilla de Katya sin poder evitarlo, mientras asentía con la cabeza. Aloy la abrazó a la vez que le acariciaba la cabeza. Katya rompió a llorar desconsoladamente en los brazos de Aloy. Ya no podía sentirse más fraude: quería confesarle todo. Quería decirle que era una chica, que le había estado mintiendo, que no merecía que la estuviera abrazando, que su madre murió por culpa suya y ni si quiera lo recordaba. Quería decirle que en realidad él no la conocía, pero no quería admitir que Katya ni si quiera se conocía a ella misma.

No dijo nada. Se quedó en los brazos de Aloy, que en ese momento eran la salvación a una vida entera de sufrimiento y culpabilidad por algo que Katya no recordaba haber hecho y que ni si quiera creía que fuera capaz de hacer.

—Lo siento mucho, Karl —susurró Aloy, sin parar de acariciarle el pelo—. Encontraremos la manera de crear la máquina, te lo prometo.

Eso despertó a Katya de su trance. *"¡Eres Karl, maldita sea! ¡Contrólate o te van a descubrir!",* pensó mientras se secaba los ojos y

acababa de recoger las hojas y meterlas en la carpeta. Cogió la foto de su madre y la metió dentro, también sin mirar.

—Sí. Hay que ponerse a trabajar —dijo Katya. Tenía muchas ganas de quitarse el respirador y secarse la nariz como Dios manda, pero estaba en campo abierto y podría ser peligroso, por no mencionar que si se quitaba el respirador verían sus facciones femeninas. Se secó como pudo e inició el camino hacia el aula con Aloy siguiéndole los pasos.

—Ya estamos aquí, chicos— dijo Aloy al entrar.

—Si que habéis tardado… ¿Os habéis perdido? —preguntó Viktor en tono de broma.

—Estábamos mirando los planos —respondió Katya a la vez que Aloy respondía que no era asunto suyo.

—Vale, vale, qué genio… solo era una broma —respondió Viktor con gesto tranquilizador.

—Veamos esos planos —intervino Patrik que tenía delante una hoja en blanco enorme y mil reglas y lápices.

Katya miró a Patrik esperando su veredicto:

—Sí, ya veo por dónde va la cosa —dijo él sin dejar de mirar los planos—. La estructura en sí no está nada mal, lo importante es que hablemos de cómo lo haremos para que la máquina funcione.

—¿A qué te refieres? —preguntó Viktor con el ceño fruncido—. ¿No acabas de decir que los planos de la máquina están bien? ¿Por qué no iba a funcionar si la montamos bien?

—Parece mentira que estés en la misma clase de Tecnologías de Combustibles y Tecnologías de Materiales que yo… —respondió Patrik entre risas mientras meneaba la cabeza de lado a lado incrédulo.

—Se refiere a la energía —le explicó Aloy—. Básicamente el problema más grave que tenemos en Vazdujgrad es de energía. La energía que se requiere para mantener la Atmósfera controlada que tenemos en las casas y en las cápsulas es demasiado alta como para llevarla a escala mundial. Ya lo había pensado. Por eso yo he traído… esto —Aloy sacó de su mochila unos papeles y los puso encima de la mesa.

Katya se acercó para ver los papeles.

—¡Qué pasada! —exclamó Patrik alucinado al ver esos planos.

Katya miró a Aloy con ojos como platos.

—¿Son… hélices para crear energía a partir del viento? —preguntó casi sin atreverse.

Aloy sonrió.

—Exacto. Se ve que mi abuelo en decimoctavo grado era mecánico antes de La Contaminación. Cuando aún tenían energías renovables —explicó él con sonrisa satisfecha—. También tenía un

plano de algo que llamaban… *placa solar*. Es una especie de mesa que da energía al recibir la luz del sol, pero con el nivel de contaminación que hay no tenemos mucho de eso tampoco.

A Katya se le entelaron los ojos y parpadeó rápido. Cada vez estaban más cerca de lograr el objetivo de su vida. Se pasaron toda la hora mirando los planos y encontrando fallos en el sistema y en el diseño. Tenían que tenerlo todo preparado para poder presentarle un buen proyecto a Damian.

—Bien, ahora tenemos los planos pensados y hemos visto que es factible —dijo Katya con emoción en la voz—. Patrik, tú te encargarás del dibujo técnico del diseño final con la turbina del equipo eólico incluida. Aloy, tú harás los cálculos: necesito que le digas a Patrik las medidas que necesitaríamos para una turbina calculando la cantidad de electricidad que nos podría proporcionar teniendo en cuenta la cantidad de viento que hay en Vazdujgrad. Viktor, tú encuentra el material metálico y ayuda a Markus a soldarlo para construir una primera turbina de prueba. Yo montaré la máquina. Esto va a funcionar chicos. Lo presiento.

Todos asintieron y se pusieron a trabajar. Katya miró esa habitación sin ventanas e impenetrable para la podredumbre exterior. Pensó en la foto que había encontrado en la carpeta de Quentin. Sacudió la cabeza, ahora no era momento de distraerse: era momento de trabajar.

Capítulo 8
ALOY

—Así que la máquina tendría las siguientes partes —empezó Karl emocionado y mirando a Damian con ojos que imploraban que le escucharan—. Un equipo eólico de energía renovable de antes de La Contaminación, cortesía de un ascendiente de Aloy, que crearía la energía necesaria para empezar el proceso. Después, crearíamos un equipo mecánico de filtrado que dejaría las partículas de putrefacción suspendidas en el aire y que, mediante el mismo proceso químico de la Atmósfera controlada, aislaría las partículas de CO2. Después habría otro equipo mecánico de bañado que gracias al movimiento de la turbina eólica haría circular el CO2 por un baño de solución química mixta, que convertirá el CO2 en Etanol. Para esa parte ya hemos hablado con el profesor de química, el profesor Lébedev, y ya nos ha confirmado que la transformación es posible y que nos ayudará con la fórmula que necesitamos.

El profesor Petrov se lo quedó mirando anonadado. Parecía estar en un trance, y no era para menos. Karl había conseguido explicar (al menos en teoría) lo que nunca antes se había intentado hacer: cómo convertir aire corrosivo en aire puro. Miraba a Karl como si le estuviera diciendo que su mayor sueño podía hacerse realidad. Tal vez así era, pues al fin y al cabo… ¿no era el sueño de todos el deshacerse de esos malditos respiradores?

—¿Por qué Etanol? —preguntó Damian Petrov

—Bien… —confesó Karl que ya no sonaba tan convencido—. Aquí viene la única parte que no tenemos del todo clara… El Etanol producido está compuesto de carbono, hidrógeno y oxígeno; por eso hemos decidido usarlo. Pero aún no tenemos claro como separar esos tres componentes, quedarnos con el oxígeno y a la vez producirlo en cantidades suficientes como para oxigenar todo un planeta…

Damian asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —preguntó Aloy esperanzado—. ¿“De acuerdo” de “lo entiendo” o… “de acuerdo” de “adelante con el plan”?

Todos aguantaron la respiración con el corazón en un puño

mientras esperaban la respuesta del profesor. Karl miró a Aloy con desesperación.

—¿Señor? —insistió él.

—De acuerdo —repitió otra vez con voz pausada antes de sonreír de oreja a oreja—. Adelante con el plan.

Aloy soltó un suspiro de alivio y sonrió sin poder evitarlo: conseguirían lo que le había prometido y evitarían más muertes sin sentido como la de la madre de Karl. Todos empezaron a saltar entre gritos de alegría.

Sin querer, sus ojos fueron directos a mirar esos ojos azules que tanto le gustaban… Karl lo miró agradecido. Aloy lo señaló como diciendo "lo has conseguido tú" y bajo ese respirador pudo apreciar un atisbo de sonrisa. Si ya se esforzaba para conseguir ver ese simple atisbo, a veces se preguntaba qué sería capaz de hacer por una sonrisa al completo.

Aloy negó con la cabeza como intentando quitarse ese tipo de pensamientos de la cabeza. No entendía muy bien por qué actuaba así cuando estaba a su alrededor.

Por qué cuando veía que sufría le sobrevenía ese sentimiento de sobreprotección y quería solucionar todo lo que fuera mal en su vida. O por qué, sin darse cuenta, en ese pasillo se había acercado a abrazarle y a acariciarle el pelo.

Eran cosas que no entendía y en las que prefería no pensar. Si no pensaba en ello… estaba claro que no eran reales.

Miró al resto de sus compañeros que hablaban animadamente entre ellos y con el profesor Petrov.

—Y así… —finalizó Karl—… la máquina cogería aire putrefacto por el conducto de entrada y saldría… bueno, pues oxígeno.

—Bien… —dijo Damian finalmente—. Está claro que aún les falta mucho por hacer, tal vez lo más importante, y si no consiguen separar el oxígeno o producirlo en masa el proyecto no será viable. La verdad es que lo están haciendo todo un poco al revés, ¿no? —rio él—. Pero, sinceramente, creo que lo pueden conseguir. Creo que encontrarán la forma. Tendrán toda la nota, la beca de la universidad y… bueno, alguna que otra estatua a su nombre. El proyecto explicado así parece factible. En cualquier caso… merece la pena intentarlo, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamaron todos que aún no se podían creer lo que acababa de pasar.

—Pues venga, chicos. ¡Manos a la obra! —exclamó Petrov animado y todos asintieron emocionados—. Les deseo toda la suerte del mundo. La van a necesitar.

Cuando se fue, Karl se acercó a Aloy con gesto tímido:

—Muchas gracias por todo lo que has hecho —le dijo a Aloy

mientras se frotaba el codo con la mano—. Sabía que cumplirías tu promesa y lo has hecho. Significa mucho para mí que nos den esta oportunidad.

Aloy se debatió internamente sobre si hacer algo que hacía tiempo que tenía ganas de hacer. No sabía cómo hacerlo sin que quedara mal, pero finalmente le vencieron las ganas.

—Karl… —empezó él, y se arrepintió al momento al ver que el semblante de él se endurecía—. Respecto a lo que hablamos de tu madre… Lo primero, quiero que sepas que no se enterará nadie que no quieras que lo sepa. De mi boca, al menos, no.

—Lo sé.

—Y… quería darte mi número para que puedas llamarme cuando quieras. Ya sabes, por si… Por si necesitas hablar de ella o… O bueno, de cualquier cosa que te moleste o… —Aloy se mordió la lengua con rabia. "*Pareces un idiota total. Solo es un amigo, maldita sea. ¿Por qué te pones tan nervioso?"*—. Bueno… Llámame si me necesitas.

Aún no había acabado de saber si la idea le había gustado o no cuando Karl sonrió.

—Gracias, Aloy. Significa mucho. Gracias.

Aloy suspiró con alivio y soltó una sonrisa temblorosa. Volvieron con el resto del grupo y se pasaron toda la tarde empezando los planos de la turbina eólica y mejorando los que ya tenían. El profesor Petrov tenía razón: tenían mucho trabajo que hacer, y Aloy se moría de ganas de contárselo todo a su familia.

Al llegar a casa dejó el respirador en su cajón y se puso las zapatillas. Su madre, Elena, le esperaba en el salón, lista para abrazar a su pequeño.

—Mamá, vamos —dijo Aloy entre risas—. Hace meses que voy a la Universidad… ¿Aún no te has acostumbrado?

—Yo nunca podré acostumbrarme a que mi niño se haga mayor —respondió ella como si fuera la cosa más lógica del mundo, mientras lo llenaba de besos.

—Vamos, Elena, deja al muchacho —la riñó Elon, el padre de Aloy con una sonrisa dulce, acostumbrado a las tonterías que tenía su mujer—. Cuéntanos, hijo. ¿Cómo ha ido el día?

—Cuando estemos cenando, papá —respondió Aloy sin poder contener su sonrisa—. Tengo noticias que daros. Buenas noticias.

Los padres de Aloy se miraron y la madre de Aloy sonrió de oreja a oreja mientras se hacía un moño bajo con el pelo que le caía a la altura de los hombros.

—Aloyoshenka… Si no fuera porque vas a una universidad toda de chicos, pensaría que te nos has enamorado —bromeó ella, pero enseguida lo dejó al ver el ceño fruncido de su hijo y como desvió la

mirada rápidamente—. Aunque… Bueno… Eso… Bueno… Queremos que sepas que eso no sería ningún problema. Si es que fuera el caso…

Elon la miró extrañado hasta que entendió a lo que se refería su mujer.

—¿Hijo?

—No es nada de eso —dijo Aloy poniendo los ojos en blanco, pero con las mejillas rojas como un tomate. ¡Malditos genes rusos!

Elena lo miro no muy convencida, pero asintió con la cabeza y le hizo pasar a la cocina.

—Comamos entonces. Tu padre se ha pasado toda la tarde cocinando para vosotros, no queremos que se enfríe el plato —dijo ella otra vez risueña. Ya le sonsacaría eso que ocultaba en otro momento.

Por la puerta aparecieron dos niñas pequeñas, de diez años que fueron corriendo a abrazar a su hermano mayor.

—¡Aloy! —gritaron a la vez.

—¡Hola, renacuajas! —dijo Aloy con una sonrisa abrazándolas también—. ¿Qué os pasa a todos hoy? Nos vimos ayer…

—Te hemos echado de menos, Aloy —se quejó Sarah con una mueca.

—Eso, eso —insistió su gemela Sofía.

—A comer todos —repitió Elena con voz autoritaria—. Aloy tiene noticias para todos. Cuéntanos, no podemos esperarnos más.

Aloy se pasó toda la cena contándoles lo que había sucedido aquel día: que habían tenido la tutoría con Petrov, que querían hacer una máquina que purificara el aire y que el profesor les había dicho que sí, que podían. Los padres de Aloy se quedaron un momento sin saber qué decir y a sus hermanas les costaba seguir el hilo de la conversación:

—Pero… ¿Pero esto es en serio? —preguntó Elena con voz medio preocupada medio maravillada.

—¡Pues claro! Ya os lo he dicho: fue todo idea de Karl. Él fue quién pensó que sería buena idea y tenía razón. Es genial… Es tan increíble… —Aloy se calló de golpe al ver la cara de sospecha de su madre—. El plan que tenemos, digo.

—¿Qué podría ser, sino? —respondió ella sarcásticamente con una sonrisa en los labios—. Cuéntanos más sobre este… Karl. Parece que os lleváis muy bien…

—Mamá, déjalo ya —se quejó Aloy otra vez sonrojado.

—Está bien, está bien… Solo que sepas que… Bueno, tu padre y yo siempre hemos estado muy en contra de todo este estúpido asunto de los matrimonios concertados y las mujeres encerradas. Yo habría cogido la puerta hace años, si no fuera porque siempre había

querido hijos y no quería jugármela lo más mínimo. De hecho, ahora que ya os tengo, entro y salgo cuando me place, y me importa bien poco cómo me miren.

Aloy miró a su padre en busca de algún gesto de rechazo. Aunque realmente ni si quera sabía por qué demonios se estaba alegrando de todo lo que le habían dicho.

—Exacto, aquí cada uno decide lo que hace. Y tú puedes estar con quién quieras —confirmó Elon con una sonrisa apaciguadora, y a Aloy se le deshizo un nudo de nervios que hacía tiempo que intentaba ignorar.

—Pues… Pues vale —respondió sin saber qué más decir. Carraspeó incómodo y recogió sus platos con ganas de irse a su cuarto de una vez y evitar seguir con esa conversación tan estrambótica.

Cuando llegó a su cuarto abrió su cápsula y se tumbó en las sábanas de algodón mirando el techo. Se estuvo un rato dándole vueltas a la cabeza, mientras abría y cerraba la cápsula una y otra vez sin ni siquiera darse cuenta. ¿Podría ser que sus padres tuvieran razón? ¿Podría ser que fuera verdad aquello en lo que había intentado por todos medios no pensar? ¿Qué le gustara… que estuviera *enamorado* de Karl? ¿De un chico?

No es que estuviera en contra de la idea de por sí, solo porque era un chico… Eso ya no era un tema tabú como en otras épocas, aunque siempre había el típico anticuado que padecía por la continuidad de la raza humana. Sin embargo, la raza humana ya no estaba tan amenazada como al principio, y no era una cosa mal vista la de casarse con alguien del propio sexo. Pero… ¿realmente era así? Estaba claro que le gustaba estar con él, pasar tiempo con él y encajaban a nivel tanto emocional como en la manera de ver la vida.

Aloy se sobresaltó cuando vio que picaban con fuerza en el vidrio de su cápsula sacándolo de toda cavilación. Era su hermana Sofia que lloraba a lágrima viva.

—¡Sofia! —exclamó con el corazón en puño. No soportaba ver a sus hermanas sufrir, haría lo que fuera por evitarlo—. ¿Qué sucede, pequeña? ¿Te has hecho daño?

—Es… Es el… Es el Sr. Botones —logró sacar la niña entre llantos—. Creo que se muere. Ayer le cambié el agua de su piscinita y hace días que no come y no se mueve como siempre.

Aloy cerró los ojos con fuerza. *"Maldita tortuga, por favor, no estés muerta",* suplicó para sus adentros, pero al mirar los ojitos de su hermana solo le dijo:

—No, Sofi, tranquila. Seguro que el Sr. Botones está bien. Estará un poco deprimido. Vamos a verlo.

Le cogió la mano y fueron hasta su habitación dónde tenían el terrario de la tortuga rusa (una de las únicas razas del norte que habían sobrevivido). Se la había regalado Aloy por su octavo cumpleaños, y la niña quería a esa tortuga como si fuera una más de la familia. Aloy miró el terrario casi sin atreverse y esperando no encontrarse al bicho tieso, pero lo que vio le sorprendió gratamente. La pared posterior del terrario estaba llena de hongos que se habían ido reproduciendo y que debían estar hasta arriba de bacterias. Después se fijó en la "piscinita" de la tortuga, en la cual ella nunca se metía, y vio que los hongos habían llegado hasta allí. Al lado del terrario vio una botella con una etiqueta roja en la que ponía "Alcohol etílico". "*Etanol",* pensó Aloy. Menos mal que a la tortuga no le gustaba especialmente el agua.

—¿Has rellenado la piscina de Sr. Botones con esto?

—Pues claro —respondió Sofia—. No quería que el Sr. Botones se quedara sin agüita. Aquí dentro debe tener mucho calor.

—Sofia, esto no es agua… Tienes que fijarte más —la riñó.

Aloy cogió rápidamente la tortuga con la mano y la puso en una caja de zapatos que agujereó con el primer bolígrafo de colores que vio en la mesa.

—Deja al Sr. Botones en esta caja por hoy y ya verás que mañana estará perfectament… —dejó de hablar al ver que se había formado un vaho en el vidrio de delante del hongo. Se lo quedó mirando pensativo, intentando recordar todas esas clases de biología. ¿No era que el oxígeno se expulsaba en forma de vapor?

El corazón de Aloy se le paró durante un momento y soltó un grito eufórico:

—¡No toquéis nada! —les gritó a las niñas y salió corriendo en busca de algún recipiente de vidrio dónde poder guardar una muestra de los hongos para analizarlos mañana en la universidad con el resto del grupo. Viktor sabría si eso era viable o no, pero no puedo evitar tener muchas ganas de contarle ese nuevo descubrimiento a Karl. De hecho… Se habían intercambiado los números del auricular para emergencias, ¿no?

Encontrar una posible fuente de oxígeno para la máquina era un gran descubrimiento, ¿verdad?

Claramente, una emergencia. Sin pensárselo todo mucho cogió la muestra de los hongos y se llevó el terrario a su habitación con cuidado. Cerró la puerta de golpe y se encerró en la cápsula con el corazón a mil.

¿De verdad iba a llamar a Karl? Sí. Ahora ya se le había puesto la idea en la cabeza y no había vuelta atrás. Escaneó el número con el aparato y se colocó el auricular en la oreja. ¿Qué pensaba decirle?

¿Es que estaba loco? ¡Tenía que colgar ahora mismo! Ya se estaba quitando el auricular cuando oyó una voz en el otro lado. *"Mierda",* pensó nervioso. Cerró los ojos y volvió a ponerse el auricular.

—*¿Hola? ¿Quién es?* —preguntó una voz femenina de lo más agradable y un poco dormida. ¿Tan tarde era? ¿Quién había respondido? ¿Se habría equivocado al escanear el número?

—Mmmmm… ¿Está Karl?

—*¡Aloy! ¡Mierda! Sí. Quiero decir no. No soy yo, evidentemente. Soy su hermana, Eva. Quiero decir… Bueno ahora te lo paso, un segundo…*

Se oyó un fuerte ruido en el otro lado, como si estuvieran poniendo la habitación patas para arriba y poco después se oyó una voz mucho más grave:

—*¿Hola? ¿Aloy?*

—¡Sí! Estoy aquí —respondió Aloy con un hilo de voz. Se aclaró la garganta y continuó hablando—. Perdona que te llame tan tarde… ¿Te pillo en mal momento?

—*No, no… Dime.*

—Es que he hecho un descubrimiento para la máquina y no podía esperarme a contártelo mañana. Bueno, espero no haberte despertado… Sé que dijimos que era para emergencias, pero esto es bastante importante también ¿verdad?

—*Aloy, no pasa nada. De verdad. Cuéntame lo que has descubierto.*

—Sí. Pues… Mi hermana pequeña tiene una tortuga. Y tiene hongos. ¡No mi hermana! Su tortuga. Bueno, no su tortuga sino… bueno, su terrario.

Karl rio al otro lado de la línea y Aloy cerró los ojos. *"Estoy haciendo el payaso".*

—*El terrario tenía hongos.*

—Sí. Y los hongos han hecho que se haga un vaho en el cristal cuando he retirado la tortuga, lo que significa que…

—*Oxígeno.*

—Exacto —Aloy sonrió con satisfacción al ver como de bien se entendían. Era maravilloso.

—*¡Es maravilloso, Aloy!*

—Lo sé —suspiró él embelesado, pero rápidamente se sacudió del trance—. Quiero decir, sí. Es genial. Traeré muestras mañana para ver cómo funciona el tema.

—*Perfecto. Es perfecto. Muchas gracias, Aloy, eres increíble.*

Aloy se sonrojó.

—No ha sido nada —Se hizo unos momentos de silencio que Aloy rompió con lo primero que se le pasó por la cabeza—. ¿Así que tienes una hermana? Eva, ¿verdad? ¿Cuántos años tiene?

—Sí. Veintiuno. Es una pesada, pero la quiero con locura. Supongo que tú ya lo sabes si tienes una hermana como yo.

—Yo tengo dos, pero las mías tienen diez añitos —explicó Aloy sin poder evitar que el cariño se filtrara por su voz.

—¡Vaya! Eso no… no me lo esperaba. Yo solo tengo hermanos mayores. Eva y Magnus, que es 10 años mayor que yo. ¿Tienes más hermanos?

—No, solo ellas.

—Y… Vives con tus padres, ¿no?

—Sí. Tenemos una relación muy unida —respondió Aloy con sinceridad y después se arrepintió al recordar que la madre de Karl estaba muerta, y que claramente era un tema delicado—. Mierda, lo siento, no quería ser insensible…

—No lo has sido, tranquilo. Me alegro mucho por ti.

Se quedaron en silencio y Aloy suspiró.

—¿Te acuerdas de aquella foto de mi madre que vimos? —preguntó finalmente Karl con voz tentativa.

—Claro.

—Mentí. El hombre que hizo los primeros planos de la máquina no es mi padre, aunque a veces desearía que lo fuera. Mi verdadero padre y yo no tenemos… la mejor de las relaciones.

—Lo siento mucho —respondió Aloy muy confuso.

—No pasa nada, tengo a Quentin. Es mi cuidador. Se vino a vivir con nosotros cuando yo tenía 3 años, y se encargó de todo desde que mamá murió. Como puedes imaginarte, la recuerdo muy poco… Todos mis recuerdos son con Quentin. Él me crio. Por eso dije que era mi padre, porque siento que lo es.

—Gracias por compartir todo esto —dijo Aloy con voz suave. No hacía falta ser un genio para saber que no solía contar todos esos detalles sobre su vida privada a menudo.

—Pues resulta que ya se conocían. Mi madre y Quentin. Me ha confesado que estuvo enamorado de ella. Antes de que la casaran con Padre. Qué cuando se enteró que había muerto y sabiendo como era mi padre le pidió si podía trabajar en la casa cuidando de nosotras y de la casa. Por suerte Padre no tenía más ganas de cuidar de sus hijos que de clavarse agujas en los ojos y aceptó. No sabía nada de lo de Quentin con mamá, por supuesto. No veo a Padre aceptándolo demasiado bien si lo supiera…

—¿Y qué te parece? ¿Cómo te sientes? —preguntó Aloy con cuidado.

—Yo… no lo sé. No me parece necesariamente mal. *Pero sí que es verdad que me siento un poco traicionada porque no me lo haya contado antes. Se me hace extraño. No lo sé. Me apetecía contártelo. Espero no haberte pegado demasiado el rollo.*

—¡Para nada! ¡De verdad! Puedes contarme lo que quieras siempre, ya lo sabes.

—*Gracias. Gracias, Aloy*.

Se hizo un silencio cómodo entre los dos y se quedaron un rato así.

—*Deberíamos ir a dormir, se ha hecho muy tarde* —dijo Karl finalmente.

—¿Nos vemos mañana?

—*Hasta mañana.*

"*Espero que mañana llegue pronto", *pensó Aloy justo antes de dormirse. *"Tengo ganas de verte"*.

Capítulo 9
KATYA

A la mañana siguiente, Katya no podía dejar de pensar en la conversación que había tenido con Aloy. No sabía qué parte le había gustado más: si el hecho de que hubieran encontrado una posible manera de hacer funcionar la máquina o que se hubieran quedado hablando hasta tan tarde.

Cuando llegó a la universidad y vio a Aloy no supo cómo actuar. ¿Lo saludaba normal? ¿Mencionaba algo de lo que habían hablado anoche?

—¿Has dormido bien? —preguntó Aloy con las mejillas sonrojadas.

—Mucho —respondió Katya aliviada de no tener que ser la primera en hablar—. Me gustó hablar contigo anoche.

—A mí también… Deberíamos hacerlo algún día —respondió él y se puso aún más rojo cuando se dio cuenta de lo que había dicho —. Hablar. Deberíamos charlar más a menudo.

Katya soltó una carcajada y asintió con la cabeza mientras llegaban donde estaba el resto del grupo.

—Buenos días, chicos —empezó ella—. Tenemos que ir al laboratorio. Aloy hizo un descubrimiento ayer por la noche. Necesito que le eches un ojo, Viktor. Tu sabrás mejor que nosotros como analizar esto.

—¡Bien! ¿Me traéis bichos? —preguntó animadamente mientras se frotaba las palmas de las manos.

—Algo así —dijo Aloy mientras sacaba de la mochila el bote de cristal con los hongos dentro—. Esto se hizo en el terrario de la tortuga de mi hermana. Al sacarla noté que se formó un vaho y eso significaría que hay un exceso de oxígeno que se hace evidente gracias a la Atmósfera controlada.

—¿De verdad? —exclamaron.

—¡Genial! —dijo Viktor quitándole a Aloy el bote de las manos.

Aloy se lo volvió a quitar y lo guardó en la mochila:

—Lo miraremos en la hora del almuerzo… Ahora tenemos clase.

—De acuerdo, de acuerdo…

Juntos fueron hacia el aula de Tecnologías de Combustibles, más

atentos que nunca a las clases, por si los profesores decían alguna cosa que les pudiera servir para construir la MOB.

Así habían decidido llamarla: MOB, que eran las iniciales de машина для очистки воздуха, máquina que purifica el aire.

Fueron pasando las horas y finalmente tocó la hora del almuerzo. Cogieron las cosas y fueron a buscar la comida, que se zamparon de camino a los laboratorios de la universidad. Katya tenía esperanzas de que Viktor supiera qué especie de hongo era esa y cómo hacerlos reproducir más rápido en caso de que realmente fueran los responsables de ese exceso de O^2 que se había creado en el terrario. Viktor amaba estudiar la poca naturaleza que les quedaba; Katya no sabía por qué estaba estudiando mecánica y no biología, pero nunca se lo había preguntado. Tal vez, porque no quedaba suficiente biología en el planeta como para tener trabajo del tema.

Llegaron al laboratorio de química y Viktor enseguida se sintió como en su casa. Cogió los microscopios y Aloy le pasó la muestra que puso con cuidado en el lugar correspondiente. Se quedó mirando por el microscopio un buen rato y finalmente dijo:

—No había visto nunca esta especie de hongos. Tal vez podamos encontrar más información en la biblioteca. Lo que está claro es que estos hongos están llenos de bacterias.

—Lo primero que tenemos que hacer es comprobar que realmente estas bacterias expulsan oxígeno. Y después ya pensaremos en como… ¡El alcohol! —exclamó de repente Aloy.

—Es un poco temprano para pensar en una cerveza, ¿no? —bromeó Viktor medio en serio medio en coña.

—No, no… Mi hermana puso alcohol etílico en el terrario de la tortuga, donde estaban los hongos con las bacterias.

—El alcohol etílico es… —empezó Markus.

—Exacto, Etanol —confirmó Aloy.

—Tenemos que comprobar si el Etanol ha causado este desprendimiento de oxígeno, si es que eso es lo que es.

—Bien —dijo Katya emocionada—. Pues ya tenemos cosas que hacer. Dividámonos en grupos de trabajo para agilizarlo todo antes de que empiecen las clases otra vez.

—Markus, Viktor y yo podemos ir a la biblioteca a buscar información sobre el hongo y las bacterias que contienen —dijo Patrik—. Tú y Aloy podéis ir buscando la manera de comprobar si es oxígeno lo que desprenden estos hongos o no.

Katya se alegró internamente de la sugerencia de Patrik que le permitiría estar a solas con Aloy. Asintieron con la cabeza y los tres se fueron a la biblioteca para buscar más información. Katya y Aloy se quedaron solos.

—Bueno, ¿cómo lo haremos para comprobar si es oxígeno o no? —preguntó Katya finalmente sin mirar a Aloy a los ojos.

Aloy se acercó a un armario que había en la pared del fondo del laboratorio y sacó un artilugio que Katya no había visto nunca.

—Con esto —respondió él satisfecho.

—¿Qué es? —No quería quedar como una incompetente, pero decidió que preguntar era la opción más segura.

—Esto es un objeto que crearon los mecánicos a principios de La Contaminación, para detectar qué zonas estaban más contaminadas o menos —explicó Aloy—. Me lo comentó ayer Lébedev en su última clase, cuando le pregunté qué objetos había en esta habitación que fueran anteriores a La Contaminación. Ya sabes que me encanta ese tema.

—Sí, como a mí —respondió Katya—. Pues es muy buena idea. ¿Lo probamos?

Aloy se acercó al bote de hongos y colocó el objeto extraño encima de ellos.

—Tardará unos minutos y funciona de la siguiente manera: si el aire está contaminado se pondrá rojo; si estuviera completamente limpio, se pondría verde. Como está en un espacio abierto y contaminado, lo mejor que podemos esperar es que en la zona en la que supuestamente hay oxígeno detecte una contaminación menor a la del resto de la habitación.

Fue terminar de explicar el funcionamiento de la máquina cuando de repente empezó a pitar y la pantalla se puso de un color anaranjado. Katya contuvo la respiración durante un segundo esperando que Aloy confirmara lo que ella pensaba.

—Hay oxígeno —dijo Aloy maravillado—. ¡La contaminación es más baja! Es genial.

Katya soltó un grito eufórico y los dos se abrazaron durante unos segundos, hasta que se dieron cuenta de lo que estaban haciendo.

—Ahora solo falta que los chicos encuentren qué tipo de bacterias son estas y ver si podría ser que tengamos solucionado el problema de cómo convertir Etanol en oxígeno y ya tendremos la máquina hecha —dijo Katya emocionada—. Ojalá mi madre estuviera aquí para verlo… Ojalá alguien hubiera creado esto antes de que muriera…

Katya se sentó en la mesa y Aloy se puso a su lado.

—Estoy seguro de que sabe lo que estás haciendo por ella. ¿Has podido preguntar a Quentin más sobre tu madre? Murió cuando eras muy pequeña, ¿verdad? Tal vez pueda contarte historias sobre ella, si la conocía tanto como para enamorarse de ella.

—Parece que eran vecinos y mejores amigos de la infancia —empezó Katya con una sonrisa triste—. De hecho, me confesó que

salieron juntos durante años, pero después sus padres la obligaron a casarse con Padre y lo dejaron. Y nos tuvieron a nosotras. Y cuando murió… Vino para cuidarnos.

—Vaya —suspiró Aloy—. Qué historia más triste. No me hago a la idea de que te obliguen a casarte con alguien que no quieres solo por poder, conveniencia o porque vuestros genes son más parecidos a la hora de reproducirse… En mi familia jamás se harían las cosas así: mis padres se casaron por amor.

—Pues qué suerte —murmuró Katya mirando al suelo—. Padre quiere casarme pronto. Me lo dijo un día mientras cenábamos y, está claro, que no tengo opción ninguna de decir que no. Me dejó muy claro cuál era su posición respecto al tema.

Katya miró a Aloy para ver cuál había sido su reacción a lo qué había dicho, pues se había quedado en silencio total. Le pareció ver enfado en su rostro… ¿celos? *"¡Qué va! Para eso tendría que gustarle… ¿Quién iba a enamorarse de mí? Seguro que está frustrado con esta manera de ver las cosas tan anticuada de Padre…"*

—Eso es… terrible —dijo finalmente con el ceño fruncido—. A menos que… ¿te guste la chica con la que tienes que casarte?

—No nos conocemos. Pero claramente no. A Padre le daría igual arruinar mi felicidad, aunque estuviera locamente enamorado de alguien…

—Uy, ¿tienes algo que contarme? —bromeó Aloy, pero la sonrisa no parecía llegar a sus ojos. Estaba incluso tenso, rígido.

—No, no… que va —dijo Katya muy rápidamente y con las mejillas rojas—. ¿De quién me iba a enamorar? —preguntó, pero la pregunta perdió todo el sentido al quedarse enganchada mirando sus ojos marrón chocolate. *"Maldita sea, Katya. ¿Podrías ser un poco más evidente?",* Aloy sonrió nervioso y desvió la mirada, pero ya no parecía tan tenso como antes y una de sus comisuras se alzaba en una sonrisa involuntaria.

—¡Chicos, puede que hayamos encontrado algo! —Les interrumpió la voz emocionada de Patrik, que venía con Markus y Viktor detrás y un montón de libros en los brazos.

Katya se levantó de la mesa en la que estaba sentada con Aloy para poner un poco de distancia entre ellos y evitar la tensión que se estaba formando en el ambiente.

—Esta es la bacteria que se encuentra en el hongo que Viktor observó. Y mirad lo que pone…

"La bacteria *Estericcolis nachataria* filtra productos químicos formados por cualquier elemento químico y se alimenta de hidrógeno y carbono, y desprende el resto de elementos químicos que contenga."

—¡Por eso funciona! —exclamó Katya alucinada—. ¡La bacteria

se alimenta de hidrógeno y carbono y suelta el oxígeno!

—¿Crees que podríamos fabricar grandes cantidades de Etanol con la máquina y cultivar suficientes bacterias como para que desprendan suficiente oxígeno para purificar una atmósfera entera? —preguntó Markus.

—Creo que el proceso podría tardar años, y eso contando con una gran cantidad de producción de la MOB; pero tarde o no, es la solución —respondió Katya muy segura—. Lo hemos conseguido. Ahora solo tenemos que crearla y demostrar que funciona ante el jurado de la Universidad y el resto del mundo.

—¿Te parece poco? —bromeó Viktor, y todos rieron.

Pasaron semanas y Katya y el resto iban avanzando con el proyecto. Los profesores estaban encantados con el grupo que habían formado y Örn no podía tenerles más envidia.

Se hacía evidente cada vez que intentaba desacreditarlos sin conseguirlo o que los espiaba haciendo caso omiso de su propio equipo. Pero a Katya le daba igual: por primera vez en su vida sentía que estaba donde tenía que estar. En la Universidad de Vazdujgrad todo le iba a pedir de boca, Padre aún no se había percatado de lo que estaba haciendo y su relación con Aloy iba cada día a más.

No llegaba a tanto como a Katya le gustaría, ya que Katya sabía que Aloy jamás se podría enamorar de ella, principalmente porque se pensaba que era un chico, pero hablaban cada noche antes de ir a dormir con el auricular. Se contaban todo y tenían confianza plena el uno con el otro. Sin darse cuenta, Aloy se había convertido en la persona a la que acudía cada vez que le pasaba algo (fuera bueno o malo) y en la primera y última persona en la que pensaba al ir a dormir y al despertarse. El corazón de Katya se hacía añicos cada vez que se daba cuenta de lo imposible que era aquello, y lo mucho que se enfadaría Aloy si se enterara de que efectivamente Katya no era quién decía ser. A estas alturas Katya tenía muy claro que estaba loquita por sus huesos, pero había demasiadas cosas en juego en ese momento como para estropearlo todo diciéndole la verdad. Primero tenían que terminar la máquina y después… después ya se plantearía qué hacía respecto a ese tema.

Katya entró en casa y dejó las cosas de la universidad escondidas debajo de la clavija suelta del suelo y fue a buscar a su hermana para explicarle las novedades del día. Se encontró a Quentin en el pasillo con gesto sombrío:

—¿Qué pasa? —preguntó Katya asustada—. ¿Me han descubierto?

—No, no… Tengo una noticia que darte y no te va a gustar. Pero tienes que controlarte antes de que llegue Dimitri —dijo Quentin

con gesto suplicante. Katya se asustó aún más.

—Si tienes noticias que darnos déjame que vaya a buscar a Eva, seguro que también le interesa…

—Bueno… es que de eso se trata —empezó Quentin y a Katya se le encogió el corazón en el pecho. Ya sabía lo que venía—.Tu padre le ha encontrado un marido. La ha mandado a vivir con él hoy mismo.

Katya soltó el aire de forma entrecortada. Sentía que no podía respirar.

—Pe-pero… ¡Pero si aún no están casados! —exclamó indignada —. ¿Por qué?

—Me imagino que tiene prisa por casarte a ti, y si manda a Eva a vivir con su futuro marido nadie sabrá que no lo están. Puede empezar a buscarte un marido antes…

A Katya se le entelaron los ojos de lágrimas. Eva era la última de su familia que le quedaba en esa casa: ahora solo tenía a Quentin… y a Padre. Necesitaba a Eva más que nunca: le encantaba contarle las cosas, pedirle consejo, compartir frustraciones y dormir con ella cuando tenía miedo. Ahora estaba sola. ¿Y quién le decía que Eva estaría bien? ¿Y si la habían casado con alguien como Padre? ¿Y si la hacía infeliz?

Quentin le dio un abrazo y Katya rompió a llorar en silencio.

—Lo siento, pequeña —dijo Quentin mientras le acariciaba el pelo corto a Katya—. No te preocupes, yo me encargaré de la cena de ahora en adelante y diremos que has sido tú. Límpiate la cara que Dimitri estará a punto de llegar. Tarda lo que quieras, pero, cuando bajes a cenar, que ni se note. No necesitas darle una excusa para pelearse contigo. Mañana conseguiré el número de Eva y hablaremos con ella.

Katya asintió con la cabeza y fue corriendo a su habitación. Cogió el transformador de voz, se encerró en su cápsula y llamó a Aloy.

—¡Aloy!

—*¿Karl? ¿Qué te ocurre?* —preguntó Aloy preocupado.

—Padre a casado a Eva y la ha echado de casa… —explicó Katya disgustada, pero ahora sin llorar—. No quiero tener que vivir con él.

—*Mierda, tal vez es un mal momento…* —A Katya le sorprendió esa respuesta, pero luego se dio cuenta de que tal vez estaba hablando consigo mismo.

—¿Un mal momento para qué? —De repente se oyó el timbre de la puerta.

—*Estoy en tu casa* —respondió Aloy en tono medio arrepentido, medio avergonzado.

—¿Cómo dices? —preguntó alterada, pero él ya había colgado. A Katya se le aceleró el corazón y se quedó pálida de repente. Abajo oyó que Quentin iba a abrir la puerta y pudo distinguir perfectamente la voz de Aloy presentándose.

Katya levantó la mirada y se vio reflejada en el espejo, no había manera de disimular que era una chica. Aloy subía las escaleras con Quentin que intentaba retrasarlo, y Padre estaba al caer.

No era un mal momento… era peor.

Capítulo 10
KATYA

Katya saltó de la cama y empezó a buscar como una loca el mono aislador. Se lo terminó de poner justo cuando alguien picó en la puerta:

—Ka… Karl… Es Aloy. Tu compañero de clase, que ha venido a verte —dijo Quentin con nerviosidad—. ¿Se puede?

—¡Sí! —Katya carraspeó atacada de nervios por el agudo que le acaba de salir—. Perdón, sí, sí, pasad.

La puerta se abrió y Quentin la miró con pánico. Katya asintió para mostrarle que lo tenía todo controlado.

—Pasa, pasa —dijo mientras arrastraba a Aloy dentro de la habitación. Solo faltaba que llegara Padre y se enterara de que Aloy estaba aquí…

—Tu padre no parece tan malo… —empezó Aloy incómodo rascándose la nuca.

—No, no, ese es Quentin. No es mi padre, y ahora que me sacas el tema… Mi verdadero padre no puede saber que estás aquí, y está a punto de llegar. Se enfada mucho si traigo gente a casa entre semana cuando tengo… clase a la mañana siguiente. Es muy exigente con los estudios —explicó Katya ansiosa.

—No te tomaré nada de tiempo —dijo Aloy y luego soltó un suspiro nervioso—. ¿No te quitas el respirador? —preguntó con el ceño fruncido, y después puso cara de pánico—. ¿No es segura vuestra Atmósfera controlada?

—No, no, es segura es solo que… tengo que llevar este respirador en casa para acostumbrarme a él… es nuevo —mintió Katya rápidamente. *“Qué excusa más cutre…”* —. Bueno, dime. ¿Qué querías?

—He venido porque tengo que decirte una cosa muy importante —empezó Aloy mientras se quitaba el respirador y se lo dejaba colgado en el cuello—. Una cosa que no podía esperar a mañana y que tenía que decirte a la cara.

Katya tardó un momento en registrar sus palabras porque se había quedado demasiado atontada al ver su cara entera por primera vez. Dios mío. Después no se extrañaba de cómo se había

enamorado de él con tanta rapidez a pesar de lo inconveniente que era la situación… Por no hablar de la química que tenían juntos y cómo la hacía sentir.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó con los nervios a flor de piel.

—Karl… Yo… Te quiero —dijo finalmente Aloy aguantando la respiración. Katya se lo quedó mirando sin poder creerse lo que estaba pasando, y, a la vez, una punzada de dolor le atravesó el pecho. *"No, por favor, no me conoces. No soy quién tú te crees. Te he mentido."* —. Te quiero, Karl. Estoy enamorado de ti. Y he tardado más de lo que debería en haber dicho algo porque yo nunca… no pensé que me enamoraría de un… bueno, de un chico. Y tal vez solo estoy estropeándolo todo, pero creo que tú también sientes lo mismo que yo. Te quiero, quiero estar contigo y no quiero que te cases con nadie más que no sea conmigo. Me da igual lo que diga tu padre o lo que diga la sociedad. Me da igual si no podemos tener hijos y me da igual lo que vayan a pensar nuestros amigos o nuestros profesores o quién sea. Aunque no creo que nos dijeran nada, porque Patrik fue el que me dijo que ya estaba tardando en decirte lo que siento, y que todos se dieron cuenta desde el principio. Ahora estás muy callado y no sé lo que significa. Espero que sea que tienes miedo de lo que puedan pensar y que no sea que tus sentimientos no son los mismos hacia mí porque no sabría qué hacer si… ¿estás llorando?

—Aloy… —empezó Katya con la voz entrecortada—. Aloy lo siento tanto…

—No, por favor…

—Aloy, no lo entiendes. Yo… Te he mentido. No puedes estar enamorado de mí porque no me conoces en realidad. Te he mentido y ahora me odiarás para siempre —Katya estaba desesperada.

No podía creerse que Aloy sintiera todas las cosas que ella misma sentía y que ahora fuera a perderlo para siempre.

Se había acostumbrado a tenerlo en su vida, de una manera tal que ya no concebía un mundo en el que no pudiera contar con su apoyo y su sonrisa para todo.

—¿De qué hablas? ¿Por qué dices que me has mentido? —preguntó preocupado cogiéndole el rostro. Katya cerró los ojos un momento para disfrutar de ese toque efímero que estaba segura de que no recibiría nunca más—. Escúchame, sea lo que sea, lo podemos hablar. ¿Es por tu padre? ¿Te da miedo lo que vaya a decir? Puedes confiar en mí, Karl, de verdad.

—¡NO SOY KARL! —explotó Katya finalmente sin dejar de llorar y cogiéndose el pelo con fuerza. Aloy se quedó parado un momento y dio un paso hacia atrás. Katya dejó ir todo el aire de golpe. *"No*

hay vuelta atrás”, pensó, y antes de cambiar de opinión se quitó el respirador, el mono aislador que llevaba encima de la ropa del pijama y por último el transformador de voz que llevaba atado al cuello—. No soy Karl —dijo finalmente con su verdadera voz mientras se secaba las lágrimas de los ojos y se preparaba para un golpe brutal: el desprecio de Aloy.

—Pero qué… —empezó Aloy que se había quedado con la boca abierta.

—Me llamo Katya Dimitrovna Novikova —confesó finalmente, y por primera vez en casi un año se sintió como ella misma delante de otros—. Katerina, en realidad, pero todo el mundo me llama Katya.

—Por… ¿Por qué? —tartamudeó Aloy, aún sin creerse lo que veía. Katya no pudo ver si estaba enfadado o no, pero respondió la pregunta sin dudar.

—¿Cómo iba a ir a la Universidad, si no? —preguntó ella—. Esta sociedad tiene unas reglas estúpidas. Pensé que mi sueño de construir la MOB tenía que ser mayor que el miedo a las consecuencias. Pero entonces te conocí y cuanto más te contaba de mí, peor me sentía por no decirte la verdad. Y luego ya había pasado mucho tiempo y... Estaba hecha un lío, pero te juro que todo el resto es cierto: tengo una hermana que se llama Eva y un hermano llamado Magnus, tengo una mala relación con mi padre Dimitri, que resulta que *sí* es el presidente del Consejo, y mi cuidador, Quentin, al que acabas de conocer, es la cosa más parecida a un padre que he tenido. También es verdad que mi madre, Anya Tarasova, murió por culpa de La Contaminación cuando yo tenía tres años y desde los diez estoy intentando evitar que nadie más sufra por ello. Te juro que no te he mentido en nada más.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿No confiabas en mí? —preguntó Aloy, y se le veía en los ojos que estaba dolido. *“Aquí viene el odio, Katya, prepárate”,* pensó con el corazón en un puño.

—Al principio no te conocía… Y después de tantos meses… Ya no sabía cómo hacerlo. Y tampoco sabía si quería: sabía que pasaría esto y que me ibas a odiar, y necesitaba acabar la máquina antes. Os necesito. Te necesito —terminó ella con ojos suplicantes.

—Pero solo para eso, ¿verdad? —preguntó Aloy amargamente —. Solo me necesitas para construir esa estúpida máquina.

Katya lo miró esperanzada.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó sin creérselo y acercándose a él un paso—. ¿No estás enfadado conmigo? ¿No me odias?

—¡Claro que no! —exclamó Aloy cogiendo a Katya por las mejillas de nuevo y acariciándole el rostro, esta vez sin el respirador

—. ¡Me da igual lo que seas! ¡Me da igual si eres un chico o una chica, porque me he enamorado *de ti!*

—¿Aunque te haya mentido? ¿Aunque te enamoraras de quien no soy?

—¿No dices que todo lo que me has dicho desde entonces era la verdad? —preguntó Aloy mientras le acariciaba el pelo corto—. Yo me enamoré exactamente de quien eres.

Katya rompió a llorar y lo abrazó con todas sus fuerzas. Después de tanto sufrir por cómo decírselo y por todo el miedo de perderlo, no solo había conseguido que siguiera en su vida, sino que estaba enamorado de ella.

—Yo también te quiero —dijo ella finalmente y con una sonrisa tímida. Aloy sonrió de oreja a oreja y en sus mejillas Katya pudo por fin observar esos pequeños hoyuelos que la estaban volviendo loca desde principio de curso. Katya se los quedó mirando un segundo y finalmente no pudo evitarlo más.

Cogió el rostro de Aloy y puso los labios sobre los suyos en un beso que rápidamente se volvió pasional, y que encendió su cuerpo como fuegos artificiales. Unos golpes en la puerta la hicieron volver a la realidad y dejó de besar a Aloy. *"¡Padre!"* pensó Katya con miedo.

—Katerina, ¿por qué no estás en la mesa? —preguntó la voz autoritaria de Dimitri desde el otro lado de la puerta—. No estarás montando un berrinche por lo de tu hermana, ¿verdad?

—Padre, no entres. Es que no me encuentro bien. Estoy vomitando —explicó Katya suplicando que la creyera. Ahora mismo su voz sonaba demasiado alterada como para que estuviera enferma, pero tal vez el grosor de la puerta lo podría disimular.

—Qué asco. Pues no bajas a cenar hasta que no me haya ido a dormir. No quiero que me contagies nada…

Katya vio como Aloy fruncía el ceño con cara de incredulidad ante esa respuesta tan desagradable, pero Katya ya estaba acostumbrada.

—De acuerdo, Padre. Que duermas bien —dijo tras una pausa. Katya puso la oreja contra la puerta y escuchó los pasos de su padre que desaparecían escaleras abajo. Finalmente se separó de la puerta y miró Aloy—. Lo siento mucho.

—¿Siempre te habla así? —preguntó enfadado.

—Sí, pero no vale la pena pensar en ello. No va a cambiar —Katya le puso una mano en la mejilla a Aloy que se relajó al momento al notar la caricia—. ¿Y ahora qué?

—Bueno… ¿Quieres salir conmigo? —preguntó Aloy con una sonrisa; Katya asintió, encantada—. De momento mantendremos lo nuestro en secreto, para que nadie de la Universidad se entere de lo

otro.

—Tendremos que esperar cinco años entonces… Hasta que acabemos los estudios —dijo Katya, que quería asegurarse de que a él también le parecía bien.

—¿Se lo puedo contar a mi familia?

—Sí. Claro que sí —afirmó Katya—. ¿Se lo contamos a los chicos? ¿Y lo otro?

—Yo tengo ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Y en cuanto a lo otro… eso lo decides tú. Es tu secreto.

—Entonces sí. No quiero mentir más —respondió Katya aliviada —. Pero solo a ellos.

Aloy sonrió y acarició la mejilla de Katya.

—*Katya*… —susurró mirándola con admiración, y Katya se estremeció al oírlo pronunciar su verdadero nombre con tal devoción—. Eres preciosa. Preciosa.

Se puso roja y sonrió tímidamente. Katya cogió la mano de Aloy y le dio un beso en la palma.

—Deberías irte, pero no sé cómo hacerlo para que mi padre no te vea… —explicó Katya. Unos golpes suaves tocaron la puerta. Katya cogió a Aloy del brazo y lo arrastró hasta detrás de la cápsula.

—Soy yo —Se oyó a Quentin susurrar—. Dimitri ya está durmiendo.

Katya soltó un suspiro de alivio y abrió la puerta. Aloy salió de donde se escondía. Al ver a Katya sin el respirador ni el mono, Quentin puso los ojos como platos, y Katya se apresuró a coger a Aloy de la mano. El mensaje era claro, y Quentin sonrió con cariño:

—Me alegro por vosotros —dijo finalmente al ver la escena, y luego se dirigió a Aloy—. Y cuídala mucho. No quiero que esté en peligro, me alegro de que haya alguien Fuera que pueda protegerla.

Aloy asintió con la cabeza y Katya puso los ojos en blanco:

—No necesito que nadie me proteja —dijo ella exasperada—. Me cuido yo solita.

—Nadie lo pone en duda —respondió Aloy mientras le apretaba la mano y le daba un beso en la mejilla.

—Bueno, tortolitos, mejor que os mováis antes de que Dimitri se despierte —repitió Quentin, y los dos asintieron.

Bajaron siempre con cuidado de no hacer ruido, y Aloy le dio un beso rápido a Katya antes de pasar a la zona de desintoxicación y ponerse el respirador. Katya lo miró con anhelo. Ni si quiera se había ido y ya lo echaba de menos.

—Hasta mañana —dijo ella con una sonrisa y poniendo las manos en el cristal que los separaba.

Aloy la miró y puso la mano junto a la de ella, al otro lado del

cristal. Esbozó una media sonrisa que quedó escondida bajo la máscara—. Hasta mañana… Katya.

Capítulo 11
KATYA

A Katya le dolían las mejillas. No podía parar de sonreír al pensar en Aloy y lo que había ocurrido la noche anterior en su casa. Estaban juntos, y ahora era más importante que nunca que no la descubrieran. Se le encogió el corazón y casi ni se dio cuenta de que Aloy había subido las escaleras de la Universidad de Vazdujgrad y estaba justo delante de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó con gesto de preocupación mientras le ponía la mano enguantada en la mejilla—. ¿Qué te pasa, Katya? ¿Katya?

—Si nos descubren Padre me encerrará en casa para siempre…

—No nos descubrirán —respondió Aloy en tono seguro—. Iremos con cuidado.

>> Nuestros amigos nos ayudarán y acabaremos la máquina para que tu madre esté orgullosa de ti. No te pasará nada, Kat. Te lo prometo.

Katya soltó aire con dificultad y asintió con la cabeza. Puso los brazos alrededor de su cuello.

—Lo siento. Tengo miedo —explicó mirando esos ojos chocolate que siempre la tranquilizaban—. Por primera vez en mi vida estoy donde quiero estar y con quien quiero estar. No pensé que tendría la oportunidad de estar aquí y no quiero que nada lo estropee.

—Lo sé. Todo irá bien —le dio un beso en la frente con dulzura —. Tenemos que entrar… Nuestros amigos estarán esperando y tenemos noticias que darles. Con un guiño dio media vuelta y entró en la Universidad.

Katya rio y por un momento olvidó todos sus problemas. “*No seas tan negativa. Toda va bien y no dejaremos que vaya de ninguna otra manera”,* pensó. Y sin dudarlo más, siguió a Aloy hasta donde estaban los chicos.

—Buenos días —Lo saludó mientras se colocaba al lado de Aloy.

Patrik se quedó en silencio mirándolos con expresión de sospecha.

—¿Ha pasado algo? —preguntó entrecerrando los ojos, pero con su sonrisa amable en los labios—. ¿Tenéis algo que compartir?

Katya rio y le cogió la mano a Aloy.

—Estamos juntos —explicó él con satisfacción.

—¡Enhorabuena!

—¿Juntos… juntos? —preguntó Markus poniendo ojos como platos.

—¿Te sorprende? —preguntó Viktor en tono burleta—. Me alegro por vosotros, chicos.

—Hay algo más —empezó Katya—. Pero os lo contaremos cuando estemos en nuestra aula. Es importante que nadie más lo sepa.

Katya notó que alguien le daba un suave codazo y se giró. Aloy la miró y le señaló con la cabeza hacia la pared. Al otro lado del pasillo, muy cerca de ellos, Örn miraba atentamente un libro mientras se apoyaba en la pared. Levantó la mirada y se cruzó con la de Katya.

—Tal vez no irías tan atrasado en las clases si no intentaras leer los libros del revés —le gritó desde donde estaba. Örn vio que tenía el libro que supuestamente estaba leyendo boca abajo y maldijo frustrado—. Deja de espiar las conversaciones ajenas, maldita sea.

Aloy, Patrik, Markus y Viktor rompieron a carcajadas mientras Örn, que se había puesto rojo hasta las raíces del pelo, recogía sus cosas.

—De todas maneras, ya tenéis bastante con lo vuestro… *maricas* —escupió con rabia. Katya apretó los dientes con fuerza, pero fue a Markus a quién tuvieron que coger para que no saltara encima del imbécil de Örn.

—Repítelo si te atreves —dijo con voz amenazante. Daba miedo verlo.

—Markus, tío, no pasa nada —le intentó calmar Aloy—. Es Örn. No vale la pena que te expulsen por él…

Örn sonrió maliciosamente y se fue.

—Tendremos que ir con cuidado con Örn—le dijo Aloy a Katya una vez Markus ya se había calmado—. No le han enseñado a no meter las narices en la vida de los demás.

—Lo sé. Le encantaría tener una excusa para descalificarnos del concurso de Mecánica.

Aloy asintió y todos juntos fueron a la primera clase. Katya no pudo concentrarse en toda la mañana. Les había cogido mucho cariño a los chicos y no quería perderlos. No es que pensaran que no la aceptarían cuando supieran que era una chica, pero aun así tenía el miedo irracional de que algo malo fuera a pasar.

A su lado, Aloy le apretó la mano por debajo de la mesa y la miró con cariño.

Parecía que supiera lo que estaba pensando, y Katya sabía lo que él le quería decir con los ojos: “*Todo irá bien*”. Katya le devolvió el

apretón y se giró para mirar al resto de la clase. Örn los miraba atentamente y con una mueca de asco.

Parecía mentira que el mundo hubiera evolucionado tanto, pero hubiera personas aún tan retrasadas. *Maricas*. "*Menudo imbécil*", pensó mientras le mantenía la mirada. Cuando Örn desvió la mirada volvió a mirar hacia delante.

Un par de horas más tarde, Katya entró en el aula de Mecánica donde estaban construyendo la MOB y se sentó en la mesa para contemplarla. Ya empezaba a tener una forma definida: habían conseguido que las bacterias de los hongos se reprodujeran en grandes cantidades, tenían la parte exterior de la máquina forjada y montada y también el motor que hacía mover las aspas de la turbina para crear la energía eólica.

Los chicos llegaron y la sacaron de sus pensamientos.

—¿Cuándo nos contaréis la historia completa? ¡Me muero de curiosidad! —exclamó Viktor.

—¿Va todo bien? —preguntó Patrik al verla callada—. No será por lo que ha dicho Örn, ¿verdad? No le hagáis caso. A estas alturas nadie está en contra de la homosexualidad —se acercó a Katya con la bandeja del almuerzo y se la dio.

—Gracias —le respondió ella dejando la comida a un lado—. No, no es eso. Os lo contaré, pero… Mejor en otro lugar. Es más fácil mostrarlo que decirlo.

—Ahora sí que me tienes intrigado… —dijo Viktor con una risita.

Katya los llevó al aula de descompresión y purificación que tenían para limpiar las partes de la máquina que estaban construyendo y les pidió que se sentaran. Aloy lo miraba todo desde un lado de la pequeña habitación.

Con un suspiro empezó a desabrocharse el mono:

—Guau. ¿Te vas a desnudar? —preguntó Viktor sin entender nada.

—No sé si estoy cómodo con esto… —siguió Markus.

—Callaos de una vez —les riñó Aloy poniendo los ojos en blanco. Katya se quitó el adaptador de voz y el respirador y por último se acabó de bajar el mono aislador.

Se quedó con la ropa ajustada de color negro que siempre llevaba debajo del mono y levantó la cabeza lentamente con miedo de ver la reacción de los chicos. Al mirarlos solo vio incredulidad y asombro.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó Markus.

—¡¿Eres una tía?! —gritó Viktor cuando finalmente entendió lo que estaba viendo.

—Bueno, ahora tienen sentido muchas cosas… —dijo Patrik en

voz baja.

Katya se sentó con ellos y les explicó toda la historia.

Les explicó que se llamaba Katerina, que no se llevaba bien con su padre, el presidente del Consejo —Patrik tragó en seco—.

Les explicó que quería casarla con un viejo y que su madre murió por exposición. Que su único objetivo era construir la máquina y que necesitaba la ayuda de ellos para conseguirlo. Cuando acabó de hablar se quedó en silencio esperando una respuesta.

—Joder… —empezó Markus—. Pues estás muy buena.

Todos empezaron a reírse menos Aloy que le dio un codazo a Markus con una sonrisa.

—Tío, que es mi novia…

Katya soltó una risa temblorosa mientras dejaba escapar el aire que se había estado guardando mientras esperaba el veredicto.

—¿Solo te has quedado con eso? —rio ella—. Maldita sea, Markus. ¿Qué voy a hacer contigo?

Todos rieron, pero un ruido los hizo parar en seco. Fuera de la cámara vieron algo que se movía.

—Örn —dijo Katya con preocupación, al verle salir de la habitación. Volvió a taparse con el mono y el respirador, pero ya era demasiado tarde.

Aloy soltó un taco.

—¡Qué suerte que teníamos la MOB tapada por la manta! —exclamó Patrik con una sonrisa temblorosa— Al menos no ha visto nada…

—No ha visto la máquina… pero me ha visto a mí —explicó Katya con preocupación— Ahora estoy perdida. Esto es el final.

Los chicos se miraron entre sí; Markus frunció el ceño y Patrik tragó saliva.

—Y una mierda es el final —exclamó Aloy con determinación, y abrió la puerta para ir detrás de él. Katya le siguió con el corazón en un puño:

—¡Aloy! ¿Qué vas a hacer?

Pero cuando le atrapó Aloy ya tenía a Örn arrinconado y contra la pared:

—Escúchame, maldita cucaracha… —empezó Aloy cogiéndolo del mono—. Como se te ocurra contarle a alguien algo de lo que has visto hoy te juro que no solo haré que te expulsen de esta universidad, sino que me encargaré personalmente de arruinarte la vida, ¿te ha quedado claro?

—Aloy, basta —dijo Katya—. No vale la pena que te expulsen a ti también…

—Tranquila, Kat —respondió Aloy—. No hablará.

—Ah, ¿no? —preguntó Örn en un falso tono burleta, aunque tembloroso— ¿Y eso por qué?

—Por qué sé que vuestros planos son un plagio de los que usó para su concurso un chico que ahora está en tercero. Te podrían descalificar por esto.

Örn tragó saliva, pero volvió a sonreír con falsedad.

—Solo tomé prestada su idea, pero mi máquina es completamente distinta. Mejorada.

—¿De verdad? ¿Te quieres arriesgar y comprobamos qué le parece a Petrov que uses "ideas prestadas"?

Se quedó un momento pensando y finalmente negó con la cabeza. Aloy lo soltó a regañadientes.

—Si sabías eso desde hacía tiempo… ¿por qué no has intentado descalificarme antes? —preguntó con desconfianza.

—Porque no nos hace falta descalificarte para ganar —explicó Aloy con seguridad y una risa un tanto arrogante— Nuestra idea es mejor y la construiremos mejor. Lo tengo claro.

Örn se puso rojo de la rabia y se alejó por el pasillo, pero antes de irse se dio la vuelta y gritó:

—La parte buena de todo esto es que no sois *maricas*… felicidades —se burló, y Katya tuvo que volver a coger a Aloy antes de que volviera a saltar encima del imbécil de Örn.

—Déjalo ir —suplicó Katya— Estoy a salvo gracias a ti. Es suficiente.

Aloy asintió y abrazó a Katya, más para calmarse a sí mismo que a ella. Los dos se quedaron mirando el final del pasillo por donde había desaparecido su compañero y se quedaron así abrazados, llenos de preocupación y sin saber qué les depararía el futuro. ¿Cómo acabarían la máquina si echaban a Katya? ¿Los descalificarían a todos por eso? ¿Era hacer trampa el tener en el grupo a alguien que en realidad no debería estar allí? ¿Qué pasaría con ella? ¿Qué le haría Padre si se enteraba?

Katya no podía responder ninguna de esas preguntas, pero en ese momento se dio cuenta de que era más importante que nunca acabar esa máquina, pues ya no sabía cuánto tiempo le quedaba en esa universidad.

Capítulo 12
KATYA

Katya respiró hondo y abrió los ojos. Ese era el momento decisivo: el concurso terminaba en cuatro días y el quinto día sería la presentación de las máquinas. Vendría hasta el rector de la Universidad, y solía ser un evento científico al que asistía bastante gente; bueno, bastantes hombres. La Mob ya estaba lista y ahora solo quedaba comprobar que funcionara. Katya no podía creerse que su sueño fuera a hacerse realidad o añicos en unos segundos, dependiendo del color que marcara la pantalla del detector de oxígeno.

—¡Amarillo! —exclamó Patrik, y alzó el puño en señal de victoria. Katya gritó de alegría. ¡Funcionaba! ¡La máquina funcionaba! Había limpiado el aire incluso mejor que la última vez que lo comprobaron. Estaba lista para que el comité de evaluación la viera, y, por supuesto, estaba más que lista para ser la escogida y ganar el concurso.

Katya no pudo pensar en nada más los siguientes cuatro días mientras daban los últimos retoques al exterior de la máquina, para asegurar un acabado perfecto y un diseño atractivo. El tiempo pasaba volando y aun así no lo suficientemente rápido. Vivía con el miedo constante de que Örn la delatara o de que Padre la descubriera y los descalificaran de la competición. Ahora mismo, era lo que más importaba, lo único por lo que siempre había luchado. Notó que le acariciaban la nuca y dio media vuelta para abrazar a Aloy:

—Aún no me puedo creer que esto esté pasando… —suspiró Katya mientras dejaba caer la cabeza en el pecho de él.

—Te prometí que lo conseguiríamos —le recordó Aloy con una sonrisa cariñosa—. Y ahora ayúdame a colocar la mob en nuestra mesa de exposición.

Katya sonrió y asintió con la cabeza. Todo estaba listo para la competición: los veinticuatro grupos de cinco que participaban en el concurso decoraban las mesas donde presentarían sus creaciones, los integrantes del comité de evaluación ya estaban llenando sus respectivas sillas y más gente de la que Katya esperaba ver iba llenando poco a poco la sala de actos. Unas pantallas enormes

decoraban las paredes y las cámaras iban pasando de invento en invento grabando los nervios y las emociones que se respiraban en el ambiente.

—Mierda —susurró Patrik—. Mirad quién formará parte del comité…

Katya miró hacia la mesa y se quedó sin aliento de golpe. *¡Padre!* ¿Qué demonios hacía él allí? Nunca le había interesado hacer este tipo de trabajo benéfico, y que ella supiera nunca había evaluado ninguno de los concursos que se habían hecho en la Universidad de Vazdujgrad.

—¡Me va a reconocer! —susurró Katya con voz ahogada, presa del pánico.

—No. Kat, escúchame. No te va a reconocer. ¿Por qué debería hacerlo? Vas con tu mono aislador, con el respirador y hay ciento veinte chicos de tu edad en la sala de actos. La mesa del comité de evaluación está muy lejos y las cámaras solo grabarán de cerca los inventos. No te va a reconocer. Todo irá bien —la reconfortó Aloy y Katya respiró profundamente un poco más calmada.

—Tienes razón, tienes razón. No sé porque me he puesto así… Lo siento, chicos. Es que estoy de los nervios. Siempre me tranquilizas… Gracias —Katya se quedó unos segundos mirando esos ojos chocolate que tanto le gustaban y sonrió con dulzura.

—Siento la interrupción, chicos —dijo la voz profunda y desconocida de un hombre que esperaba con posado elegante justo detrás de la máquina del aire.

—Hola, ¿quién es usted? —preguntó Patrik animadamente y con educación.

—Me llamo Sergei Záitsev —dijo con pomposidad. *“¡El padre de Örn!”,* pensó con sorpresa, lanzó una mirada a Aloy que él correspondió con la misma preocupación. ¿Qué querría ese hombre? Seguro que nada de bueno… —Soy parte del Consejo desde hace años y voy a formar parte del comité de evaluación de este concurso. Solo quería acercarme a desearos suerte y a ver esta máquina, que me ha llamado la atención. Pero ya me voy.

—Vamos allá, que esto ya empieza —dijo Viktor frotándose las manos.

—Mira quién hay en el público —le susurró Aloy a Katya en voz baja, que seguía con la mirada al Sr. Záitsev—. Y ahí están mis padres.

Ella siguió su mirada y sonrió de oreja a oreja al ver a Quentin sentado en las gradas. Dos filas más atrás Katya vio a una pareja. El hombre tenía el pelo rubio y parecía corpulento; la mujer, que llamaba la atención por ser la única allí, tenía una larga melena morena y a Katya no le hacía falta verle los ojos para saber que

serían marrones chocolate.

Justo en ese momento, como si fuera una señal del destino Katya recibió un mensaje de su hermana Eva y otro de Magnus:

```
Si puediera estar a tu lado lo estaría.   -Eva.
¡Buena suerte!  -Eva.
                         Ya lo estás... ¡Te quiero!  -Yo.

¡Mucha mierda, enana!  -Magnus.
                                             ¡Gracias!  -Yo.
```

Katya tubo el tiempo justo de responderle antes de que el rector empezara con su discurso de apertura:

—Bienvenidos, señores y caballeros, gracias a todos por venir. Muchas gracias a todos los que han venido desde sus casas para presenciar este concurso universitario que cada año patrocina esta nuestra prestigiosa Universidad de Vazdujgrad —La gente aplaudía y animaba con las palabras del rector—. También quiero agradecerles el haber venido a nuestro fantástico claustro y, en especial, al Sr. Dimitri Novikov, nuestro presidente del Consejo. —Más aplausos—. El alto nivel de inventos que tenemos les asegurará una tarde impactante, ¡disfrútenla! Y ahora, sin más dilación… ¡Empecemos!

Katya no se podía creer el talento que había en ese curso. Había inventos de todo tipo y alguno increíblemente útil, pero a medida que los alumnos iban presentando sus creaciones Katya cogía más y más confianza en la suya: no había nada tan útil en esa sala de actos como para superar una máquina capaz de cambiar el mundo. No tenían absolutamente nada que temer. Incluso la máquina de Örn era superficial en comparación con la MOB, y eso que, mucho al pesar de Katya, era una de los mejores de la clase.

—Bueno, chicos. ¡Esto estará chupado! —exclamó Viktor.

—No cantemos victoria antes de tiempo —le riñó Aloy, pero en su cómoda postura Katya pudo ver que también pensaba que sería pan comido.

—Nos toca —dijo Markus—. Van a flipar.

Patrik asintió con la cabeza mientras sonreía nerviosamente y daba vueltas a una tuerca que había sobrado. Los cinco nos pusimos detrás de la MOB y esperamos a que el rector se acercara a nuestra mesa y las cámaras y las pantallas se centraran en nuestra máquina.

—Bien, chicos. Contadnos a todos un poco qué es esta máquina y qué utilidad le habéis dado —pidió el rector mientras le pasaba el micrófono a Patrik que se puso rojo como un tomate y automáticamente se lo pasó a Aloy.

—Hola a todos, gracias por venir. Pues aquí tenemos la MOB, cuyo nombre proviene de las iniciales de "máquina del aire". Y

básicamente lo que hace es… purificar el aire. —Se oyó un murmullo y algunos gritos ahogados de asombro. Algunas caras de escepticismo en el comité de evaluación, como la de Popov, y otras de ánimo, como la del profesor Damian Petrov. Padre miraba todo con su habitual indiferencia y un atisbo de irritación. El otro hombre del Consejo, en cambio, puso una cara de desagrado total.

—¿Y… cómo funciona? —preguntó el rector con curiosidad y cautela a la vez.

—Pues le cuento —empezó Aloy con una confianza encomiable—. Esto que ve aquí es un equipo eólico de energía renovable de antes de La Contaminación, que crea la energía necesaria para empezar el proceso. Después, crea un equipo mecánico de filtrado que deja las partículas de putrefacción suspendidas en el aire y que, mediante el mismo proceso químico de la Atmósfera controlada, aísla las partículas de CO^2. Después hay otro equipo mecánico de bañado que gracias al movimiento de la turbina eólica hace circular el CO^2 por un baño de solución química mixta que convierte el CO^2 en Etanol —continuó él a la vez que iba señalando cada una de las partes y su función—. Aparte de todo esto, hemos criado una gran cantidad de una bacteria llamada *Estericcolis nachataria* que filtra productos químicos formados por cualquier elemento químico y se alimenta de hidrógeno y carbono, y que desprende el resto de elementos químicos que contenga. Así que, mezclándolo con Etanol, que tiene hidrógeno y carbono, hacemos que, por esta parte de la máquina, por este tubo de escape, salga O^2, es decir, metemos aire contaminado y lo que conseguimos es… oxígeno.

Se hizo un pequeño momento de silencio que rompió el rector con una carcajada forzada.

—Todo esto suena idílico, chico —admitió con una sonrisa—. Ahora veamos si funciona tan bien en la práctica como en la teoría, ¿no?

—Para ello —siguió Aloy—, hemos tomado prestado este objeto de la Universidad. Es un indicador del nivel de oxígeno en el ambiente, y según el color que indique sabremos si el aire está menos contaminado o no. Era lo que se usaba al principio de La Contaminación para diferenciar las zonas infectadas de las que no lo estaban.

Viktor encendió la máquina y todos esperaron con el aliento contenido para ver qué color salía en la pantalla. En la sala no se oía ni un alma y la tensión se podía cortar con cuchillo. Sin embargo, el silencio fue interrumpido antes de que cualquier color indicara el éxito de la máquina.

—¡Protesto, señor rector! —gritó una voz irritante que Katya conocía muy bien—. No se puede usar máquinas externas a la

creación para demostrar su valía… Podría estar trucada o podrían hacer trampa para demostrar que esa… esa… máquina de *purificar* realmente funciona —terminó Örn con una mueca.

Sergei Záitsev se levantó y dijo con voz profunda:

—Estoy de acuerdo con el jovencito.

En ese momento la pantalla se encendió de color rojo y Katya se quedó petrificada. El aire estaba contaminado: la máquina no funcionaba.

—Vaya —exclamó Örn que parecía que no se creía su suerte—. Así que no funciona… Quedáis descalificados entonces, ¿no?

—Pues yo también protesto —empezó Aloy—. Si no está permitido el uso del lector de contaminación, entonces pido que no se tenga en cuenta el resultado negativo que ha dado —Örn cerró la mandíbula con fuerza e hizo una mueca.

—Y, además —siguió Katya—. El alumnado tiene todo el concurso para presentar su creación, ¿no? No dice nada en ningún lugar de que se tenga que presentar por orden. Podemos volver a presentar la máquina y demostrar que funciona, y aún tenemos una hora y media, ¿verdad? Hasta que acaben de presentar el resto de grupos.

El rector se quedó mirando el grupo y finalmente asintió con la cabeza:

—Podéis volver a presentarlo al final del concurso, en una hora y media como máximo. Pero si os retrasáis más estaréis fuera del plazo y eliminados.

Los chicos asintieron con entusiasmo y Katya saltó de alegría. ¡Tenían una segunda oportunidad!

—Bien, chicos. Tenemos que arreglar esto. Vamos a echar un vistazo… —dijo Viktor.

—La turbina eólica tiene algo atascado dentro, parece una especie de piedra —explicó Aloy.

—Esto no es una piedra, es un botón. Y me apuesto que sé quién lo puso allí… —dijo Katya con rabia.

—¿Quién?

—¿Os acordáis al principio de la competición cuando el padre de Örn se ha acercado a decirnos algo y nosotros estábamos distraídos con mi padre? Creo que le ha puesto el botón a la turbina para estropearla.

—¡Yo me lo cargo! —exclamó Markus.

—¿Pero por qué? —preguntó Patrik con gesto de preocupación —. ¿Por qué haría algo así? ¿Sabotear su propio concurso?

—¿Quién sabe? Para ayudar a su hijo haciendo trampa, supongo. O porque se ha enterado de para qué sirve nuestra máquina y no le conviene que la patrocinen. Ahora mismo el

Consejo se llena los bolsillos con el dinero de la venta y las patentes de respiradores y cápsulas…

—Eso es muy retorcido —respondió Patrik en voz baja.

—Pero es lo más probable. Ese botón no estaba allí antes de eso, cuando hemos comprobado el estado de la máquina —le recordó Aloy.

—Supongo que tienes razón.

—Esto lo arreglamos en un santiamén, chicos. Ya veréis —dijo Viktor animado—. Yo iré a buscar más metal para hacer las hélices de la turbina nueva, y después solo tendremos que conectarla al motor, pero nada más parece estar dañado.

—Cierto.

—¡Un momento! —gritó Örn, de nuevo interrumpiendo el proceso del concurso—. Tengo información relevante para eliminar a este grupo del concurso —dijo señalando a Katya con el dedo y una mirada desafiante.

—¿Pero qué demonios haces? —le preguntó Aloy en voz baja cogiéndolo del brazo—. ¿Quieres que te delate a ti también?

—Yo ya estoy perdido si vosotros arregláis ese cacharro —le respondió también susurrando y con una mirada de odio—. Este grupo no puede seguir formando parte de este concurso, porque uno de sus participantes es de hecho… una chica —terminó en voz alta y clara.

Se oyó un grito ahogado por parte de los visitantes y los profesores se pusieron nerviosos.

—Pe-perdone Sr. Záitsev, pero esto que dice es muy grave. Y, además, es imposible. Los profesores se habrían dado cuenta y…

—Con el mono y el respirador no se notaría, y no sé cómo lo hace para hablar con una voz tan grave. Tal vez la tenga así por naturaleza, pero, sinceramente, no creo que un estudiante de mecánica tenga ningún problema en crear algún artefacto que le cambie el tipo de voz…

El rector se puso pálido, pero más pálida se puso Katya cuando vio que Padre se acercaba a su mesa.

—¡Esto es indignante! ¡Un ultraje! ¿Una mujer en la Universidad? ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta? —gritó fuera de sí. Katya temblaba de pies a cabeza, pero entonces Padre fijó su mirada en ella y se quedó muy quieto y muy callado, como el leopardo que espera para saltarle a la gacela.

—Los oí hablar del tema un día. Este chico, bueno, esta *chica,* en realidad se llama Katerina Dimitrovna Novikova.

—No, no es verdad —dijo Katya con la voz temblorosa—. Es su palabra contra la mía.

—No, no lo es —intervino Padre con una voz helada—. ¿De

verdad me crees tan estúpido como para no reconocer a mi propia hija?

Aquello se estaba saliendo de madre, y ahora la gente del público se acercaba cada vez más para observar mejor. Örn tenía una sonrisilla satisfecha y Quentin bajó corriendo de las gradas para ponerse al lado de Katya. Aloy la cogió de la mano y se puso ligeramente delante de Katya para alejarla de su padre.

—B-bueno, caballeros… y… y dama. No hay porque alterarse —dijo el rector en tono apaciguador—. Pido perdón Sr. Novikov, no sé cómo se nos ha pasado, pero el caso es que no tiene de qué preocuparse. Ninguno de ustedes tiene de qué preocuparse… Técnicamente, aunque no había pasado nunca, no dice en ningún lugar que esté prohibido que parte del equipo sea… bueno, femenino.

Katya soltó un suspiro de alivio.

—¿Así que podemos arreglar la máquina y continuar participando? —preguntó Viktor sin poder creérselo.

—Sí, Sr. Pavlovsky. Si todo el mundo vuelve a su sitio pueden continuar en el concurso.

Katya soltó una carcajada alegre y cogió con fuerza la mano de Aloy que cerró los ojos de alivio. Pero la alegría duró poco:

—Y un cuerno —exclamó Padre en voz baja—. Tú ya has hecho suficiente aquí. Te llevo ahora mismo a casa, quieras o no.

—¡No! ¡Aloy, arregla la máquina! ¡Arréglala! ¡Volveré y ganaremos! ¡Estaré bien, arréglala!

Padre cogió a Katya por el brazo y sin escuchar más la arrastró a fuera de la sala de actos.

—¡Katya! ¡Kat! —gritó Quentin mientras la seguía hacía fuera—. Ya basta, Dimitri —le dijo con voz amenazadora.

Padre se giró hacia Tino con toda la rabia que llevaba acumulada:

—¡QUE NO ME DIGAS LO QUE TENGO QUE HACER! ¡Tú trabajas para mí! ¡Y no al revés!

—Como no le quites las manos de encima te las quitaré yo. No dejaré que le hagas daño —dijo Quentin cerrando los puños.

—Me alegro de que estéis aquí. ¡Guardias, llevaos a este hombre ahora mismo! —ordenó Padre mientras señalaba con sonrisa maliciosa a Tino.

—¡¿Qué?! ¡NO! ¡Tino! —gritó Katya al ver que los guardias de la Universidad se lo llevaban sin hacer preguntas.

—No he hecho nada y no podrán retenerme —gritó Tino mientras se lo llevaban—. Tranquila, pequeña.

—Pero podrán retenerte veinticuatro horas. Eso es tiempo suficiente —respondió Padre con un brillo malicioso en los ojos, y a

Katya le pareció ver un flash de terror pasar por los ojos de Quentin antes de que se lo llevaran.

—NO LA TOQUES, ¿ME OYES? ¡¡NO LA TOQUES!!

—¿Tiempo suficiente para qué? ¡Padre, suéltame! ¡Tengo que volver! ¡Basta! —gritó Katya intentando soltarse, pero su padre la cogía por el brazo con tanta fuerza que la sangre no le llegaba a la punta de los dedos. Seguro que en un par de días tendría un moratón enorme.

—¡Tú no irás a ninguna parte, mocosa desobediente!

—¡No puedes obligarme! —gritó Katya con rabia.

—¡Cállate y métete en el coche! —respondió él cogiendo el pelo corto de Katya en un puño y arrastrándola hasta meterla en el coche —. Te aseguro que lidiaré contigo cuando lleguemos a casa.

Katya miró hacia el techo para evitar que se le saltaran las lágrimas.

No iba a llorar delante de ese hombre. Ahora seguro que los expulsaban del concurso: si tener una chica en el equipo no era suficiente motivo, tener un miembro menos seguro que lo era.

Miró con cuidado el rostro de Padre en el retrovisor y tembló de miedo. Nunca lo había visto tan enfadado. Aunque… incluso antes de pensarlo algo dentro de Katya sabía que eso no era verdad. Esa expresión desquiciada… ya la había visto antes.

Capítulo 13
KATYA

El sonido de la puerta al cerrarse nunca había sido tan aterrador, y Katya volvió tirar del brazo para ver si conseguía deshacerse del agarre de Padre. Él se la quedó mirando muy quieto mientras Katya forcejeaba para soltarse. Finalmente la dejó ir del brazo, pero la victoria duró poco, porque le quitó el respirador de la cara y la cogió con una mano de las mejillas con fuerza para que lo mirara a los ojos:

—Me das vergüenza —pronunció muy lentamente y Katya apartó la cara de un gesto brusco y se alejó de él. No sabía por qué, pero un escalofrío le recorrió la columna y supo en ese momento que algo estaba a punto de ir muy mal—. Mi propia hija desafiando las normas del Consejo, las normas que yo mismo he impuesto. Y total, ¿para qué? ¿Para desafiarme? ¿Para avergonzarme? ¿Para dejarme mal delante de todo el mundo?

—No todo gira en torno a ti —respondió Katya con fiereza.

—¡Por supuesto que no! ¡Todo tiene que girar en torno a ti! ¿Verdad, Katerina? ¡¿Verdad?! Por eso te rebelas, ¿no? Para llamar la atención… Eres una desagradecida —dijo con rabia. Y luego pareció que hablaba para sí mismo—. Desobediente. Maldita mocosa egoísta… Siempre me hace lo mismo. Tendría que haberme deshecho de ella cuando tuve la oportunidad…

Katya soltó todo el aire de golpe. Esa cara y esa expresión… Esas palabras… Volvió a sentir que ya las había oído antes. Y la situación la transportó a otro tiempo, pero al mismo lugar. Un recuerdo. Solo un flash. Pero suficiente.

Había muchos gritos, y Padre estaba enfadado. Katya sabía que no debería estar allí. Que debería estar durmiendo la siesta, pero la habían despertado. Padre estaba realmente enfadado y la empujaba… Y la empujaba. Y la sacudía. Y le pegaba. Hasta que ella tropezó con algo y cayó escaleras abajo. Katya sabía que se metería en líos si hacía algún ruido, pero mamá estaba al pie de las escaleras mirando al vacío. Y no se movía. No pudo evitar romper a llorar. Padre la vio y rezongó. "Maldita mocosa… ¿Así que lo has visto? Ahora también tendré que deshacerme de ti" dijo él.

Se quedó en shock unos segundos por lo que aquello significaba.

—Fuiste tú —dijo Katya en un susurro finalmente. Padre se quedó muy quieto, tan quieto que daba miedo. Más aún, si es que era posible. Pero a Katya le daba igual. Le daba igual lo que le hiciera. Ya le daba igual todo. Solo quería saber la maldita verdad —. Me dijiste que fue mi culpa.

> > Pero fuiste tú. ¡¿Cómo pudiste?! ¿Cómo pudiste culparme a mí? ¿Sabes lo que me hiciste pasar? ¿Lo culpable que me sentía? Y todo este tiempo… —Katya hizo una pausa porque se le había hecho un nudo en la garganta—. Tú mataste a mamá. Y no yo.

Padre sonrió fríamente y soltó una carcajada seca a la vez que movía la cabeza de lado a lado. La visión era de lo más terrorífica. Tal vez porque nunca había visto a Padre sonreír, o tal vez porque le hacía gracia haber matado a alguien.

—Joder, Katerina… —dijo entre risas frotándose las sienes, como quien tiene dolores de cabeza—. Cuando pienso que ya no puedes ponérmelo más difícil me demuestras lo contrario. ¿Tenías que acordarte de eso ahora? ¿Cómo coño lo haces para amargarme siempre la vida?

A Katya se le aceleró el corazón y tragó saliva al oírlo decir palabrotas, pues el correcto de Padre nunca hablaba así.

—Los médicos dijeron que después de un trauma en la infancia no hay ninguna garantía de que se recuperen los recuerdos. Y al principio me preocupaba, ya sabes, que recordaras cómo maté a Anya. Pero con los años… Maldita sea, Katya, ahora no puedo dejarte salir de aquí. Esto no lo puedo permitir.

A Katya se le revolvió el estómago y casi vomita todo lo que había comido ese día al oír la confesión y cómo hablaba su padre tan tranquilamente de acabar con su vida.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me culpaste? —preguntó ella desesperada. Quería saberlo todo.

—¡¿POR QUÉ?! ¡Porque la cerda de tu madre se estaba tirando a otro! ¡Me estaba engañando y me avergonzaba delante de todos! ¡A mí! ¡Se merecía todo lo que le pasó! Eso noche encontré las cartas que se habían estado escribiendo durante años, y cuando la arrinconé finalmente confesó todo. ¡Que estaban enamorados dijo! —exclamó Padre perdiendo los estribos. *“Quentin”,* pensó Katya con seguridad, y su corazón se partió por su madre—. Dijo que no me quería y que le quería a él. Que no le veía desde antes de que nos casáramos, pero que se seguían escribiendo. ¡Ya, claro! ¡Esa puta no sabía tener las piernas cerradas!

> > Así que esa noche nos discutimos, y cayó por las escaleras. Se parecía a ti en ese sentido: tuvo que dar por culo hasta el final. Tú lo viste todo, y decidí que también tenías que desaparecer, pero ese Quentin, que justo ese día lo habíamos contratado para

arreglarnos la ventilación, vio lo que había pasado y me impidió que te matara. Me pilló cuando te iba a exponer al aire contaminado y, de hecho, estuviste expuesta durante unas milésimas, hasta que él nos vio y te puse el respirador de nuevo. Por eso, nunca has podido respirar bien del todo. Ese imbécil no me dejó acabar lo que había empezado. Dijo que, si lo hacía, hablaría. Pero que, si te dejaba en paz, no diría nada. Dijo que eras tan pequeña que no te acordarías. Y tenía razón, supongo. Hasta ahora.

—¡¿Quentin lo sabía?! —preguntó Katya con voz ahogada.

—Por supuesto. Ese idiota se encariñó contigo desde el momento en que te vio y quiso protegerte. Desde ese día se quedó a vivir con nosotros porque era una de las condiciones que puso. No sé por qué prefirió dejar su trabajo de mecánico bien pagado para ser vuestra maldita niñera y, sinceramente, me da igual. Era la excusa perfecta para no tener que veros la cara. Dijo que él os cuidaría y se encargaría de la casa. Y hasta día de hoy ha cumplido su palabra. Así que volviendo al tema… Comprenderás que no puedo permitir que salgas de esta casa y vayas esparciendo rumores sobre el presidente del Consejo. Eso no me dejaría en muy buena posición, que digamos.

—Eres repugnante… —susurró con los ojos llorosos—. Qué asco me da ser tu hija.

Eso no pareció gustarle. Le cruzó la cara de una bofetada que la hizo caer al suelo y Katya necesitó unos segundos para recomponerse pues por un momento la habitación daba vueltas.

—¡ERES UNA DESAGRADECIDA! ¿No entiendes que te salvé la vida? —Y dio un paso para acercarse a Katya, seguramente para pegarle con más fuerza, pero Katya se giró hacia la encimera de la cocina y cogió un cuchillo.

—No te acerques a mí —dijo con voz temblorosa. El labio le dolía y el gusto metálico de la sangre le inundaba la boca—. Ni se te ocurra.

—¿O qué? —rio él de nuevo. Katya se dio cuenta de que cambiaba de estado de ánimo más rápido de lo que era mentalmente sano —¿Me vas a clavar ese cuchillo, hija?

—Solo si me obligas —respondió Katya con determinación.

—Con ese cuchillo no podrás evitar que te mate —dijo él con satisfacción —No hace falta ni que te toque para eso. Hay una manera de que mueras de forma… natural. Será incluso poético. Morirás como estabas destinada a morir hace catorce años.

—No —susurró Katya y miró a su alrededor para buscar desesperada el respirador que Padre le había quitado al principio.

—¿Buscas esto? —preguntó Padre sacándose el respirador del bolsillo. Lo dejó en la encimera y cogió un mazo de los de amasar y

empezó a pegarle golpes al respirador hasta que no era más que un trozo de plástico que no servía para nada.

—¡NO! —gritó Katya intentando pararle, pero no sirvió para nada—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Sacarme fuera?

—Más o menos.

Y sin más, cogió una silla y la lanzó contra la ventana que se rompió en añicos. Las luces rojas de la alarma se volvieron locas y Katya se tapó la boca con las manos. Sin soltar el cuchillo que tenía en la otra mano salió corriendo escaleras arriba. Si quería salir de esta tendría que usar la cabeza. Llegó a la primera habitación que vio y se encerró dentro. Resultó ser la de Quentin.

Se apoyó contra la puerta y soltó todo el aire de golpe. Miró a su alrededor y vio los auriculares de Quentin. Los cogió y marcó el número de Aloy, que se lo sabía de memoria. Respondió a la primera:

—*¿Kat? ¿Todo bien?*

—¡Aloy! ¡No! Nada va bien. Mi padre se ha vuelto loco. Quiere matarme. Ha roto las ventanas de casa y me ha dejado sin respirador. Ahora estoy escondida en una habitación segura, pero tengo que cambiar de habitación o me encontrará. Tienes que ayudarme… —Katya hablaba tan rápido que tenía miedo de que Aloy no pudiera seguirla, pero no fue el caso.

—*Estoy de camino, Katya. ¡No cuelgues! ¡Estoy yendo! En treinta minutos estoy allí.*

—Tendrá que ser menos. Tengo un plan que me puede hacer ganar como mucho quince minutos, y después puedo aguantar sin respirar como mucho seis más. Pero si no tengo un respirador en menos de media hora, estoy muerta.

—*Meteré el turbo. Ponte a salvo, por favor, Katya.*

Katya se sobresaltó al oír la voz de Padre y su fría risa gritando “Katerina… ¿Dónde estás? Sabes que te encontraré… Ahórranos a los dos un poco de tiempo y sal”

—No colgaré, pero no podré hablar. Te aviso cuando pueda —susurró ella. Miró otra vez a su alrededor y cogió lo que necesitaba del estudio de Quentin: un rollo de cinta adhesiva.

Con la cinta, el cuchillo y tapándose la boca otra vez, salió de la habitación y corrió hacia la suya. Al llegar se metió rápidamente en su cápsula y la cerró. Segundos más tarde Padre entraba por la puerta y la miraba con frustración. Las cápsulas se cerraban al detectar aire contaminado y solo se podían abrir desde dentro.

—Eso te puede hacer ganar unos minutos, Katerina. Pero no te va a salvar para siempre —le advirtió Padre—. ¿Por qué no nos pones las cosas más fáciles y sales por voluntad propia?

—La ayuda está en camino —le confesó ella con rabia—. ¿O

pensabas que no iba a llamar a nadie? Si es que eres condescendiente hasta para matar a tu hija. Siempre pensando que vas un paso por delante cuando en realidad vas cinco por detrás.

—No van a llegar a tiempo —respondió él, pero por un momento la duda llegó a sus ojos.

—Ya lo veremos.

—Te digo que no —Se fue y cuando volvió llevaba un hierro de atizar el fuego en la chimenea. Empezó a darle golpes al grueso vidrio de la cápsula.

—¿Aloy?

—Dime. Voy tan rápido como puedo. He oído algo de lo que habéis hablado… Está realmente loco.

—No lo sabes tú bien. Estoy escondida en la cápsula de mi habitación, pero está intentando romper el vidrio y creo que lo conseguirá. Basta con que haga una grieta y entre el aire y…

Katya oyó como Aloy aceleraba al otro lado.

—La única opción que tengo es esperar a que empiece a hacer daños a la cápsula y entonces sorprenderle, antes de que la abra él por su cuenta. Puedo intentar escapar y salir de casa, pero no sé cuánto aguantaré… Tienes que llegar, Aloy —el miedo le cerró la garganta a Katya.

—Lo sé, Katya. Lo sé. Aguanta por favor, mi vida. No me lo perdonaré si te pierdo así…

Katya se sobresaltó por un golpe fuerte en la cápsula. Miró el reloj y vio que ya habían pasado dieciséis minutos desde que había entrado. No tenía mucho más tiempo.

—Aloy, te quiero. No podré hablar en un rato. Voy a salir. Nos vemos pronto.

—Katya, no respires. Por lo que más quieras, aguanta y no respires.

Con las manos temblorosas cogió la cinta adhesiva y cortó unos trozos que se puso tapándole la boca y la nariz a modo de respirador, pero eso servía para todo menos para respirar. Sin perder tiempo, abrió la cápsula, le clavó el cuchillo a Padre en la pantorrilla y se lo sacó para salir corriendo. Mientras bajaba las escaleras aún podía oír sus gritos y gruñidos de dolor, pero siguió corriendo sin mirar atrás.

Corrió sin parar por la calle hasta llegar a la primera casa vecina que había y se dirigió hacia la puerta.

Dio golpes desesperados en la puerta esperando que abrieran, y vio que una mujer asomaba la cabeza por la ventana entre las cortinas, pero al verla volvió a cerrar las cortinas y no abrió. *"¿Qué esperabas, Katya? ¿Abrirías tú la puerta a una loca ensangrentada que lleva un cuchillo en la mano y la cara vendada?"*

Katya se dio la vuelta y siguió corriendo calle abajo. Ya llevaba más tiempo que nunca sin respirar, y empezaba a marearse. Los pulmones le ardían y le dolían muchísimo la cabeza y los músculos. No sabía cuánto más podría aguantar. *“Aloy, date prisa, por favor”* pensó Katya.

Capítulo 14
ALOY

"Esto se nos ha ido de las manos" pensó Aloy. Habían descubierto a Katya y su padre se la había llevado hecho una furia. Sin ella, las normas dictaban que no podían presentarse al concurso.

La mayoría de los grupos ya habían presentado sus creaciones, y el equipo de Aloy ya habían arreglado la suya. Patrik, Viktor y Markus miraron a Aloy como esperando que él tuviera la solución a todo. Nada más lejos de la realidad. Aloy no tenía ni idea de qué hacer para recuperar a Katya y poder presentar la máquina. Tampoco es que esa fuera la principal de sus preocupaciones, pues lo que ahora mismo más le preocupaba era Katya. Estaba esperando una llamada suya, algo que le dijera que estaba bien y que había conseguido escapar de su casa por alguna ventana o algo así, típico de Kat. Esperaba sinceramente que pudiera volver para presentar la MOB, pero de momento había tiempo de sobras.

Como si le hubieran leído la mente, Aloy vio que le llamaban y lo cogió al momento sin siquiera mirar quién le había llamado. ¿Quién más podría ser aparte de Katya? Puso el control de manos libres para que los chicos pudieran escuchar la llamada y respondió:

—¿Kat? ¿Todo bien?

—*¡Aloy! ¡No! Nada va bien. Mi padre se ha vuelto loco. Quiere matarme. Ha roto las ventanas de casa y me ha dejado sin respirador. Ahora estoy escondida en una habitación segura, pero tengo que cambiar de habitación o me encontrará. Tienes que ayudarme…* —Katya hablaba a toda prisa, pero a Aloy solo le hizo falta oír algunas palabras para saber que estaba en peligro y que necesitaba su ayuda.

Se quedó de piedra mientras escuchaba lo que decía. Patrik tragó saliva y Viktor compartió una mirada de preocupación con Aloy. Markus se revolvió los bolsillos en busca de algo. Le lanzó a Aloy unas llaves y asintió con la cabeza como diciendo "ve a buscarla".

—Estoy de camino, Katya. ¡No cuelgues! ¡Estoy yendo! En treinta minutos estoy allí —dijo mientras corría literalmente hacia la puerta de la sala de actos.

—Tendrá que ser menos. Tengo un plan que me puede hacer ganar como mucho quince minutos, y después puedo aguantar sin respirar como mucho seis más. Pero si no tengo un respirador en menos de media hora, estoy muerta —explicó ella con la respiración agitada, y Aloy notó el miedo en su voz.

—Meteré el turbo. Ponte a salvo, por favor, Katya.

—No colgaré, pero no podré hablar. Te aviso cuando pueda —Katya dejó de hablar y Aloy se apresuró aún más.

Al llegar al párquing, pulsó el botón de las llaves y vio que se iluminaban las luces de una moto de aspecto lujoso y moderno. Aloy no sabía mucho de motos, pero si le dijeran que era de competición se lo creería, porque tenía pinta de ser muy rápida. *"Gracias, Markus",* pensó para sí y se subió a la moto sin darle muchas más vueltas. No tenía tiempo que perder, pues la vida de Katya dependía de él.

No quería pensar mucho en ello, porque no era momento de perder los nervios. Tenía que mantener la cabeza fría, pero si era sincero consigo mismo, Aloy estaba aterrorizado. No podía evitar pensar que llegaría tarde y la perdería.

No paraba de mirar el reloj que llevaba en la muñeca, pero tampoco quería quitarle el ojo a la carretera, porque si él tenía un accidente, Katya no sobreviviría. Los minutos pasaban demasiado deprisa: cinco minutos, diez minutos, quince minutos…

—¿Aloy?

—Dime. Voy tan rápido como puedo. He oído algo de lo que habéis hablado… menudo psicópata.

—No hace falta que lo jures. Estoy escondida en la cápsula de mi habitación, pero está intentando romper el vidrio y creo que lo conseguirá. Basta con que haga una grieta, entre el aire y…

Aloy no fue capaz de responder, se le hizo un nudo en la garganta y aceleró. El corazón le iba a mil y tenía ganas de vomitar, pero ahora era vital mantener la cabeza fría por Katya. No era momento de dejarse dominar por el miedo.

—La única opción que tengo es esperar a que empiece a hacer daños a la cápsula y entonces sorprenderle, antes de que la abra él por su cuenta. Puedo intentar escapar y salir de casa, pero no sé cuánto aguantaré… Tienes que llegar, Aloy —suplicó y a Aloy se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo sé, Katya. Lo sé. Aguanta, por favor, mi vida. No me lo perdonaré si te pierdo así… —No pudo continuar hablando porque el nudo que tenía se le hizo demasiado grande. Le daba la sensación de que el aire no le llegaba a los pulmones. Al otro lado de la línea se oyó un fuerte golpe y Aloy se imaginó lo peor hasta que oyó la suave voz de Katya.

—*Aloy, te quiero. No podré hablar en un rato. Voy a salir. Nos vemos pronto* —dijo ella con voz temblorosa.

—Te quiero. Katya, no respires. Por lo que más quieras, aguanta y no respires —suplicó mientras se imaginaba el peor de los desenlaces. No hubo respuesta, pero empezó a oír unos ruidos extraños, como de cinta adhesiva despegándose y luego un grito de dolor proferido por una voz grave.

Aceleró durante unos segundos más hasta que iba tan rápido y las manos le sudaban tanto que tenía miedo de perder el control de la moto. Finalmente reconoció la larga calle que llevaba a su casa.

Todo pareció ir a cámara lenta durante unos segundos, cuando vio a Katya al final de la calle corriendo hacia él. Tuvo miedo de no saber frenar a tiempo, así que se bajó de la moto casi en marcha y echó a correr hacia Kat.

Ahora que estaba un poco más cerca podía ver el lamentable estado en el que se encontraba: tenía la ropa y las manos manchadas de sangre, la cara peligrosamente roja y corría haciendo eses como si no se tuviera en pie y fuera a desmayarse en cualquier momento.

—¡KATYA!

Katya pareció que le oía y miró hacia enfrente. Durante unas milésimas su paso disminuyo, pero después empezó a correr con más ganas, como si hubiera reconocido su voz. Sin embargo, de repente se paró en seco. Miro hacia un lado de la calle y se llevó la mano a la garganta como si hubiera visto un fantasma.

Cada vez la tenía más cerca, y ahora podía ver que tenía la boca y la nariz tapada por alguna especie de tela plateada. Cinta adhesiva. Le pareció una idea brillante, pero decidió no parar a reflexionar en eso. No era importante en aquel momento.

—¡Katya no pares! ¡Corre hacia mí, preciosa! ¡NO TE PARES!

Aloy se quitó del bolsillo el respirador extra que había traído para Katya y por fin llegó hasta dónde estaba.

Como si supera que ya estaba a salvo, las piernas de Katya se doblaron y se desplomó en brazos de Aloy, inconsciente. El corazón le dio un vuelco cuando vio que un hilo de sangre salía por las orejas. Le arrancó la cinta adhesiva de un tirón y le puso el respirador al momento.

La sacudió mientras gritaba su nombre. El pánico le inundó al ver que no respondía, y tuvo miedo de haber llegado demasiado tarde, pero en ese momento abrió los ojos y cogió una gran bocanada de aire. El pecho le subía y bajaba con una velocidad vertiginosa, y Aloy se deslizó lentamente al suelo, puede que porque las piernas no le aguantaban más. Le acaricio el pelo y los ojos se le humedecieron. Soltó el aire de golpe y le dio besos en la frente y el

pelo, repartiéndolos por el trozo de rostro que no tapaba el respirador. La abrazó aún temblando. Katya sonrió suavemente mientras descansaba en sus brazos.

—He visto a mi madre —explicó Katya con la voz ronca—. Estaba justo allí.

Eso preocupó a Aloy, que sabía que las alucinaciones eran una consecuencia grave de la asfixia. Como lo era la sangre y el desmayo. Tenía suerte de estar lúcida, si no viva.

—Ahí no había nadie, mi vida… Lo has soñado.

Katya frunció el ceño, pero no protestó, y entonces rompió a llorar.

—No fui yo, Aloy. Fue mi padre quién la mató. No fui yo…

Aloy se alarmó e intuyó que estaban hablando de la madre de ella, pero tendría que preguntarle cuando estuviera más recuperada. Ahora no era momento para interrogatorios.

—Me alegro, Kat. Me alegro.

—Yo también —susurró ella con una pequeña sonrisa en los labios.

Aloy se quedó mirándola y abrazándola mientras ella descansaba, sin saber si habían pasado minutos o horas, cuando de repente un grito los sacó a los dos de su trance.

—¡KATYA! —era Magnus Novikov, el hermano de Katya, que venía corriendo hacia ellos—. ¡¿Qué ha pasado?! ¿Estás bien? ¡Katya, KATYA!

—Tranquilo —le respondió Katya—. Estoy bien. Padre…

Entonces se calló, pues no parecía con fuerzas de contarlo todo.

—Quentin me llamó. Me contó que Padre le había detenido y que tenía pensado hacerte daño. Dijo que era muy importante que viniera y veo que tenía razón. Por un momento pensé que Aloy sostenía tu cadáver en brazos.

“Por un momento yo también”, pensó Aloy amargamente.

—Quentin me contó lo que hizo Padre. No me puedo creer que te culpara de la muerte de mamá. Y no me puedo creer que todos estos años no te defendiera. Lo siento tanto, pequeña —continuó él con arrepentimiento y Katya sonrió y le cogió la mano.

—No pasa nada, hermano.

—¿Dónde está vuestro padre? —preguntó Aloy mirando calle abajo, y dándose cuenta por primera vez de que no los había perseguido.

—Le clavé un cuchillo en la pierna para que no pudiera seguirme. Dios mío, ¿y si ha muerto desangrado? ¿Y si le he matado? —preguntó Katya con miedo—. ¿Acaso soy incapaz de no acabar con cualquiera de sus progenitores? Espera… ¡¿Puedo ir a la cárcel por esto?!

—Por supuesto que no —le aseguró Magnus—. Sería defensa propia. Aloy y yo testificaríamos a tu favor. No te pasará nada. Padre sí que irá a la cárcel. Que es donde merece estar.

—¿Qué pasará conmigo? —preguntó Katya.

—Te puedes venir a vivir conmigo hasta que decidas que estás lista para independizarte. Ya sabes que Kristina te adora y no le importará que te quedes el tiempo que quieras. Incluso puede quedarse Quentin en la casa de invitados, si quiere.

Katya sonrió por ese futuro que le pintaba su hermano mayor.

—Ahora lo importante es que vayas a un hospital y te examinen. Yo me encargaré de Padre, haré unas llamadas.

Con eso, Katya recordó el concurso.

—¿Ya ha acabado? —preguntó mirando a Aloy con esperanza.

—No, le deben quedar unos cuarenta minutos, pero… Tienes que ir al hospital, Katya.

—No. Tienes que llevarme al concurso. Se lo debo a mi madre.

Aloy miró a Magnus que asintió con gesto preocupado. Ayudó a Katya a levantarse con cuidado y la llevó lentamente hasta la moto que había dejado tirada en medio de la calle. Levantó la moto y ayudó a Katya a subirse a ella. La sentó delante de él en lugar de detrás, porque tenía miedo de que se cayera desplomada del asiento.

Llegaron a la sala de actos al cabo de treinta minutos, ante la mirada estupefacta de todo el mundo. Katya estaba llena de sangre seca y, en general, no tenía muy buen aspecto. Para Aloy seguía siendo la chica más bonita del mundo. Se hizo el silencio y la gente la dejó pasar. Aloy le pasó un brazo por la cintura para ayudarla a caminar.

Los chicos pusieron cara de alivio al verlos, y todos abrazaron a Katya con alegría. Aloy le devolvió las llaves a Markus “ya te pagaré la pintura”, pero él se limitó a sonreír.

—Chicos —dijo el rector, que presentaba aún el concurso—. Así que ya estáis todos y ya habéis arreglado vuestra creación… Pero, ¿cómo pensáis demostrar que funciona?

Aloy miró a Katya que tenía una expresión de determinación en el rostro.

—Estoy cien por cien segura de que funciona —dijo ella—. Y no tengo ningún problema en demostrarlo.

Entonces se acercó a la máquina, la encendió y para asombro de todos se quitó el respirador y tomó una gran bocanada de aire. Respiró.

Capítulo 15
EPÍLOGO - KATYA

Katya dejó de mecerse y se quedó quieta como una estatua, inmóvil. Respiró suavemente sin moverse ni un milímetro, tanto para no asustarlo como por la emoción del momento; un pequeño pájaro de una tonalidad marrón fangosa se había posado sobre el respaldo de su silla y la miraba con ojos inteligentes. El corazón se le aceleró y cerró los ojos una milésima de segundo. Cuando los abrió el pájaro ya no estaba y por un momento Katya se preguntó si realmente lo había visto.

Al fin y al cabo, ni ella misma se creía a veces todos los cambios que habían tenido lugar en Vazdujgrad durante los últimos sesenta años. Siguió meciéndose con una sonrisa en los labios.

Soltó todo el aire que se había estado guardando para no espantar al pajarillo y se tocó con gesto inconsciente la oreja, como esperando reajustarse el respirador, que hacía años que ya no llevaba. Pero el hábito estaba demasiado arraigado.

Volvió a pasar los pies descalzos por la hierba de delante del porche y se imaginó que en lugar de un tacto plastificado notaba la suavidad de las hojas y que el olor la invadía.

De momento la hierba era artificial, pero solo de momento. Ahora que la gente volvía a tener la tendencia de pasarse las horas fuera de casa se habían vuelto a decorar los exteriores.

—*¡Babushka! ¡Babushka!* —La sonrisa de Katya se amplió aún más al ver a su nieta corriendo hacia la entrada de la casa, con su madre detrás. Ambas lucían una melena rubia platinada y ojos de color marrón chocolate—. *Babushka,* te he echado de menos.

—Yo también a ti, mi pequeña Dasha —respondió Katya subiéndola a su falda sin dudarlo y llenándola de besos.

—Hola, mamá —dijo Natalya en tono cariñoso mientras le daba un beso en la frente a Katya.

—¿Cómo estás, hija?

—Nos vimos ayer, mamá —dijo ella poniendo los ojos en blanco y le acarició el pelo, que, peinado en una trenza, ahora tenía un color blanquinoso.

—¿Dónde está Maksim?

—Papi está trabajando —respondió la pequeña en la falda de

Katya—. Y mamá dijo que podíamos venir a veros.

—Pues claro que podéis venir a vernos, ya lo sabes. Siempre que queráis —respondió una voz masculina desde la puerta, y Katya sonrió.

Aloy se acercó para coger a su nieta en brazos.

—Cada vez estás más grande, Dasha. Pronto no te podremos coger en brazos…

—¡Papá, déjala en el suelo! Te vas a herniar… —lo riñó Natalya, pero Aloy le hizo caso omiso, y empezó a bailar con la niña por el porche, que reía a carcajadas con su risa infantil. No había cambiado nada. *"Tan payaso como siempre"*, pensó Katya mientras sonreía mirando al hombre con el que había decidido compartir su vida, hacía ya tantos años.

—*Babushka,* cuéntame otra vez esa historia. Esa de cuando no se podía respirar —pidió la niña, con mirada suplicante—. En el cole estamos estudiando La "Purrifacción"

—La *Purificación*, Dasha —la corrigió su madre moviendo la cabeza, mientras Aloy reía—. Quieren que ella explique ese tema en clase, porque es vuestra nieta. La nieta de los creadores de la MOB.

—¿No fuimos allí a contar esa historia cuando tú ibas al colegio? —preguntó Aloy rascándose la cabeza.

—Bueno, hicisteis historia —explicó Natalya—. Supongo que se estudiará todos los años, de ahora en adelante.

—Mamá, no les entretengas. Tengo mucho que aprender sobre la Purrifacción.

—Purificación —corrigieron los tres adultos a la vez.

—Eso he dicho.

Katya sonrió y les propuso a Aloy y a su hija que fueran preparando la comida mientras ella le contaba la historia a Dasha.

Ya habían hablado de ello, por supuesto, pero la última vez que le preguntó por ese tema era demasiado pequeña como para entender los detalles. Para ella, Katya solo era *babushka*: su abuela.

—Verás, pequeña… Hace muchos, muchos años, cuando yo tenía dieciocho, fui a la universidad con tu *diedushka*, a estudiar Mecánica —Katya hizo una pausa, porque explicar esa historia le hacía pensar en el que había sido como un padre para ella, Quentin, que había fallecido el verano pasado. Aún se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en eso—. Allí aprendí mucho, y le conocí a él, y a los tíos de tu mamá, Markus, Patrik y Viktor. La Universidad de Vazdujgrad organizaba un concurso, que, según tengo entendido, aún se sigue celebrando a día de hoy. Como ya sabes, y como ya has visto en las fotos, antes de ese día, el cielo era inhabitable.

—¿Qué es *inevitable*? —interrumpió la pequeña con el ceño fruncido por la confusión.

—Inhabitable —la corrigió Katya—. Significa que no se puede vivir en él. Antes, no se podía vivir con el aire que había, pues si lo respirabas te ponías muy, muy enfermo.

—¿Te morías? —preguntó Dasha con el corazón en un puño.

—Podía pasar, sí —respondió Katya tras una pausa, pues no sabía si esa era información adecuada para una niña.

—Entonces habéis salvado muchas vidas —respondió ella con orgullo, mirando ese rostro marcado por las arrugas.

—Supongo que sí —rio Katya.

—Bueno, continúa.

—Bien, para ese concurso, nosotros inventamos la MOB, una máquina que conseguía que entrara el aire sucio y saliera limpio. De ese modo, cuando ganamos el concurso, la Universidad y el Consejo se quedaron con los beneficios de la patente, pero hicieron una enorme inversión para producir esa máquina en grandes cantidades. Durante años, mucha gente tuvo que ser responsable de llevar las máquinas a muchos lugares del mundo, y asegurarse de que la atmósfera iba sanando.

—Como papá —dijo ella con orgullo.

—Sí, tu padre Maksim, por ejemplo, ha sido durante muchos años encargado de transporte.

—Cuando yo nací nadie llevaba los respiradores, ¿no? Eso es que las máquinas funcionaron y el aire ya ha tenido la purrifacción… Purificación, perdona —se corrigió ella misma.

Katya volvió a reír y asintió con la cabeza.

—Sí, mi niña. El aire ya ha sido purificado. Poco a poco, hemos ido cuidando el planeta e intentando recuperar toda la fauna y flora que había anteriormente. Toda la naturaleza que tenían nuestros antepasados.

—Eso es lo que hacías tú cuando ya eras mayor para construir cosas ¿verdad, *babushka*?

—Exacto, Dasha. Hasta ayer, yo era presidenta de la GRETA: Guardia Regional del Ecosistema Tradicional Anterior. Y, dicho todo esto, os he llamado a ti y a tu madre porque quería enseñaros una cosa que os va a encantar.

—¿De verdad? —preguntó la niña emocionada—. ¿Qué es, *babushka*? ¿Qué es?

—Lo verás dentro de nada.

Las dos entraron en la casa y se dirigieron a la cocina, siguiendo el maravilloso olor del plato que estaban cocinado padre e hija. Katya sonrió al pensar en la relación que tenía y que había tenido siempre Aloy con Natalya.

Aloy se volteó al oír a alguien entrar y sonrió.

—Se la voy a enseñar, ¿vienes? —le preguntó Katya a su marido,

y Aloy dejó lo que estaba haciendo. Dasha dio un par de saltitos de alegría y Natalya los miró con confusión.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió Aloy sonriendo aún más.

Katya les hizo un gesto para que la siguieran y las condujo hasta la habitación dónde la guardaba. Sonrió intentando ocultar su emoción, y antes de abrir la puerta les explicó:

—Este es el regalo de despedida que nos ha hecho la GRETA, por todos los años de colaboración y por crear la MOB.

—Hay pocas en el mundo —continuó Aloy.

Y sin más, Katya abrió la puerta para que vieran lo que había dentro.

Al principio, la habitación parecía vacía, y la pequeña Dasha no sabía exactamente qué esperaba encontrar. Pero entonces vio una mesa en el centro y algo encima de ella. Se quedó absorta con tanta belleza y oyó el grito ahogado de su madre.

—¡Qué bonito! —exclamó, incómoda ante tanto silencio, y se sorprendió al ver lágrimas en los ojos de su madre—. ¿Qué es?

—Esto que ves aquí, pequeña Dasha… es una flor.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos los que habéis leído este libro. Pero también a todos los que me habéis animado desde el primer momento y me habéis ayudado a dar a conocerlo y hacer mi sueño de ser escritora realidad.

Gracias a Rosa, Albert y Jordi por darme la idea de escribir un libro y por toda la ayuda al pensar la historia. A Aida y Andrea por leerlo en sus primeras fases y por sus comentarios de mejora. A Paula Lunes, por los ánimos y la oportunidad, a Gretty, por los consejos de publicidad y a mi familia y a todos mis amigos, pero sobre todo a David, por la corrección, los ánimos y el indescriptible apoyo.

About The Author

S. M. Alcaine (Sònia Meseguer Alcaine)



Mi nombre es Sònia y soy traductora audiovisual y literaria. Desde pequeña mi sueño siempre ha sido poder escribir un libro, y, debido a mi pasión por la lectura y por los idiomas acabé estudiando Traducción e Interpretación en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona.

Actualmente estoy cursando el máster de Traducción audiovisual en la Universidad Autònoma de Barcelona, y espero con ansia el día en el que traduciré el guion de la película de uno de mis propios libros.

¡Gracias por hacerlo todo posible!